

Darío Fernández-Flórez



Alta costura

Ellie

Lectulandia

Novela que presenta, mediante la técnica de prisma, narraciones convergentes para mostrar el ambiente madrileño de las modelos, el modisto y los dramas de las múltiples vidas.

Lectulandia

Darío Fernández Flórez

Alta costura

ePub r1.0

Titivillus 02.05.2019

Título original: *Alta costura*
Darío Fernández Flórez, 1954
Diseño de cubierta: Ellie

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Prologo

Antes de entregar al lector las páginas de esta novela quiero hacerle una breve advertencia. Yo, la verdad, distingo mal, muy mal, cada día peor, esa separación que muchos establecen entre la realidad y el espléndido y misterioso ejercicio del pensamiento que es la imaginación. Tanto se confunden en mí lo que veo, lo que oigo, lo que siento y lo que sin duda creo ver, oír y sentir, que me resulta imposible aislar esa sospechosa realidad que otros aseguran conocer perfectamente.

A mí se me antoja siempre que detrás de cada persona o cosa que veo, detrás de cada palabra o ruido que oigo y, especialmente, detrás de cada sentimiento propio o ajeno que conozco, existe una profunda y larga sombra que no acaba nunca y que me parece tan real como la definida apariencia que la determina.

Creo que las páginas de Alta costura han nacido de esta rara confusión que por lo visto padezco. Yo, ¡Dios me libre!, no he querido retratar a nadie en ellas; pero como ando siempre entre sombras y no entre realidades, quizá alguien se llame a engaño y salga diciendo que lo saco aquí con pelos y señales. Porque resulta que estas mis sombras de novelista se hacen primero personajes y después seres de carne y hueso, con el natural espanto de quien nunca los conoció en su directa apariencia y mera realidad.

Alta costura es, tan sólo, un fruto de mi confusa imaginación y nadie tiene derecho a sentirse aludido en sus páginas, porque toda coincidencia de nombre, lenguaje, apariencia o situación, será fortuita, según advierten siempre los novelistas ingleses, que es gente correcta y muy prudente. Hace algún tiempo, dos o tres años si no recuerdo mal, un torpe sueño me hizo conocer una curiosa carnalada. Dormido para esa cómoda y concreta realidad de los demás, anduve un tanto extraviado entre las sorprendentes máscaras de la moda. Entre Kiki, Sole, Marta, Pituca, Lina y Tona, las modelos de «Amaro López», uno de los mejores modistos españoles. Entre el propio don Amaro, Pepito, Alfonso, Mercedes, Lulú, Chelo y todas aquellas

gentes, hombres y mujeres, que giraban como satélites en torno a estos personajes de la alta costura madrileña.

Aquí están todos ellos, porque yo tenía que quitármelos de encima y no conozco otro medio que el de traerlos a estas páginas. Quizá sus cosas diviertan algunas veces, quizá indignen o entristezcan otras, quizá despierten también una inesperada ternura; pero siempre, estoy seguro de ello, aleccionarán al lector presentándole las ventajas indudables del bien sobre los turbios peligros del mal. Mas estas cosas, todas estas variadas cosas de mis personajes, las buenas, las malas y hasta las medianas, tuyas son y no mías, quede aquí bien claro.

Yo me limito a echarlos fuera, al ruedo literario, y a descansar de ellos, porque ahora me siento bien despierto y, en verdad, que ya me estaba cansando tanto sueño.

Graja empavonada, como pavón vestida, Vydose byen pintada é fuese enloquecida...

Arcipreste de Hita. Libro de buen amor.

Primera parte

Las modelos

1. 28 de febrero

Hoy es el día 28 de febrero de 195..., un año más en la vieja cuenta de nuestro mundo. La gente vive, la gente muere y hay quien ni vive ni muere; sino que va tirando de unos días desangelados, tontos. La fecha cae en viernes, por más señas, y la Iglesia festeja hoy a San Macario, un nombre poco afortunado y casi desconocido entre los devotos.

Aquí, en Madrid, la mañana se está poniendo muy fría y aunque algunos ratos la alegra un sol de febrero, que ya va tomando fuerza, otros queda oscurecida por unas tristes nubes que bajan del Guadarrama empujadas por este cierzo mordiente que saca sabañones a tantos modestos madrileños.

Hoy no es un día señalado, la verdad, para qué vamos a engañarnos, y, a la hora del desayuno, los periódicos no nos han traído nada divertido, amable o sensacional, sino esa morralla informativa de los días grises. Quizá la única noticia importante del día, la que puede conmover a un cierto y complicado núcleo de gente ciudadana —mucho más, desde luego, que la muerte de don Justo Requejo Cid, un profesor de Instituto aplastado en la calle de Toledo por un alegre camión, o que el accidente sufrido por el obrero Balbino Gil, a quien la guillotina dejó manco en una afanosa imprenta—, es la que puede leerse también en todos los diarios de esta mañana sin personalidad. Amaro López, Alta Costura, pasa hoy, a las seis de la tarde, en sus salones, la colección de primavera.

La moda es este año una moda difícil, enconada por las pasiones, pues entre los bastidores de la alta costura internacional se sabe que el largo de la falda va a tratar de ser acortado por un modisto revolucionario, en un audaz golpe de falda que puede tener gravísimas consecuencias para el poder parisiense. Por otra parte, el complicado mundo de la moda comienza a llamar la atención de los más serios gobernantes, por su importancia para las finanzas nacionales, pues parece que, en ciertas ocasiones, los trajes de señora bien cortados y elegantemente compuestos pueden traer a ciertos países más divisas que los cereales o que esa industria pesada que ennegrece con sus humos los más bellos horizontes. Estas cosas pueden resultar lamentables y

hasta tristes para ciertos espíritus encuevados en los valores de la tradición; pero el mundo marcha y no hay estadista capaz de detenerlo.

La alta costura tiene, pues, mucho que decir hoy en día; tanto, que se asegura que los modistos franceses, además de la importante subvención que les ha concedido el Gobierno y de esos lindos sellos Haute Couture usados para su correo, van a conseguir muy pronto la creación de un departamento ministerial del ramo, poltrona, en verdad, envidiable, por las alegres perspectivas que ofrece para cualquier auténtico varón que sepa aunar los intereses políticos del país a la galantería de una sabia madurez rodeada de las más elegantes y dóciles maniquies de la Place Vendome o de la Rue de la Paix.

Mientras se dicen estas cosas y, naturalmente, otras muchas que es preciso apartar de la imaginación por, harto imprudentes, lo cierto es que los grises comienzan a pasar de moda, aunque se lleve, cómo no, el negro, pues hay demasiadas gordas con dinero en el mundo. También están al día las franelas indefinidas, los verdes muy oscuros, la escala entera del tostado, y para vestir, que es lo bueno, y donde lucen de veras las mujeres, el terciopelo liso, brochado y bordado en pedrerías; las sedas de caída, los romanos, marroquenes y el moaré, especialmente el que hace grandes aguas; aguas de mar, aguas de río, aguas quizá de pantano, pero aguas siempre ávidas de ahogar a un hombre. Hay también preciosas lanas estampadas para los trajes sastre, que ya no son entallados, y no se abandona el punto, que tanto se presta a esas lorzas y pleguerías que fingen lozanas carnes sobre los huesos de las delgadas.

Abundan los suaves pasteles y no hay que olvidar el estupendo rojo de Dior ni el azul morado de Bochas, que siguen manteniéndose en primera línea.

Debe reconocerse que se dejan un poco los oscuros; pero, en cambio, continúan las gasas naturales. ¡Y qué gasas tan graciosas, tan leves, tan prometedoras!... En fin, las estolas siguen, desde el visón al armiño, sin avergonzarse de las más hábiles imitaciones, pues lo falso va ganando poco a poco todos los terrenos.

La línea va a ser transformada, dislocada, y caiga la que caiga, porque así lo disponen los amos de la moda. En Dior, la silueta femenina adquiere forma de cúpula; en Balmain, de larga y acampanillada copa de champán; en Dessés, muy inspirado siempre por las líneas españolas, de guitarra; en Worth, de mascarón de proa que lanza la nave femenina a la aventura del mar

proceloso de los hombres, y en Bohan, el benjamín de los modistos franceses, esta silueta toma la elegante y pura rigidez de la columna.

En cuanto al pelo, no el pelo de la ropa, claro está, sino el de las mujeres que con ella se visten o se desvisten, según las circunstancias y horario del día, sigue corto, pero no tan corto, entendámonos, pues es preciso dar al peinado una forma en V, sugerida quizá por la V de aquella victoria churchilliana que aún no ha convencido a nadie.

Sí, es el 28 de febrero de 195... y Amaro López pasa hoy en sus salones, acaso los mejores de Madrid, su rica colección de primavera, que sólo puede contemplarse mediante la invitación personal e intransferible del modisto, porque, según dicen algunas de sus más antiguas clientes, artistillas y entretenidas de poca monta, don Amaro se ha puesto un poco tonto.

Hace dieciséis siglos, Macario el Viejo, un santo ermitaño, andaba, entre ayunos y rezos, luchando apasionadamente contra el Diablo, por los yerros del bajo Egipto. El santo llevaba el pelo largo y estaba en los mismísimos huesos. Sin embargo, como buen místico, Macario era un hombre alegre y aquellas pocas hojas de berza que comía los domingos no entristecían su fervorosa vida. Quizá por estos mismos días anduviera, allá por el año trescientos treinta y tantos, ayunando, de pie en un rincón de su celda, sin tocar ni el pan ni el agua que tenía delante, ni aun doblar su huesuda rodilla, porque era un alejandrino entero y un hombre, en verdad, de Dios, que estaba decidido a dominar los ruines apetitos de su mísera carne. Mas, realmente, estas cosas tan viejas, tan pasadas de moda, no vienen muy a cuento, porque los tiempos cambian y ya nadie se mortifica en la Tebaida, ni siquiera una nueva Thais, sino que casi todas las mujeres elegantes de Madrid acudirán esta tarde a los salones de Amaro López, a mirar y remirar sus modelos y a cotillear a gusto un buen rato.

Como muchos ignoran los secretos de la alta costura, el hecho de que Amaro López pase esta tarde su colección de primavera no obtendrá de su atención otra cosa que un leve gesto desdeñoso. Y, claro, se equivocan, porque el acontecimiento resulta trascendental para todo un mundo, para todo un mundillo mucho más importante y subterráneamente enraizado de lo que nadie sea capaz de imaginarse. ¡Si se supiera por ahí todo lo que aquí pasa!...

El curso de la Historia puede depender, a veces, en una coyuntura difícil, del traje de una mujer; de lo que este traje oculte, muestre o haga adivinar y de cómo lo oculte muestre o permita adivinar. Porque el vestido femenino, el arte de cortar, coser y adornar el traje que se echan cada vez más encima de su carne las mujeres elegantes, es la suma de todas las esencias femeninas, de

todos los atributos, calidades, artimañas, valores, trampas, deseos y mentiras de la mujer. Al fin y al cabo, vale un poco la pena conocer todo esto.

Amaro López ocupa uno de los mejores pisos de Madrid, en un hermoso y señorial edificio, ni demasiado antiguo ni demasiado moderno, casi en el centro, pero tampoco en el centro de la ciudad. La calle donde se alza este inmueble es una calle de la mejor solera madrileña y todos pasamos por ella muchas veces. Su acera es ancha, alegre, casi escandalosa, y los obreros que alzan laboriosamente otro gran edificio sobre el solar vecino de un reciente derribo no sé hartan de decirles cosas a las buenas hembras que pasan por allí. Ocupan los bajos de la casa tiendas caras, una cafetería que tiene su público y cerca, en la próxima bocacalle, hay una parada de taxis, todo lo cual anima mucho el lugar.

Junto a la acera suele haber estacionados unos coches estupendos, quizá demasiado estupendos para un país tan difícil y tan áspero como el nuestro, y en la citada bocacalle se ven, a ciertas horas del día, algunos autos más, alagartados tras la esquina, porque hay gente cautelosa y astuta que no quiere ser vista esperando a una modelo treinta años más joven y, claro está, mucho más guapa de lo que como compañera natural corresponde a una amplia calva, a unas dominantes canas o a una barriga desengañada y ahíta.

El portal de la casa es muy amplio, casi ceremonioso, como merece tal lugar. Podemos estar seguros de que es de mármol blanco, funerario, y de que por las noches se cierra con unas fuertes rejas. Hay ascensor, claro, aunque el piso de Amaro López, como todos los dedicados a la alta costura, ocupa el principal. Porque existen muchas viejas ricas presumidas que, aunque no tengan ya resuello para subir un tramo de escalera, son capaces de gastarse los cuartos en un modelo prometedor, que recomponga un poco la flacidez de sus carnes.

La escalera está bien, aunque algo abandonada. La alfombra es buena, en tonos amarillos, pero ya harto trajinada por los empleados de las oficinas de otros pisos, que no reparan en si tiran la colilla aun encendida o si despejan sus acatarrados bronquios cuando bajan con prisa por salir al aire libre de la calle. No obstante, el primer tramo de escalera está mucho más limpio y cuidado que los que conducen a los otros pisos, pues don Amaro, el modisto, lo atiende directamente.

De todos modos, cuando se abre la puerta del piso que ocupa la casa de modas, una puerta pintada de oscuro sobre la que brilla la fina placa de la casa, y se cruza su umbral, parece, en verdad que se entra en otro mundo. Un

mundo amplio, lujoso, brillante y teatral, dispuesto para los que entran, no para los que están allí.

Primero hay un gran vestíbulo, que comunica mediante unas anchas puertas con tres hermosos salones corridos que se extienden en una amplia perspectiva. A un lado del vestíbulo se abre en el muro una cabina telefónica, tan coqueta, que dan ganas de telefonar inmediatamente a cualquier persona y decirle algo muy galante y espiritual, para que quede allí dentro, suspendidas las palabras en aquella pequeña atmósfera enrarecida, de lindo boudoir. Y en las otras paredes hay varias graciosas vitrinas que exhiben los sombreros, pañuelos, bolsos, zapatos, echarpes y demás modelos de la *boutique* de la casa. Pero lo mejor del vestíbulo es el anuncio del joyero Zeller, de París. Porque dentro del muro, hundida en unas luces de acuario, una curiosa perspectiva cubierta por un claro cristal muestra la Place Vendome y la Rue de la Paix, donde el joyero tiene su famosa tienda. Esta especie de ventana siempre abierta hacia su comercio le cuesta a Zeller sus buenos dineros; pero el judío sabe lo que hace, porque todo el que entra en el piso se pone a mirar por ella, y son muchas las quiblas que el joyero tiene colocadas en estas mezquitas de la moda, siempre orientadas hacia su meta parisiense.

Se dice que los salones de la casa son los mejores de Madrid, aunque este decir nace del propio don Amaro y de sus empleados. Los otros, es decir, los otros modistos madrileños, opinan que, pese a su amplitud y desahogo, están anticuados, porque ya no se llevan estas columnas, ni estas tapicerías, ni estos enormes espejos, ni, especialmente, estas grandes macetas que les dan un aspecto de jardín de invierno un tanto hostelero. Pero y tantas envidias por estos barrios que cualquiera sabe... La verdad es que, aunque uno no sepa bien dónde se encuentra —casa, tienda, peluquería o alguno de esos confusos lugares adonde las guías de Montmartre conducen a los turistas necios que van a París por primera vez—, los salones resultan cómodos y brillantes para los clientes cuando se pasa la colección, y las señoras o caballeros, que también los hay, se repantigan en los butacones y divanes de verdosa y aterciopelada tapicería, todo ojos para los trajes o para las modelos que los exhiben, según las circunstancias de cada cual.

Del vestíbulo nace un ancho pasillo, porque aquí nada ni nadie es estrecho; un pasillo que conduce primero al cuarto de modelos, que no tiene puerta, sino unas cortinas y un biombo que permiten salir y entrar cómodamente a las mannequins, como las llama siempre Alfonso, el secretario del modisto, un tipo muy afrancesado. Y más adelante, tras el

despacho de don Amaro, el estudio del figurinista y los servicios, porque las modelos, a pesar de sus elegancias, también hacen pipí, se llega al taller, donde flota un constante olor a sobaquina y donde trabajan afanosamente las cortadoras, oficialas, ayudantas y aprendizas de la casa.

El mundo extravagante y confuso que puebla el gran piso de Amaro López, Alta Costura, tras aquellos balcones que se abren a la calle bajo los graciosos toldos de lona verde con la firma en blanco de la casa, recogidos ahora, se divide, realmente, en tres castas dirigidas por el poder brahmánico e indiscutido del modisto: La casta de las vendedoras, o casta auténticamente superior, pues son las que ganan cuartos y pueden, si quieren, que se da el caso, vivir decentemente, es decir, por sus propios medios. La casta de las modelos, casta falsa, en verdad, pues exhibe una superioridad que tan sólo tiene la apariencia de la ropa; casta que apenas gana con su trabajo y que, en general, lo utiliza para vivir indecentemente de los hombres. Y la casta sudorosa y pobre de las mujeres que cosen en el taller, casta que, sin embargo, es la que marcha por la vida de la realidad difícil y del honrado trabajo.

Estas tres castas se muestran socialmente muy separadas y hostiles, pues viven una sorda y constante lucha de clases, creyendo, cada una de ellas, que lo es todo, y, por lo tanto, que lo merece todo, sin comprender que, en realidad, lo que se trata es de una distribución de papeles, más o menos afortunada o incómoda, en este curioso teatrillo del mundo vanidoso, desgarrado y feroz de la alta costura.

¡Ah!, pero cuando llega la hora de dar fin al trabajo, el portal se llena de mujeres estupendas y salen al ruedo masculino de la acera las modelos...

Estas modelos que se llaman, o dicen que se llaman, vaya usted a saber, Kiki, Sole, Marta, Pituca, Lina y Tona. Entonces la calle se anima y una ráfaga de lujo, de elegancia, de perfumada aventura, conmueve la acera madrileña, despertando las ávidas ilusiones de sus mujeres y la aletargada imaginación de sus hombres.

2. Kiki

Kiki es, indiscutiblemente, la modelo más famosa de nuestro Madrid.

Mide 1,80 metros, pesa 55 kilogramos, tiene 54 centímetros de cintura y, como puede comprenderse, es un hueso. Pero un hueso de categoría, ya lo creo, y por el que se pierden los hombres. Porque los hombres, según dice Sole, otra modelo de Amaro López, ya más trajinada y vieja, son idiotas.

Y, como idiotas, lo único que les pierde es la vanidad. No se crea, pues, que caen en las garras de una mujer arrebatados por el amor, por el deseo, por el vicio; incluso. ¡Ca!, no señor; de todo eso escapan, de mala manera a veces, pero escapan. Mas cuando se les atina en el cogollo de la vanidad, en la vanidad de llevar a una mujer cara, famosa, aunque sea con la peor de las famas, elegante y apetecida, al lado, pican bien y el anzuelo se les engarfia cruelmente en las necias mandíbulas del amor propio, son una presa terrible, de la que no pueden librarse fácilmente.

Kiki sabe pescar muy bien el besugo y el salmonete, el merluzo, el atún y hasta el modesto cangrejillo de río si, en un momento de crisis, es menester ocuparse de tan mezquina criatura.

Incluso ha llegado a capturar un peligroso pulpo y un par de feroces tiburones, pesca muy difícil, que le ha valido una justificada fama en ciertos medios madrileños.

No se crea, sin embargo, con todo esto, que Kiki tiene aspecto de mujer fatal, ni mucho menos. La chica, chica para sus maduras conquistas, pero no para los pollos que a veces la acompañan, pertenece más bien al género «gracioso», es decir, a ese tipo de mujeres revoltosillas, inquietas y elegantemente mal educadas que provocan siempre el regocijo y la admiración de ciertos hombres correctos y aburridos. Para estos caballeros, casi siempre otoñales y muchas veces invernales, Kiki es un tónico; un latigazo más eficaz que la ginebra, *whisky* o la cocaína. Porque sus gestos les parecen graciosos, sus palabras despiertas y vivaces, su inquietud alegre y hasta los «tacos» y disparates que suelta cuando viene a cuento, divertidos.

En realidad, Kiki es un curioso y larguirucho prodigio de la naturaleza y, desde luego, un prodigio francamente caro. Muy alta, muy mona, muy elegante y estupendamente vestida, resulta siempre bien, aun en el momento en que su pícara boca se abre para largar las mayores ordinariencias. Porque en Kiki hay, indudablemente, una vieja raza, una esbelta y armoniosa raza del norte de Iberia, soterrada en la sangre de su familia humilde, de su familia sin educación y sin cultura.

Sólo así puede comprenderse que esta mujer, siempre graciosa y distinguida —en lo que se refiere a expresión y apariencia—, se haya criado entre las vacas y el trabajo del pobre caserío pirenaico de sus mayores.

Claro está que Kiki tiene muchas horas de vuelo y que ha sabido aprovechar los diecisiete años que lleva entre los hombres, pues la chica empezó a conocerlos a los quince y no ha cesado de hacer progresos hasta la fecha, que señala ya la experiencia retorcida y sagaz de su treintena.

Lo mejor, o lo peor, de Kiki es, precisamente, esta sagacidad, esta clarividencia que posee y que le permite conducir su vida hacia un fin bien decidido sin una vacilación, sin un desmayo sentimental. Kiki sólo sabe lo que debe saber para vivir como quiere vivir, naturalmente. Es decir, sólo sabe de hombres y de todas las innumerables cosas que pueden gustar o desagradar a los hombres. Esta concentración de una peculiar inteligencia que no se permite ninguna curiosidad, ningún «garbeo» fuera de sus concretos límites, resulta poderosísima y muy peligrosa para cuantos varones caen en su implacable zona de influencia. Kiki sabe, pues, muy bien, lo que es, lo que quiere, y su perfecta y exigente organización mental le impide esas improductivas y tontas aventuras que nacen siempre del corazón. Por eso, la modelo está casi siempre de buen humor, aunque este humor resulte, para personas ambiciosas de adentrarse por el calor de las almas, un humor yerto, arrecido, una especie de impenetrable coraza forjada por los más agrios rencores de la vida. Pero a Kiki estas ambiciosas personas que pretenden alcanzar su carne viva la molestan y las aparta de su lado, continuando su ruta enérgica, feroz y muy bien organizada. Tan bien organizada que Kiki tiene un pisito muy mono, un ático con terraza que le puso su Nando y que está lleno de cosas, y una cuentecita corriente muy aceptable en el Banco Hispánico Central de Crédito, donde ella tiene mucho de lo mismo, gracias a sus ocultas relaciones con un respetable consejero de la poderosa entidad que quizá sea uno de sus famosos tiburones.

Hasta la fecha, y especialmente desde que Magda se marchó con un suizo dejando más de diez mil duros de deudas en la casa, Kiki reina en la alta

costura madrileña y domina caprichosamente el complicado mundo de Amaro López, adonde acude cuando le da la gana, sin cumplir horarios de trabajo ni órdenes exigentes, excepto en los días en que se pasa la colección, momentos graves que despiertan inesperadamente su deber profesional.

Por eso, hoy anda muy abundante por aquí y ahora mismo, después de una ajetreada mañana de pruebas, sale con prisas de la casa y, cruzando la ancha acera de la calle, se sube a un coche que sólo tiene de feo su triste color caca, sentándose, tras un suspiro que descansa su pecho plano de adolescente, junto a Nando, su amigo más patoso y consentido.

¿Qué tal, cariño? ¿Cómo estás? —pregunta Kiki. Pero antes de que el otro pueda contestar sigue—. Oye: creo que voy a tener un éxito bárbaro esta tarde. Hay tres o cuatro modelos que me sientan de miedo. Sobre todo un traje de noche en moaré verde bordado en plata y... ¡Qué asco de hombre!; ya podías comprármelo...

No sé... Veremos.

—Yo sí sé que no, ¡concho! —exclama Kiki.

Hemos hablado muchas veces de estas cosas y...

Sí, sí; ya me he enterado —corta Kiki—. Tú crees que con darle a una a primeros de mes lo que necesita para ir tirando está todo arreglado; pues te equivocas, ¿sabes?, te equivocas. Porque una tiene también caprichos y a las mujeres hay que mimarnos mucho, Nando...

—¿Es que yo no te mimo, acaso?

—Pues... sí; pero a tu modo...

—Claro; no va a ser al tuyo, nena.

—Pues debía serlo, cariño; debía serlo —advierte Kiki, recogiendo velas—. Pero eres tan raro, tan... no sé cómo...

El «haiga» color caca rueda ya por la calle y Nando aprovecha una parada obligatoria para echarle una rápida mirada a Kiki. El hombre es ya un viejo, pero un viejo ahíto y gastado. Quizá se acerque a los sesenta, quizá los haya cruzado ya; es lo mismo, porque tras aquel rostro desagradable y feo se adivina tan sólo un blando desencanto, una rutina vil que va consumiendo cobardemente los días sin enfrentarse jamás con un auténtico problema, con uno de esos nobles problemas que salvan la dignidad del hombre.

—Soy como soy, y no voy ahora a cambiar porque a ti se te antoje —dicte—. Pero ya sabes, si no te intereso así...

—Sí, sí; ya lo sé también —vuelve a cortar Kiki, impaciente.

Dicen que el rostro de Nando se parece mucho al de Boris Karloff en sus buenos días. Realmente la jeta de este hombre resulta molesta y antipática,

pero, en esta vida, todo es acostumbrarse. Hay algo en su rostro de perro servil, de esos perros blandos que vienen arrastrándose, que vienen meándose no se sabe si de temor o de gusto, a lamotear la mano del amo después de haber recibido de éste un fuerte puntapié.

—¿Vas a venir esta noche conmigo a la fiesta del Palace? —se interesa Kiki, cambiando de tema.

—Pues no sé... Me temo que resulte un buen barullo.

—Eso es lo bueno, mi vida: el barullo. ¡Para cuatro días que vive una!

—Tal vez me anime a última hora...

—¡Vamos! Lo que tú quieres es que no haga plan con nadie, ¿verdad? —Manifiesta Kiki descaradamente—. Con mi estraperlista, por ejemplo, que me ha mandado unas flores estupendas... ¡Jolín!, ahora que me acuerdo; me las he dejado arriba y se van a marchitar, las pobres... Pues son unas orquídeas que han debido costarle un...

—Déjalo ya, ¿quieres? —Corta Nando.

—Pero ¿es que tienes celos, cariño?

Nando no responde. La verdad es que el hombre está ya un poco muerto por dentro y eso de los celos es cosa de gente viva. Pero, a veces, sin que se sepa por qué, resulta algo rabiosillo, susceptible, y, al avinagrarsele el gesto, se pone más feo que nunca.

—Ya sabes que tú eres el único hombre a quien quiero, el único en quien yo de veras confío —afirma Kiki apelotonándose un momento contra él aprovechando uno de esos hondos e inexplicables baches que hay ante el hotel del Negro, donde una de las más modernas avenidas de (Madrid empalma con el polvoriento Tetuán de las Victorias y la carretera de Francia).

Quizá haya algo verdadero en las palabras de Kiki, quizá todo sea mentira, ¡cualquiera sabe!; porque el complicado tejido de lo cierto y de lo incierto forma de tal manera las entretelas de ciertas almas, que resulta imposible aislar lo que es y lo que no es, ya que todo puede ser verdad y todo puede ser mentira en ellas al mismo tiempo.

Nando vuelve a mirar a la mujer, con su fea mirada de villano de la pantalla, mientras el coche marrón, un De Soto muy moderno, con cambio automático, se aproxima velozmente a Fuencarral, atravesando unos llanos áridos y grisáceos endurecidos por el frío. Al hombre le gusta que Kiki se apeloque así contra él, contra su pobre cuerpo agotado y vicioso, contra su cuerpo estéril que nunca supo crear, levantar algo que perdure cuando sólo quede su carroña. Pero Nando no sabe por qué le gusta tanto este gesto de Kiki, este gesto falso de Kiki que le hace sentir en su triste costado un calor

que no vive para él, que no vive para ningún hombre, pues no puede vivirse para otro sin dar algo, sin entregar algo, y Kiki hace ya muchos años que no tiene nada que entregar.

El coche abandona la carretera de Francia y entra por la que conduce a Miraflores, cara a una sierra nevada, cenicienta y hostil, que anuncia una tarde penosa y fría para las gentes humildes que no poseen un coche con calefacción, un coche como éste, que rueda con los cristales empañados por el aire caliente de su confortable interior.

—Vamos a tener frío en El Mesón —anuncia Kiki—. Hubiera sido mejor quedarnos en Madrid a tomar algo en cualquier tasca.

—Tenía ganas de salir un poco al campo —explica Nando—; me duele la cabeza y...

—Ya, ya...

Nando no puede abusar de otras cosas y se consuela un poco abusando por las noches de algo que le produce escalofríos y mucho malestar durante las mañanas. La verdad es que no sabe cómo ocupar su tiempo, su largo y monótono tiempo, pues aunque tiene carrera y no ignora esas cosas que conoce todo el mundo bien educado, nunca fue hombre despierto, sino más bien corto y confuso. En sus tiempos, en sus lejanos tiempos, no era preciso ser ni inteligente ni estudioso para ingresar en el escalafón en que actualmente figura su nombre. Ahora, naturalmente, la vida se ha endurecido mucho y ya no hasta con ser hijo de buena familia y tener una cierta posición económica y poderosas relaciones para ello. Ahora el mundo es menos injusto, hay que trabajar para todo y el pobre puede acabar dominando al rico, si hay voluntad, salud y cabeza para ello. Pero entonces, en los viejos tiempos de la juventud de Nando, las puertas de su carrera se abrían a todos los necios si estaban bien educados, tenían dinero, vestían correctamente y sabían besar a todas horas las manos de las señoras con un gesto entre galante y libertino. Y la verdad es que Nando ha besado tantas, tantas manos de mujer en su vida, que esta montaña de besos fríos, estúpidos, pesa sobre él, le abruma, le deja hecho un resto blando y deshuesado.

El coche deja ya la estrecha y bacheada carretera y entra en El Mesón, un lugar que tiene su público. Por qué unos establecimientos consiguen sus clientes y por qué otros no es uno de los grandes misterios de la psicología comercial, una ciencia aun en ciernes. Se monta un restaurante simpático y acogedor, se da una excelente comida, no se exageran los precios y no acude nadie a comer. Pero se arregla cualquier local destartado, se cobra mucho y se sirve una minuta vulgar y la gente se agolpa esperando mesa. Quizá El

Mesón merezca su buena suerte por lo que tiene de castellano y por lo que tiene delante de su solana. Un paisaje entre velazqueño y manchego, que extiende ante el Guadarrama los oscuros robledales de El Pardo y las tierras peladas y pardas que bajan de Colmenar Viejo hasta Barajas. Mas, por lo que sea, el caso es que aquí hay siempre extranjeros de paso, diplomáticos en misión, españoles ricos y algunas parejitas más o menos emboscadas que toman el sol o se calientan dentro, junto al fuego alegre de las chimeneas.

Nando coloca solemnemente el coche entre unos árboles desnudos y raquíuticos, castigados por los cierzos serranos. En aquel momento una pesada nube que extiende sus curvas grises y ampulosas hasta confundirlas con la nevisca que azota las cumbres del Guadarrama oculta un sol aún débil para vencerla. Y Kiki se estremece, encogiéndose bajo su abrigo de lana blanco con aplicaciones de renard negro.

—¡Caray!, qué frío hace. Vámonos dentro ahora mismo —decide la modelo.

La verdad es que Nando ha traído aquí a la chica con la esperanza de comer al sol. Y que, ahora, en vista de que ya no puede pararse en la solana, al hombre le está apeteciendo dar un pequeño paseo por allí, a ver si se le despeja algo la cabeza. Pero, ya se sabe, con estas chicas no hay nada que hacer y no basta con pagar y pagar, sino que encima...

Se acomodaron dentro, junto a una chimenea, pero Kiki exigió que, además, le pusieran entre las piernas un brasero de leña, pues, según ella, corrían por allí unos aires bajunos cortantes como cuchillos. Y después de estas operaciones, acompañadas de abundantes palabras de la modelo, que parecía encontrar bastante grata la presencia del fuerte mozarrón vestido con una recia pana castellana que les atendía, la pareja comenzó a componer su menú, cosa, en verdad, bastante complicada, pues Kiki tiene siempre apetito, pero no se permite pasar ni un gramo más de los 57 kilos, exigencia profesional que malhumora sus almuerzos.

Al fin, todo pareció arreglarse. La modelo encargó una tacita de consomé muy caliente, unos fondos de alcachofas rehogados con jamón y unas angulas muy picantes, más un zumo de naranja. Nando, por su parte, pidió lenguado, un tournedos poco hecho y tarta de la casa, solicitando una botella de agua de Mondariz, pues no se encuentra esta mañana dispuesto a trabajarse el hígado con esos vinos folklóricos que se sirven en las más típicas jarritas de la cerámica nacional.

A los postres, quizá reconfortado por el sangrante solomillo y la copa de coñac francés, el hombre pareció decidirse. Mas, realmente, su decisión no

fue un acto de valerosa iniciativa, sino el fruto de la más cobarde docilidad.

—Anda ya, desembucha, ¿quieres? —Exige Kiki—; porque me estás dando la comida.

—¿Yo? —Se pasma el hombre, con un gesto que alborota un poco la persiana capilar que malcubre su calva—. No sé por qué dices eso.

—Mira, Nando; tú y yo nos conocemos demasiado bien para andar con rodeos. Cinco años, cariño, son muchos años y...

—La verdad es que no tenía nada especial que decirle; pero, ya que me lo preguntas...

—Quieres hablarme de lo de la otra noche en Villa Rosa, ¿no? Por lo que veo ya te han ido con el cuento —advierde Kiki con un gesto de soberano desprecio.

—Pues, mira, sí; algo he oído de ello —confiesa el hombre—. Y aunque ya sabes que no me meto en tus cosas...

—¡Lástima sería!

—Pues hay hombres que no toleran ciertas cosas a sus..., a sus... —Se atasca Nardo.

—¿A sus que...? —Desafía Kiki—. Anda, hombre; dilo, dilo ya...

—A sus... novias —se raja Nando.

—Ibas a decir otra cosa —desprecia Kiki—. Ibas a decir lo que yo soy, y a mucha honra —provoca.

—Como quieras —admite el hombre, cansado.

—Si yo soy lo que soy es por culpa tuya, por culpa de todos los hombres, que no merecéis que ninguna mujer sea otra cosa —sigue Kiki—. ¿O es que te crees que por darle a una algunos cuartos todos los meses se puede pedir más?

—¿Otra vez? No sé cómo dicen por ahí que eres tan graciosa —advierde venenosamente Nardo.

—Es que tú me pones negra.

—Lo siento —se pica el hombre, echándose al estómago otra copa de coñac.

Un breve silencio cae sobre los dos. Esos breves silencios de las parejas, esos silencios por los que asoma la soledad del hombre, del individuo; la imposibilidad de la auténtica comunicación con nuestros semejantes, con ese prójimo que tenemos al lado y que debemos amar y amar, aunque jamás lleguemos a alcanzarlo.

—Pero ya que has hablado de ello quiero dejar las cosas bien claras —sigue Kiki, tomando otra vez la iniciativa.

—Me duele un poco la cabeza y... —se queja Nando, sin ganas de complicaciones.

—Pues te aguantas un momento, cariño —decide Kiki—. Porque no estoy dispuesta a que te vengan con chismes.

—¿Chismes? —protesta Nando—. No seas cínica...

—Sí, chismes, chismes —se encrespa Kiki—; porque vaya usted a saber lo que te han dicho —añade, tanteando el terreno.

—Nada; no me han dicho nada... Mira, lo mejor es dejarlo.

—Fui a Villa Rosa, es cierto. Salí con Marta y Nico, ya sabes, Nico Corrales, su novio; me invitaron a cenar y, después, dimos una vuelta por allí, a ver cómo estaba.

—Bailé un poco y nada más, te lo juro —termina Kiki, poniéndose seria.

—Bailaste con Paco Almuñécar y, según parece, volviste muy tarde con él en su coche.

—Bailé con mucha gente y creo que sí, que también con Paco, que estaba con una tajada que no veas, pero Marta y Nico me llevaron a casa. ¿O es que no va a poder animarse un poco cuando tú te sientes aburrido? —Se excita Kiki.

—No quiero que salgas con Paco; ya te lo he dicho muchas veces —insiste Nando—. Además, después de haber sido el novio de Tona, tu compañera, parece que está feo...

—Eso acabó hace ya mucho tiempo —asegura Kiki con cierto calor—; y ella no tiene vela en este entierro.

—No me gusta ese tipo, ¿sabes? Y no quiero que te vean con él.

—¡Claro! ¡Como va a gustarte! —Se irrita Kiki—. Todavía está joven, tiene una facha estupenda y siempre anda con ganas de juerga, porque es un punto fuerte...

—Mira, Kiki —repite Nando, poniéndose más serio y más feo que nunca—; ya sabes que no me meto en tus cosas y que te dejo una libertad muy poco frecuente. De sobra sé que le gustas al embajador Lomas y que te dejas querer por Perales, ese estraperlista tan ordinario. Y, sin embargos hemos salido algunas veces todos juntos, ya lo sabes, porque yo soy un hombre comprensivo. Pero no quiero que andes ni que te vea nadie con tipos como Paco Almuñécar y sus amigos, nena. Es una compañía que sólo puede perjudicarte y, además, ¡caray!, creo que me debes ese mínimo respeto, ¿no te parece?

—Todo porque son gente animada y alegre y se divierte una con ellos, ¿verdad? —Gruñe Kiki.

—No, hija, no; no es eso —manifiesta gravemente el hombre—. En medio de tus locuras, Kiki, tú eres una chica decente, una modelo de categoría que tiene muy buenas amistades —adula Nando—; y no puedes descender hasta esos hombres tan tirados...

—¡Yo una mujer decente...! ¡Vamos, hombre!, no digas tonterías —exclama Kiki, riendo con una risa un poco agria—. Si fuera una mujer decente no estaría aquí a tu lado.

—Estás muy nerviosa y no sabes lo que dices —rechaza Nando—. Pero yo te conozco muy bien y...

—Sí, ¿eh? —Duda la modelo con una guasa sarcástica y rencorosa—. Pero, en fin, cuando tú lo dices...

—Claro que sí —decide Nando—. Tú eres un poco alborotada y rebelde, pero mucho mejor de lo que parece...

—Y con un dolor de cabeza en este momento que no veas, mi vida —advierte Kiki—. Porque todo lo malo se pega, y eso que anoche, a las doce, ya estaba en mi cama como una honesta jovencita.

—Así me gusta, cielo —confiesa el hombre enterneciéndose.

La cosa parece ya aclarada y la discusión concluida, a gusto y satisfacción de los dos. Porque Nando necesita tener a Kiki delante, contemplar esta cara de pilluelo tan graciosa, esta figura tan estilizada, tan bien vestida; oler su perfume bueno —ahora es Mouche, de Rochas—, su olor a mujer limpia, a mujer lavada y refrotada; escuchar su acento rápido y castizo, que refresca su elegancia en un ameno contraste; saber que ella está allí, a su lado, dispuesta a soportar sus manías y sus latas.

En cuanto a Kiki, también necesita de Nando. Necesita las seis mil pesetas de primeros de mes, los pequeños regalos, el coche y la compañía de este hombre que viene siempre a buscarla, que la lleva, que la trae sin estorbar apenas. Tal vez tenga razón, hay que reconocerlo, en lo de Paco Almuñécar y sus amigos, que, la verdad son gente demasiado tirada, aunque Paco tenga tan buena estampa y sepa dar el pecho algunas veces. Pero ¿quién pierde la ocasión de hacerle una faena a Tona, que se está poniendo muy tontita esta última temporada con sus éxitos en Amaro López? Habrá que tener un poco de cuidado, guardar algo las formas para que Nando no se ponga así, que la vida está muy difícil y todo cuesta más cada día...

Porque Kiki es una excelente ama de casa y en ella no se cumple ese desorden que tipifica a la mujer alegre. La modelo le toma todos los días las cuentas a su criada, una mujer muy dispuesta, que ya no puede sacar nada directamente de los hombres, y a la que paga con generosidad, pero a la que

ha cantado muy bien las cuarenta en lo que se refiere a sisas, pues Kiki tiene que aguantar muchas tabarras para sacar sus cuartos, y no está dispuesta a que una buena raja de merluza, pescado siempre hembra, que, por variar, le gusta mucho, le cueste doble de lo debido. Ella no es como Lina, no, que sin estar preparada, se metió en el lío de poner piso y a quien la criada le pasó un mes en la cuenta más de 20 docenas de huevos para dos mujeres solas. Estas cosas requieren inteligencia y formalidad. Kiki tiene piso, naturalmente, y un ático monísimo, que le sacó a un amigo arquitecto en una casa nueva y que sólo le cuesta ochocientas pesetas, a pesar de que no le falta de nada. Amueblado poco a poco por Nando, que sabe distinguir muy bien lo feo de lo bonito, excepto en sí mismo, da gusto ver lo bien que queda el piso, tan chiquitín, tan bien distribuido, tan limpio y tan peligrosamente acogedor. Porque en aquel saloncito, en aquella alcoba y hasta en aquella pulcra y blanca cocina que tiene el ático, hay algo íntimo, caluroso, hogareño, que envuelve y entorpece al hombre que cae allí dentro con un sosegado y cordial bienestar que suele tener gravísimas consecuencias para su bolsillo. Aunque, claro está, Kiki es una chica que hace ya muchos años que no pide jamás un céntimo a un hombre; pero que evoluciona tan bien en lo que se refiere a sus intereses, que el caballero en cuestión acaba por soltar la guita casi, casi abochornado por su lamentable indelicadeza. Mas ¿quién no se azoraría ante este acto tan feo después de haber visto cualquier noche por ahí a Kiki más elegante, distinguida y compuesta que una reina en compañía de Pozoseco, un título muy conocido que además de una gran estampa tiene doscientos millones, doscientos caballos y doscientas mujeres, según él mismo asegura? ¿Quién no se turbaría al entregar unos viles billetes, aunque sean púdicamente metidos en su bolso, a una mujer que es capaz de ponerse a coser muy modosita cualquier prenda interior de fina seda sentada en el sofá de su *living*, junto a la suave luz de la lámpara, después de haberos servido un *whisky* con trocitos de hielo de su «frigidiaire», que bebéis lentamente, en un sosiego perfecto que ningún indiscreto turbará nunca, porque Kiki sabe hacer muy bien las cosas? Hay momentos difíciles, muy difíciles en la vida, y este resulta uno de los más violentos para un caballero que allá, ya un poco lelos en el tiempo, fue educado en un colegio de pago y en una honesta familia en la que quizá se dedicara un respetuoso culto a la mujer.

Claro está que hay quien no sufre así, porque hay quien no da la cara.

Pero esto de no afrontar valientemente las situaciones por difíciles que sean, y salirse por la tangente, es cosa de hombres débiles, y la debilidad resulta siempre, a la postre, mucho más costosa. Es el modelo de Amaro

López, es el abrigo con aplicaciones de visón, es aquella comodita isabelina tan mona que está en un extremo de la alcoba, es esta preciosa pulsera de brillantes traída de Bucheron, de París, es, ¡ay!, incluso, aquel reloj barroco que luce tanto, aunque no ande, y que Pepín Tarazona se trajo un día de casa de sus padres, ignorando que vale una fortuna, pues ya hay un anticuario de la calle del Prado que le ofrece a Kiki quince billetes de los grandes en mano por él.

—Entonces, ¿ya me quieres? —le pregunta la modelo a Nando, poniendo su gesto travieso, mientras termina el zumo de naranja.

—Te quiero siempre, Kiki —afirma gravemente el hombre, posando su manaza sobre la fina y bien cuidada diestra de la mujer—; y porque te quiero te digo estas cosas. Si fueras tan sólo para mí un capricho pasajero no me preocuparían tanto estas historias.

—Gracias, cariño —parece que se conmueve Kiki, pestañeando un poco.

Pero la verdad es que a la modelo lo que le gusta precisamente son los caprichos pasajeros que son los divertidos, y no estas latas de hombres que aseguran quererla tanto. ¿Por qué, por qué estará tan mal organizada la vida y lo que gusta no produce nada, mientras que lo que aburre suele muchas veces sacar de apuros? ¡Ay!, Nando, Nando... Si no fuera por tus seis mil del ala, por tu coche, por tus fines de semana, por tus cenas, por tus amistades y porque sabes pagar una mesa en Villa Rosa o en Riscal, cuando no tienes otro remedio, esta Kiki tan mona, tan elegante, tan graciosa, no te daría las gracias en este momento, no te cogería la zarpa entre sus dos finas manos y no te llamaría «cariño», sino algo muchísimo más feo como te atrevieras a arrimarte un poco a ella.

Pero, ahora, lo cierto es que se produce una breve escena tierna, a la que asiste desde lejos, con una aviesa sonrisa en los labios, el mocetón que les sirvió la comida. Por cierto que al levantarse ya de la mesa, tras aquellos mimos, Kiki se siente tan mareada, tan bruscamente indispuesta, que es preciso tenderla incluso sobre uno de los bancos del mesón. Después, pasó al fin el sofoco y Nando, que prodigó a la mujer sus más tiernas atenciones, descubrió que todo fue indudablemente debido al tufo de este condenado brasero que Kiki, tan friolera, ha cobijado durante la comida entre sus largas piernas. Por eso el hombre, mientras vuelven a Madrid con prisa por la carretera, ha pasado el rato ilustrando a la modelo sobre el caso y sobre las fatales consecuencias que pueden tener algunas veces estas ligerezas. Hasta que Kiki, que adora precisamente la ligereza, se ha quedado un poco traspuesta sobre el hombro de Nando, quizá porque tenga sueño

verdaderamente, quizá porque ha llegado ya, por hoy, al límite de su paciencia.

3. Sole

Sole abandona también un poco después de Kiki el piso que ocupa Amaro López, Alta Costura, en Madrid. La verdad es que Sole ha intentado largarse esta mañana la primera, pero el modisto se ha entretenido con ella y no hubo manera de marcharse antes. Sole tiene prisa, mucha prisa; porque en la modelo vive siempre algo ansioso, apasionado y dramático que precisa quemarse, consumarse.

Nadie espera esta mañana a Sole en la calle, no porque no tenga a quien dar un plantón, ya que siempre hay un roto para un descosido, sino porque la mujer se ha quitado a don Rosendo Concellón de la Riva, el que fue senador, y a otros pelmazos hoy de enmedio. La modelo sale, pues, precipitadamente del portal, coge un taxi y le indica que tire de prisa por Atocha y las Rondas, hacia la Sacramental de San Isidro. Después, como es hembra impaciente y nerviosa, Sole se mantiene en el asiento inclinada hacia adelante, con una mano prendida a la ventanilla del coche, como si quisiera precipitar un tiempo y una velocidad que se le antojan demasiado lentos.

El sol se nubla ya cuando el taxi, tras salvar el nudo caótico y antipático que forman los vehículos en la Glorieta de Atocha en torno a un reciente hundimiento de su suelo, logra enfilarse la Ronda de Valencia. El invierno ha vencido, con sus nubes cenicientas, el pretencioso y loco sol de febrero, y el viento helado que sopla del Guadarrama se adueña cruelmente de la indefensa meseta madrileña. Una luz sucia, dominada por los grises, se apodera de las calles, de los árboles desnudos y estremecidos por el cierzo, de los tranvías despintados y feos, de las casas chatas y encostradas que asoman ya la fealdad urbana del suburbio.

Fábricas de abonos, fríos talleres de marmolistas, que parecen gritar la desesperación de unas tumbas profanadas, y allí, a la izquierda, ese horrible edificio aplastado, enrejado y mugriento que fuera cárcel y que parece exhalar todavía por la ruina de sus grietas terrosas, por la miseria de su puerta torcida y rota, el hedor congelado de los sudores y miserias que la guerra amontonó tras sus pueras paredes. Pero como todo pasa, como la vida es implacable y

nunca se estremece, sobre este espectro feo y dramático, Sole ve ahora pegado un llamativo cartel que anuncia con gran lujo de colores el éxito de El Baile, una finísima e ingeniosa comedia diestramente montada sobre los sentimentales y delicados ocios de unas gentes sin quehacer.

Un enorme camión baja también por la ronda hacia el río, cargado con unos sacos de cemento que, con los baches, van soltando un arenoso polvillo que se le mete a Sole en la boca. Mas como se han aproximado a un estridente y desvencijado tranvía, la modelo tiene que tascar el freno de su impaciencia, hasta que el taxi logra pasar al monstruo automóvil. Cruzan ya la torcida Glorieta de Embajadores, en la que la Fábrica de Tabacos pone una maciza mancha amarillenta y sucia, y la Escuela de Veterinaria el punto amoratado y cárdeno de sus viejos ladrillos. Y bajan después por el Paseo de las Acacias, pasando rápidamente ante un funerario y ceniciento grupo escolar, en el que parece que tan sólo pueden enseñarse las tristezas de la vida.

El taxi se acerca ya al mezquino Manzanares y el gasómetro gris de la fábrica se alza ante Sole como un extraño monumento levantado para honrar la orgullosa fealdad de la industria. Al fondo, hacia la derecha de la modelo, asoma la cuadrada estación frigorífica y a la izquierda queda el áspero barrio de las Injurias, nombre afortunado en verdad, que desmorona sus ruinas en torno a lo que fueran en tiempos las Casas del Cabrero.

La modelo trata de encender un pitillo mientras el coche atraviesa la Glorieta de las Pirámides, cosa nada fácil, pues aquello está siempre en obras y el viejo taxi salta en los baches como un jaco irritado que cocea. El ambiente terroso, polvoriento y desolador del barrio llega a un extremo cruel en la glorieta, que presenta tan sólo dos casas oscuras, cenizas; dos pobres muelas careadas en su boca vieja y desdentada, entre las que grita el rótulo negro, doloroso, de una triste pescadería.

Sole prende al fin el pitillo, cierra el encendedor de plata con un golpe nervioso y seco, y, tras una larga chupada, arroja el humo violentamente por estas sus narices, que fueron famosas por su gracia y remango, pero que ya son, en algunos malos momentos, narices desesperadas de mujer vieja. Han cruzado el Puente de Toledo y tuercen ahora por el camino bajo de San Isidro. Desde la carretera, agujereada como un paisaje lunar, se ven, a un lado, las riberas del Manzanares, aquellas quintas que alabaron en otros siglos los mejores ingenios de la Villa y Corte, martirizadas ahora por picos, palas, excavadoras, grúas, perforadoras y camiones que las han convertido en un yermo desolado e inhóspito, donde reinan el cascote y la escoria en la más fiel unión. Al otro lado, según se va a las Sacramentales de San Isidro y de San

Justo, quedan las miserias del Cerro del Cuervo. Las ruinas de sus pobres casuchas, las raquílicas y torcidas acacias, y esas cuevas ante las que siempre hay, tendida al viento del Guadarrama, una bata negra y rota que pretende estar algo menos sucia de lo que le impone la puerca vida. La puerca vida del pobre, perseguido siempre; perseguido por los fríos, por los calores, por la pereza del hambre, por el desconsuelo de la soledad y por las bascas de la miseria. Quizá esa bata negra y rota, tendida al viento hostil del Guadarrama, lavada apenas sin jabón en la próxima ribera, restregada por unas manos hinchadas por los sabañones, signifique la última esperanza de una mujer pobre, su última coquetería. Una esperanza y una coquetería que la miseria asesinará inexorablemente, porque los hombres dicen que así es la vida y nadie arde en una operante caridad que la haga no ser como es.

Sole, al doblar el taxi ante las cuevas para subir la empinada cuesta que conduce al cementerio de San Isidro, vuelve bruscamente la cabeza. Ella sabe mucho de aquello, de cuevas más alegres, pero cuevas al fin y al cabo; y, por lo mismo, no quiere alborotar sus recuerdos, que no está hoy el horno para bollos y no hay cuña más dura que la de la misma madera. Con un gesto, pues, de reina casi ofendida, la modelo, al ver aquello, se reclina, por una vez, sobre el respaldo de su asiento, y allí, hundida y baqueteada, espera a que siga el coche, inoportunamente detenido por un famélico y escaso rebaño de cabras, que ramonean afanosas las malas hierbas de estas ingratas riberas.

Pero todo llega, si hay vida y paciencia, y el taxi, tras salvar un tramo del camino bacheado de una manera realmente injurante, se acerca ya a la puerta del cementerio. Pita un tren y enfrente, al otro lado del río, se ven los vagones cárdenos de un largo mercancías que hace maniobras bajo la cúpula de San Francisco. El coche corona trabajosamente la cuesta y se detiene en la entrada de la Sacramental, junto a esa pequeña ermita que el agradecimiento de la Emperatriz Doña Isabel instaurara en recuerdo de la curación de su esposo Don Carlos. Sole desciende, rápida y garbosa, del taxi, apartando con un gesto impaciente a un viejo tullido y tartajeante que se le acerca pidiendo limosna; y pisando con dificultad un suelo que tuerce sus altos tacones, entra en el cementerio, marchando por la larga rampa con prisa, como si la muerte y las viejas losas que asoman próximas sus rótulos cegados por un polvo grisáceo no merecieran más sosiego.

Sole anda bien, muy bien, que para eso tiene sangre gitana en sus ardientes venas y ha criado muchos piojos en sus años infantiles. Porque hay quien dice, y quizá acierte, que el piojo da alegría y movimiento a las chavalas, y que parte de este garbo y salero que tiene la raza lo debe a tan

constante picazón. ¡Cualquiera sabe! Ahora, naturalmente Sole se baña todos, todos los días, y con sales de Balmain, nada menos, y además la cuidan el mejor peluquero y la mejor masajista de Madrid, sin considerar la manicura y otros sirvientes inferiores porque aún le quedan cuartos de su Félix, que en paz descansa, y no necesita de los hombres a no ser que se le antojen, que por ahora no se le antojar, porque anduvo muy emperrada con el suyo y la mujer no acaba de darse bien cuenta de que ya no lo tiene a su vera. Sole anda muy bien, mas, por desgracia, no hay andares que levanten a un muerto, y la paz, una paz quieta y aldeana, reina en el ancho patio de la Concepción cuando la modelo cruza rápidamente sus melancólicas avenidas de cipreses, como quien conoce bien el camino. Sole marcha decidida, sorteando el panteón de los Denia, pasando ante el que alzó la familia de La Gándara, siguiendo la dirección firme y enérgica de quien va impulsada por alguna pasión hacia algo vivo, hacia algo que forma parte de la propia existencia.

Esta vida que tira de Sole con tanta fuerza parece hallarse justamente en el patio de Santa María de la Cabeza, solitario, sosegado, lleno de tumbas grises y amarillentas. Porque la modelo, abandonando ya las avenidas flanqueadas de cipreses, cruza entre las sepulturas y se detiene en seco ante un trabajado mausoleo que, bajo una Piedad muy poco afortunada, ostenta el rótulo: Familia Vázquez Talavera. Allí yace el que fue su hombre, su Félix, y para más desesperación, bajo su hombre, su título de marqués y la fecha de su óbito —19 de agosto de 1951—, sus familiares, los suyos, los de él, advierten en gruesas letras de cobre a quien se incline sobre su sepultura que no le olvidan...

Sole permanece un momento allí, tiesa, erguida, llameándole pasión los verdes ojos, temblando aquellos labios que debieron ser tan jugosos y que ahora están ya quemados por la vida, mientras una ráfaga del frío viento azota el patio y alza un polvo que huele a muerto. Después, de su garganta sofocada y ardiente, brota una ronca queja, un gemido animal que se convierte al fin en excitadas palabras, porque Sole continúa hablando con su Félix, continúa disputando con él, aunque la estúpida gente crea que anda un poco majareta y que habla a solas:

—Mira, Féli: aunque se me parta el arma tengo que desirtelo... Que ya pué darle grasia a Dió de que no te tenga a mi vera, porque te juro por la memoria de mi mare que no iba a salí vivo de mi mano... ¡Como lo oye, tesoro, como lo oye...!

Las nubes cenicientas que bajan de la borrascosa sierra se agolpan sobre el patio de Santa María. Y las altas copas de los cipreses, que sobresalen el

amparo de los muros del cementerio, se inclinan ante una nueva ráfaga de viento. La mujer, sola entre las tumbas del patio, sigue increpando a su hombre apoyada sobre la sepultura.

—Te he perdonado mucha cosa, Féli; mucha cosa. Pero esto no pueo pasártelo. Tú sabe mu bien er martirio que m’ha dao durante tanto año, lo que m’ha hecho sufrí con toíta tu familia; to te lo he pasao, aunque me comieran lo celo, aunque er coraje me quemara la sangre. Porque tú t’ha valío de mi cariño y de la ley que, siempre te tuve, Féli, eso e, y no porque le fartaran a una otro hombre, que tú bien sabe lo moscone que siempre tuve enrededó y que no te farté con ninguno, aunque, a vese, tuviera harta rasón para haserlo. Y, ahora, tú ve cómo ha dejao la cosa... Ahora me quitan er nene, Féli, me lo quitan; porque, ¡vamo!, eso de que no puea yevá ni tu nombre ni er mío e quitárselo a una... Y to por lío de escribano y vengansa de tu mujé, que ca día me quiere peo...

Los labios de Sole tiemblan y en sus ojos brilla un agua verde, rencorosa. Mas la cólera que la domina la impide llorar y el fuego de su pasión seca la humedad de aquel débil instante.

—Que si er nene no podía matricularse pa er bachiyerato, que si asín no podían seguí la cosa y que yo tenía que sacrificarme por él... Y tu hermano dale que te pego un día y otro día, con esa vo de sopa que tié er tío y que me pone mala... Hasta que, naturá, que tuve que sacrificarme, que pa eso ha nasío una mujé. Y si tú viera lo guapo que está er niño y lo gordito y estudioso que ha salío... Tié tu mismo, tu mismísimo ojo y to tu genio también. Tú sabía que mi hijo e tuyo, tú lo sabe mu bien, Féli. Pero ahora ya no e ni tuyo ni mío, porque l’han echao ensima otro nombre en los papeles pa que puea estudia y eso m’arcansao er corasón... Yo te quise y no te farté nunca con nadie, pero ahora, Féli, te mardigo y te juro que me la va a pagá...

Hay una calma rara en la atmósfera. El viento ha caído de pronto y las nubes cenicientas que cubren el cielo parecen pesar sobre el patio de Santa María. Sole, crispada y llameante, yergue su cuerpo orgulloso y esbelto y, extraviada por su pasión; escupe sobre la sepultura, con un gesto de tragedia griega. Después; horrorizada, huye llorando de allí, mientras su amarga saliva permanece sobre el mármol frío de la losa como un sello de la vida estampado sobre la muerte.

4. Marta

Marta, otra de las modelos de Amaro López, sale de su trabajo casi detrás de la dramática gitana, y cuando Sole sube al taxi le dedica un gesto de adiós desde el portal de la casa, pues la andaluza le hace gracia, con su mundo interior apasionado y extravagante, tan lejano de lo que a Marta se le antoja que es la monótona y gris realidad.

Marta termina de meter tranquilamente sus manos en unos guantes de fina gamuza color limón, y sin prisas, dobla la esquina de la calle, para tomar un taxi en la parada. Pues la modelo es una mujer de aspecto sosegado y serio, y es raro que pierda la calma de sus gestos, la armoniosa serenidad de sus movimientos.

Verdaderamente, Marta es una belleza, aunque según sus compañeras y algunos hombres que sólo pueden vivir entre el desorden y la agitación femenina, la modelo resulta a veces demasiado impávida y sosa. Mas otras personas aseguran exactamente lo contrario, advirtiendo el peligro de las aguas mansas que engañan con su apariencia. Estas contradictorias opiniones de los conocidos de Marta quizá indiquen, tan solo, que posee una personalidad bien guardada, difícil, que escapa al frívolo y precipitado juicio de ciertas gentes.

Tal vez Marta sea demasiado guapa, demasiado hermosa para gustar a estos hombres que rondan las casas de la alta costura madrileña y, desde luego para ser alabada por sus compañeras de trabajo, llenas de imperfecciones quizá más atractivas, pero imperfecciones al fin y al cabo, que ellas no olvidan. Pues el rostro de Marta, sus limpios ojos claros, su boca fresca y jugosa, su piel blanca, marmórea, surcada por algunas venas azules, su noble frente y este pelo castaño con vetas aclaradas que lleva tan bien cortado, componen una cabeza perfecta, tan serena y hermosa, que casi todas las mujeres se irritan ante ella y un cierto tipo de hombres se siente también molesto al contemplarla, porque la hermosura produce en algunas gentes un curioso autorreproche, una exigencia que resulta incómodo escuchar, y que, al mismo tiempo, se hace incompatible con ciertas cosas.

Marta dobla la esquina de la acera. Y como la parada está vacía, espera pacientemente, mirando el escaparate de una joyería, a que el inevitable abrecoches le pare un taxi, mientras dos o tres hombres, en los que ella ni siquiera parece reparar, se emboban contemplándola. Uno de ellos, un pollo que se muestra muy seguro de sí mismo, se aproxima también al escaparate y trata de entablar conversación, pues la verdad, Marta, como todas las modelos, va muy bien arreglada y hoy está estupenda con su abrigo de lana azul y su precioso sombrero de un rosa muy pálido. Pero la joven le echa una mirada tan fría, tan alejada de su conquistadora presencia, que el pollo se siente confuso y se aleja del escaparate con un gesto huidizo, mientras Marta se dirige hacia el taxi que acaba de llegar.

El coche la lleva Castellana arriba, entre la animada circulación de la hora; el sol se nubla y unas ráfagas de viento frío bajan de la sierra, penetrando en el taxi y moviendo a Marta a cerrar cuidadosamente las mal ajustadas ventanillas. La gente que paseaba por la Castellana gozando el joven calor del sol de febrero aprieta el paso y se retira friolera, ante el brusco cambio de nuestro traidor invierno madrileño.

El taxi, después de haber salvado felizmente las grietas del asfalto, los hoyos producidos por los autobuses y las obras permanentes que amenizan el paseo, tuerce en la plaza del General Martínez Campos, y, metiendo una ruidosa segunda, sube por la calle que conmemora al héroe de la Restauración, deteniéndose, al fin, ante una de esas casas nuevas, alzadas a base de ladrillos y techadas de pizarras, que florecen actualmente en Madrid, dando a nuestra capital un tono que mezcla extraños resabios arquitectónicos. Pagado el coche, Marta entra en el portal, saluda brevemente al portero con un gesto que implica, un cierto conocimiento y sube en el ascensor al segundo, mientras se pasa rápidamente, ante el espejo, la borla de su polvera. Ni la casa, ni el portal, ni el ascensor, ni esta puerta B del piso segundo adonde Marta está llamando ahora, ofrecen nada característico, sino, más bien, esa vulgaridad igualitaria que caracteriza a esta clase de jóvenes edificios.

La puerta tarda un rato en abrirse. Mas, al fin, se corre el pestillo y aparece una criada de edad confusa y aspecto desdibujado, que advierte:

—¡Ah!; es la señorita.

—Buenos días. Filo —saluda Marta, entrando ya en el piso.

—El señorito Nico está todavía...

—Ya, ya me lo figuro... Pero no importa, Filo; yo le despertaré.

—No sé si...

Marta, con un gesto tranquilo y decidido, cruza el pequeño vestíbulo y un salón amueblado con viejos muebles de un gusto extraordinario, que sorprenden en aquel piso tan vulgar.

Así, la modelo llega a la puerta de una alcoba, que empuja suavemente, pues sabe que no se cierra nunca, porque Nico no se atrevería jamás a quedarse encerrado tras ella con sus sueños terribles, con sus sueños de toxicómano.

Marta entra en la alcoba. Una bocanada tibia, dulzona desagradable, molesta a la joven, que se dirige rápidamente hacia la ventana del cuarto, abriéndola sin contemplaciones y alzando después un poco la persiana de madera, con un ruido seco, de carraca agria y antipática.

Nico se agita en su amplia cama de matrimonio, un lecho demasiado coqueto y primoroso que da al cuarto un aspecto de alcoba galante. Y Marta lo contempla un momento, con una sonrisa irónica en sus bellos labios.

El hombre se debate todavía luchando contra un torpe sueño que no quiere abandonar su presa, y la modelo, aburrída, tira nuevamente de la cinta de la persiana, hasta que la cenicienta luz del nuboso mediodía penetra en la alcoba, una habitación rectangular, amueblada y compuesta con un gusto femenino.

Nico se incorpora al fin en el lecho, bostezando dolorosamente. Es un hombre aún joven, delgadísimo, que malcubre sus huesos con un pijama de seda color crema y que muestra un rostro consumido y marchito bajo una mata de pelo oscuro, aún crespo y abundante, surcado por muy pocas canas.

Cuando Nico sale del cuarto de baño, recién afeitado, rejuvenecida la seca piel de su pequeño rostro por un buen masaje facial norteamericano, peinados sus cabellos con un excelente fijador francés y todo él perfumado con un agua de lavanda inglesa, el hombre da el golpe y finge incluso una juventud que no tiene, pues ha cumplido precisamente en estos días los cuarenta y cinco años. Pero ahora, con sus alborotadas greñas cayéndole sobre la cara excitada y febril, su piel arrugada y macilenta, sus ojos deslumbrados por la luz y su gesto doloroso, Nico es una ruina precoz, un espectáculo lamentable.

El hombre consigue despabilarse un poco y, al pronto, contempla a Marta, que permanece inmóvil junto a la ventana, con sorpresa. Pero, después, tras un gemido de niño caprichoso, se deja caer de nuevo sobre la almohada, ocultándose entre las sábanas del lecho.

—¡Vamos, Nico! No hagas tonterías, que ya es muy tarde amonesta severamente la modelo, con un tono casi maternal.

—Déjame un poco más; unos minutos nada más, por favor —pide Nico, liberando una voz agria y estridente que contrasta con su débil apariencia.

—No puede ser; hoy no puede ser —niega Marta—. Tienes que ir a eso... ¿Es que ya no te acuerdas?

—¡Ay! No sé —gime el hombre—; déjame... Un minuto... un minuto... tan solo...

—Está bien; un minuto —concede Marta, observando su fino reloj de oro.

La modelo se aparta un poco de la ventana, y, sin sentarse, abre su bolso, saca su pitillera, coge un cigarrillo y lo prende con su encendedor.

Después, tras darle varias largas chupadas al pitillo, alza con un seco tirón toda la persiana y abre de par en par la entreabierta ventana. Una corriente de aire penetra en la alcoba y Nico, estremecido, se incorpora de un salto, exclamando:

—Cierra eso ahora mismo...

—Pues levántate.

—Cierra he dicho.

—Entra un fresco estupendo.

—La verdad, no sé cómo te aguanto, Marta; no lo sé —gruñe Nico.

—Pero yo sí lo sé —ríe suavemente Marta, cerrando de pronto la ventana.

—¿Tú crees? —pregunta Nico, saltando, al fin, del lecho.

—Estoy segura.

—Siempre fuiste un poco suficiente, nena.

—Quizá.

Nico se acerca a Marta y le da un beso, que la modelo recibe fríamente. Después la abraza y dice:

—Estás muy mona esta mañana. ¿Sabes?

—¡Bueno! No hagamos tonterías, ¿quieres? —Advierte Marta, deshaciendo el abrazo.

—No son tonterías —se irrita Nico—. ¿Es que no pueden gustarle a uno alguna vez las mujeres?

—Ni tú ni yo tenemos ganas ahora de estas cosas —dice Marta.

—Tú que sabes...

—Mírate la cara que tienes.

Nico, obediente, se contempla en un delicado espejo que hay sobre una preciosa cómoda, frente al lecho. Después, maquinalmente, saca la lengua, sucia y pringosa, y se la mira un momento.

—Sí; realmente, anoche... —Admite.

—¿Fuiste al garito?

—Pues verás... Pasé por el bar del Palace y, como tú no estabas...

—Ya sabías que no iba a ir; no me sentía bien y me acosté temprano, Nico —recuerda Marta.

—Pues me encontré al general; al general Agatángelo, ese paraguayo, ya sabes, y nos fuimos a...

—¿Cuánto perdiste?

—Tuve una suerte perra —se anima de pronto Nico—. Ganaba más de cuarenta mil, cuando entró ese imbécil de Nando, el amigo de Kiki, que es «gafe», y se me puso al lado. Total, que lo perdí todo y...

—¿Cuánto más?

—Unas veinte mil —desprecia Nico—. No recuerdo bien, porque no sé el dinero que llevaba en la cartera.

Pero te aseguro que no volveré a jugar delante de ese viejo baboso.

—Total, que te has quedado sin lo que le sacaste anteayer a tu madre, ¿verdad?

—Poco queda, poco; para qué voy a engañarte —confiesa Nico vergonzosamente—. Pero no sabes lo que nos divertimos. Porque a mitad de la noche vino la «poli» y, aunque el tío que estaba de guardia abajo tiró de la cuerda, hubo un susto de miedo. Pero no nos pescaron y trasladamos la partida a la calle de Hortaleza, en todos los coches.

—Os van a coger un día... Sólo te falta eso, Nico...

—¡Bah! —Desprecia el hombre—. El año pasado nos cogieron dos veces... Pero ahora el garito está muy bien organizado. Y como van tantos extranjeros, ¿sabes?, yo creo que hacen la vista gorda.

—No digas tonterías... Bueno; anda, vístete, que son las dos y a tu padre no le gusta esperar —advierde Marta—. ¿Te figuras qué es lo que quiere el buen señor con estas prisas?

—Ni idea, chica; ni idea —confiesa Nico—. Mira: vente conmigo al baño y así me acompañas mientras me arreglo, ¿eh? Porque solo me aburro mucho...

—Está bien; pero anda de prisa.

Marta se quita el abrigo, luciendo un traje sastre de lana color antracita que resalta aún más su belleza pálida y lechosa; después, la pareja abandona la alcoba, para pasar al cuarto de baño, tras cruzar un breve pasillo. Ya dentro del cuarto, que es pequeño y oscuro, Nico enciende las luces, abre la ducha y, probando el agua con la mano, duda si meterse en la bañera.

—Anda, hombre, dúchate de una vez —anima Marta.

—Está fría, ¿sabes? ¡Mira que le he dicho a Filo que me la tenga caliente todas las mañanas! —Se irrita otra vez Nico.

—Métete un momento, no seas cagainas —dice la modelo, probando a su vez el agua—. Está tibia y te vendrá muy bien el duchazo para despejarte un poco la resaca.

—¿Tú crees?...

—Seguro.

Nico se decide. Se quita el pijama de seda, que arroja a un rincón del cuarto de baño; coge un esponjoso albornoz que compró el año pasado en Inglaterra, se lo entrega a Marta y, con un gesto heroico, entra en el baño y se mete un momento bajo la ducha, dando un pequeño grito de sorpresa. El agua fría corre por su cuerpo estremecido, por su cuerpo menudo y emaciado, encogiéndolo aún más, acusando sus huesos, mostrando la miseria de aquella carne marchita, quemada por todos los excesos. Los finos chorros transparentes y juguetones que desprende la ducha caen sobre su cabeza, oscureciendo su pelo; surcan su cara fruncida, corren por su espalda escalofriada y escurren por sus exiguas caderas, bajando por la ruta de sus piernas quijotescas hasta el encharcado fondo de la bañera.

Marta lo contempla, con el albornoz abierto en, las manos y una mirada rara en sus claros ojos. Quizá la modelo esté preguntándose algo, alguna de esas silenciosas preguntas que nos hacemos a nosotros mismos y que no tienen respuesta. Quizá la joven esté viendo, más bien, tras esta imagen miserable, derruida, de Nico, la de un hombre mejor, la de un hombre a quien ella no podría nunca esperar así, con un albornoz abierto en los brazos, con un gesto materno, sino con una emoción de mujer. Quizá la propia Marta no sepa tan siquiera qué es lo que se pregunta, qué es lo que ella está contemplando tras aquel cuerpecillo prematuramente envejecido, que tiritaba desnudo bajo la ducha; quizá la joven no sepa nada. Pero cuando Nico sale del baño y se mete en el albornoz, Marta sufre un sobresalto, un brusco tirón de la realidad que la trae de muy lejos, de muy lejos de este cuarto de baño, de donde ahora estaba; de Manuel.

Bien arropado en la esponjosa prenda, Nico castaño un momento los dientes y da dos o tres saltos resoplando un poco. Después, ya más entonado, se dispone a afeitarse con su maquinilla eléctrica, que emite el sordo ronroneo de su motorcito.

—No acaban de convencerme estos chismes —asegura Nico muy seriamente—; porque no apuran la barba como una buena cuchilla y a las pocas horas está uno hecho una facha, ¿no crees?

Decididamente, Marta está un poco distraída; contemplándose la cara en el pequeño espejo de un blanco armarito de pared; la joven no contesta.

—Oye: ¿qué te pasa? Te veo preocupada —se interesa Nico.

—¿Yo?... ¡Qué tontería! —Elude Marta—. Tengo alguna curiosidad por saber qué le ocurre a tu padre; nada más.

—¡Oh! Ya sabes... Cualquier bobada —desprecia Nico.

—¿Estás seguro?

—¿Qué quieres que sea?

—Como poder ser, pueden ser muchas cosas...

—Siempre has de ponerte en lo peor.

—Mira, Nico: ya sabes que no me gusta meterme en tus líos —anuncia Marta gravemente—; pero si sigues así, vas a terminar mal, muy mal. Suspende Nico un momento el afeitado para mirar a la joven por el espejo. Y en su rostro, más empequeñecido aún por la greña alborotada de sus cabellos, hay ahora un gesto cínico y vivaz.

—¿Tanto me quieres, nena? —dice.

—¡No se puede hablar nunca contigo en serio!

—Me espanta lo serio, ¿sabes, Marta? Y, la verdad, creí que a ti te ocurría lo mismo.

—No es eso, no es eso, Nico —se impacienta la joven—. Pero mejor será dejarlo —añade con un gesto de desaliento.

—Escúchame, cariño —pide Nico, continuando displicente su afeitado.

Yo sé muy bien que no tengo remedio, ¿comprendes? Viviré así, mejor o peor, hasta que me saquen un día con los pies por delante...

—Te pueden sacar de otra manera —advierde Marta.

—No te comprendo bien —dice el hombre, terminando ya el afeitado.

—Eso de los pies por delante suele fallar casi siempre como recurso —sigue Marta con una voz seca—. Y podrían sacarte de aquí andando con tus propios pies, pero de muy mala manera...

Nico, que se está aplicando un masaje facial rápidamente, se queda un momento sorprendido, con el frasco en la mano. Después, con un gesto un poco torvo, se aproxima a la joven.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues ya lo sabes, Nico; ya lo sabes —advierde Marta, cansada.

—¿Te refieres a lo de Bayona? —pregunta el hombre, tras un tenso silencio.

—A lo de Bayona y a otras muchas cosas...

—¿Qué cosas? Dilas, dilas... —Exige Nico, casi amenazador.

—Pues a lo de Algeciras, a lo de Guevara, a...

—¡Bah! Nada de eso me preocupa —se tranquiliza Nico, cerrando el frasco del masaje y atornillando el tapón ágilmente.

—Y también a... A lo del piso de Rosales —dice Marta, tras un nuevo silencio.

La sorpresa, una sorpresa tan fulminante como una descarga eléctrica, conmueve a Nico, afloja sus manos y el frasco del masaje cae al suelo, haciéndose añicos con un ruido claro y cristalino, mientras el cuarto de baño se llena de un fuerte olor a mentol.

—¿Qué, qué dices? —balbucea.

—Ciertas cosas son muy peligrosas.

—¿Tú... tú crees? —pregunta una vez más el hombre, descompuesto.

—Y a pesar de las influencias de tu familia, a pesar de todos tus amigos, pueden cogerte un día y...

—Hay mucha gente gorda en el lío —piensa Nico, tranquilizándose un poco.

—La cuerda se rompe siempre por lo más flojo —sentencia la joven—. Ten cuidado no ser tú quien...

—Anda, calla ya, no seas agorera pide el hombre, comenzando a cepillarse los dientes. —Confieso que me dejaste helado... ¿Quién ha sido el chivato?

—No ha sido un chivato —rechaza Marta—. Hay amigos que se enteran de las cosas y pueden avisar a tiempo, ¿comprendes?

—Ya, ya... Comprendo.

Nico se ha quitado el albornoz y se está poniendo una camisa clara, juvenil, de seda.

—Anda, vamos al cuarto, que quiero acabar de vestirme —indica a la joven.

Marta sale del cuarto de baño y se dirige nuevamente hacia la alcoba.

Nico la sigue, en camisa; las piernas desnudas, secas; los pies metidos en unas babuchas moras. El hombre mira fijamente la espalda de la mujer, cuando la sigue por el pequeño pasillo, con un mirar que se carga de una angustia rápida, desesperada, que ha pasado ya cuando entra en la alcoba.

—¿Te parece bien esta corbata? —pregunta, abriendo un armario y cogiendo una de entre otras estupendas corbatas italianas y suizas—. Con el traje azul que voy a ponerme, para dar más solemnidad a la cosa, no irán mal estos grises claros, ¿verdad?

—A veces me das miedo, Nico —confiesa Marta, sentándose en una coqueta butaquita y prendiendo otro pitillo.

—Sé perder mejor de lo que tú crees, cariño —anuncia Nico—. ¡Bien! ¿Cuánto dinero vas a pedirme ahora por tu silencio?

Marta se alza con un salto felino de su asiento. Una palidez casi violácea invade su rostro y en sus ojos azules hay un relámpago amarillo.

—Entonces, has pensado que —exclama con una voz enronquecida por la cólera—. Eres un puerco, Nico, y no puedes pensar más que porquerías.

—A ver si voy a tener que pensar que me aguantas por mi cara bonita, nena —chulea Nico.

—Te aguanto porque de no aguántarte a ti tendría que aguantar a otro; a otro que quizá fuera aún más despreciable que tú —confiesa Marta brutalmente—. Necesito dinero, mucho dinero, ¿comprendes?, que para eso he dejado la vida difícil de la necesidad y de la decencia. Pero yo soy incapaz de aprovecharme de tus marranadas, ¿te enteras?

—Está bien, mujer; no te pongas así —calma Nico, metiéndose los pantalones de un traje azul oscuro cortado por un gran sastre madrileño en un hermoso paño inglés.

—He querido avisarte —sigue Marta, decidida y enérgica—. Creo que lo de Bayona se pone feo; pero, además, andan detrás de ti por eso otro. Por lo del piso —termina, tras un silencio.

—¿Estás enterada de...? —pregunta el hombre con una cierta ansiedad.

—No quiero enterarme, ¿sabes? No quiero enterarme de toda esta miseria, de toda esta triste porquería que lleváis encima los hombres y que os puede empujar hasta... No; no quiero saber nada, nada —se exalta Marta, con un brillo húmedo en los ojos.

—Creo que es lo mejor que puedes hacer, nena —decide Nico, tras un corto silencio, dedicándole un mimo maquinal y distraído a la pálida mejilla de la mujer.

—Ahora te dejo, Nico —decide bruscamente Marta—. Esta tarde pasamos la colección y necesito reposar un poco. Si quieres algo, llámame a casa, o, después de las siete y media, al teléfono del cuarto de modelos.

—Bueno, hija; haz lo que quieras. Pero no sé a qué vienen esas prisas...

—Hasta luego —corta la mujer, que ya se ha puesto su abrigo.

—Adiós, adiós... Oye, Marta, un momento, por favor —pide Nico, mientras termina de anudarse la corbata ante el espejo del armario de su alcoba.

—Dime —contesta la joven, desde el pasillo.

—¿Tú crees que esto de mi padre puede tener algo que ver con..., con eso?

—Sí, Nico; sí. Lo creo —responde Marta, siempre en el pasillo.

—Gracias, Marta.

—Hasta luego; no dejes de llamarme, ¿eh?

Nico acaba de anudarse bien la corbata. Y, después, tras un leve encogimiento de hombros, se pone la chaqueta y contempla en el espejo el efecto de los grises de aquella seda entre las solapas azules del paño inglés. Acaso esta contemplación resulte extrañamente larga, tan larga que quizá también Nico se haya ido de aquí en este momento y piense en otras cosas. En aquellas tardes moradas en que, hace ya muchos años, bajaba con su padre y sus hermanos de Loja y, ya a caballo, cruzaba los montes hacia Riógordo y Vilo. Los montes de Málaga empalman allí con las sierras de Loja y de Tejada, en un nudo cárdeno y ondulante que pone en todos sus cabezos, la mota blanca de un solitario cortijo. El coche quedaba en Colmenar, un pueblecito serrano, sosegado, y había que llevar muy firmes las riendas para no caerse del caballo antes de llegar a Riógordo. Otras veces dejaban las sierras a su izquierda y torcían por el Guadalhorce y el puerto de los Alazores hacia la finca de Villanueva del Trabuco, porque había que castrar a los cochinos, vigilar la siega o cuidar aquel tabaco que traía entonces tan loco a su padre. Pero todas estas rutas dejaban siempre en el joven recuerdo de Nico la estampa olorosa y caliente de unas tierras quebradas, de unas tierras que el atardecer adormecía en un sueño cárdeno, lleno de oscuras promesas.

Acaso sus padres lo mimaron demasiado, porque para eso era el más pequeño de los hijos y un mozo despejado, pinturero y gracioso que se traía a la gente de calle. Durante los inviernos dejaban la blasonada casona de Loja y venían a Madrid, al piso de la calle de Serrano, porque su padre era un importante personaje muy estimado en la Villa y Corte. Y Nico apenas estudiaba, pasando malamente las asignaturas de su Derecho, pues iba, claro está, para diplomático; pero en este viaje se quedó a mitad de camino.

La verdad es que se sabe muy poco de uno mismo y, por eso, Nico no comprende cómo, en menos de treinta años, ha podido convertirse en esto, en lo que ahora es, o, al menos, en lo que ahora hace, ya que sigue sin enterarse bien de lo que realmente es, suponiendo que sea algo. Porque durante estos años Nico no ha hecho otra cosa que exigir de la vida un goce continuado, un permanente placer, pagándolo a un precio cada vez más caro, cada vez más arriesgado y difícil. Hasta que un hastío sin fronteras se apoderó de él, hundiéndolo en este mar de absurdos, de morbosas confusiones, de instintos

enfermos y desafortunados que le dominan y que exigen cada día algo nuevo, una tierra incógnita que explorar.

El dinero, naturalmente, siempre es poco para estas cosas, y Nico no es capaz de ganarlo, aunque se haya educado en los mejores colegios, conozca un par de idiomas y haya recorrido varias veces Europa con el dinero de sus papás, como un hijo de familia pudiente y distinguida que es. Pero eso de trabajar se le resiste, y como los cuartos que le saca a la familia no bastan para cubrir sus difíciles necesidades, el hombre se ha metido en algunos malos pasos, que le tienen preocupado e inquieto. Sobre todo, estas últimas faenas de Bayona, porque en cuanto al dramático incidente que causó la... ¡Oh, no! Aquello no fue tan solo culpa suya, sino más bien de Mariano Hermoso, que no se para en barras... En fin, para qué acordarse ahora de estas cosas, piensa Nico ante el espejo, apretándose un poco el nudo gris de su flamante corbata nueva. Vamos a ver qué quiere papá, este papá que se llama don Sancho Corrales de la Cerda, que descende en línea directa de los reyes de Navarra y que, pese a su sabiduría política y a ser exministro de Estado, exsenador, rico latifundista andaluz y hombre extraordinariamente influyente en la alta sociedad madrileña, no ha sabido enseñar a su hijo Nicolás María la manera de vivir honrada y saludablemente la vida.

5. Pituca

Pituca baja las escaleras del primer piso, pues espera noticias, grandes noticias. Abajo, en cuanto salga del portal, verá enseguida a su Carlos, un chico como hay pocos, que estará allí, junto a su moto, apartado cerca de la esquina, como si no quisiera mezclarse con todo este mundo confuso que a ciertas horas echa sobre la acera el piso de Amaro López.

La verdad es que Pituca no resulta tan impresionante como las otras modelos de la casa. Ante todo, tiene casi diez centímetros menos de estatura, está algo más llena y no posee los aires importantes de sus compañeras.

Pero la chica es bastante mona, aunque sus encantos tengan más bien otro carácter. Pues Pituca pertenece al grupo de esas actuales jóvenes madrileñas que gustan por su graciosa espontaneidad y por la cuidada y alegre sencillez de toda su compostura. Lleva, naturalmente, pues en Amaro López no se admite otra cosa, su pelo castaño cortado a la última moda, pero algún mechón rebelde que cae sobre su frente joven la distingue de sus hieráticas compañeras. Se pinta poco, arreglándose la cara a base de polvos y dándose un toque de color en sus labios sanos, de mujer aún nueva en la vida. Algunas veces, cuando pasa un gran modelo en los salones de la casa, se maquilla más y se pone con el lápiz en los ojos los mismos oscuros rabos achinados que sus compañeras, pero se los quita antes de salir a la calle, pues no le gusta llamar la atención, suponiendo que Carlos se lo permitiera, cosa muy poco probable. Además, la chica va vestida sin las elegancias de las otras modelos; hasta la fecha, sólo le han regalado en la casa un abrigo muy sencillo y un conjunto de pana que no es gran cosa, y ella tampoco dispone de fondos para comprarse más trajes. Por eso, Pituca no parece realmente una modelo, sino más bien una de esas chicas bien arregladas que recorren el «tontódromo» de la calle de Serrano a ciertas horas del día.

Mas Pituca no tiene, gracias a Dios, más tonterías en la cabeza que las que debe tener toda muchacha normal a los veintidós años, cuando se cree en muchas cosas en las que a esa edad debe creerse y se espera todo lo que debe esperarse de la vida a esos jóvenes años. Que todo esto pueda resultarle a

ciertas gentes cursi y más bien empalagoso no es culpa de la chica, sino de la perdida juventud de esas personas, que, probablemente, darían cualquier cosa por hallarse en su situación.

Tropezando, pues, alocadamente, en el último escalón del falso mármol blanco del amplio portal, Pituca sale a la calle y corre hacia su Carlos, que la espera en el sitio de siempre, pero más, impaciente que otras mañanas. Y tras las naturales efusiones de un amor sin martingalas ni resabios, la chica pregunta:

—¿Qué?... ¿Hay algo de eso, Carlos?

—No se te ha olvidado, ¿eh? —Advierte satisfecho Carlos, contemplando a su novia con ternura—. Pues sí, pequeña, sí; hay algo —admite con una ancha sonrisa.

—¡Tonto! ¡Cómo va a olvidárseme! Anda, dime, dime...

—Todo va muy bien, pero que muy bien...

—¿Ya viste al ingeniero jefe?

—He hablado con él por teléfono y me espera esta tarde. Pero creo que es cosa hecha...

—Carlos, ¡qué emoción! —Desfallece de alegría Pituca, apretándose con mimo contra el brazo del novio—. Entonces...

—Bueno, mira; vámonos de aquí, antes de que salgan todas esas vampiresas —decide Carlos—. ¡Qué ganas tengo de que las pierdas de vista!

—No son tan malas, Carlos, no creas —excusa sonriente Pituca. Un poco despistadas, nada más...

—Por si acaso...

—¿De veras que no te gustan más que yo? —Curioseas Pituca.

—¡Hombre! No es que como mujeres estén mal, la verdad —confiesa Carlos, riéndose—. Pero, aparte de que todas parecen hechas en serie, creo que sólo sirven para esos tipos que rondan siempre por aquí, ¿comprendes?

—Creo que sí... Pero... —Vacila Pituca.

—¿Pero que...? —Se divierte Carlos.

—Son más monas que yo, ¿verdad? —suspira la chica, enfrentándole su rostro despejado.

—Mira, pequeña, no digas más tonterías —vuelve a reír el novio. A mí sólo me gustas tú.

—¿Me quieres mucho, Carlos? —pregunta Pituca, mirando al hombre a los ojos.

—Mucho, muchísimo, cielo... Pero ahora mismito vas a subirte a la moto para que te lleve a tu casa y podamos hablar un poco por allí.

—Sí, mi vida, sí; vámonos ya...

Carlos pone en marcha la moto, una preciosa Vespa que ha consumido parte de sus ahorros, entre la expectación de esos típicos transeúntes madrileños que jamás tienen prisa y que están dispuestos a gozar ampliamente de todos los encantos de la acera. La verdad es que la pequeña máquina es una monada y que no le falta detalle, pues Carlos es un chico cuidadoso y hábil que está encantado con su moto, auténticamente italiana, según él asegura, no como otras muchas que andan por ahí.

Montan, pues, los dos en ella. Pituca se agarra bien al novio, y la pareja se lanza a la movida circulación urbana de la hora, sorteando los coches con destreza, hasta llegar a una cierta calle del barrio de Argüelles, próxima al bulevar de Alberto Aguilera, donde se detiene ante el portal de una casa modesta y sin pretensiones.

La pareja desciende animadamente de la moto y Pituca, distraída, tropieza con un hierro cualquiera de la máquina, quejándose con mimo:

—¡Huy...!

—¿Te has lastimado, mi vida? —se alarma Carlos, aprovechando el momento para estrechar a la joven entre sus brazos.

—No, no: no ha sido nada —asegura la chica, recuperando el equilibrio, tras un tierno abandono.

—Hay que tener cuidado —advierde el hombre, que manifiesta después, impulsado quizá por el calor que le dejó el cuerpo de la joven en sus brazos —: ¡Qué ganas tengo de tenerte para mí todo el día!

—¿Me quieres mucho, Carlos? —vuelve a preguntar Pituca.

—Te adoro.

—Yo también, cariño —asegura gravemente la chica, como si esta seguridad suya fuera lo más importante que sucediera en el mundo.

Los novios se miran un momento a los ojos con ese embeleso que siempre resulta ridículo para los que no están en su situación. Después se dirigen lentamente, del brazo, hacia el portal de la casa de Pituca, donde se detienen en una de esas despedidas amorosas que no acaban nunca.

—Bueno, Carlos; mucha suerte —desea, al fin, la chica.

—La verdad, peque, creo que después de lo que me ha dicho esta mañana el ingeniero jefe, ya es cosa decidida —asegura Carlos, satisfecho—. Pero hay que aclarar bien lo del sueldo.

—¿Cuánto crees que será?

—Por lo menos cuatro mil. Que no está tan mal para haber terminado el año pasado la carrera; ¿no te parece?

—Tú vales mucho mucho, Carlos —advierte, orgullosa, Pituca—, y, además, eso de tener que ir dos veces al día a la fábrica de Villaverde...

—Ya me llevarán en coche, tonta.

—De todas maneras debes hacerte valer —insiste la chica—. Me llamarás esta tarde, ¿verdad?

—En cuanto termine la entrevista.

—Ya sabes que no paso hoy ningún modelo en la colección, pero que tengo que estar allí, de suplente —recuerda Pituca, con cierto sentimiento en la voz—. Me hubiera gustado tanto pasar el traje de novia... Pero, claro, las otras son mucho más monas...

—A lo mejor te lo compro yo, para que lo luzcas en..., en nuestra boda —se emociona Carlos.

—Pero ¿de veras quieres que nos casemos enseguida, Carlos? —pregunta Pituca con una mirada luminosa.

—A escape, guapa, a escape... Ya te he dicho que no quiero que se te pegue nada de esas...

—Algunas veces me dan lástima, te lo aseguro. Especialmente Tona...

—¿No va a casarse con ese millonario? —Se sorprende Carlos—. No sé qué más puede querer esa chica...

—Sí, sí; pero no lo quiere —advierte, tristemente, Pituca.

—Bueno, cielo; me voy —corta Carlos, desinteresado, cogiendo con emoción la mano de la joven—. Se me hace un poco tarde, ¿sabes? Hasta luego. Y que no sufras por lo del traje, ¿eh?

—Adiós, Carlos, adiós... Llámame enseguida, no te olvides.

Los novios se separan tras una larga y tierna mirada. Pituca permanece un momento en el portal, contemplando a su novio con amor, mientras el joven pone en marcha su moto y arranca, separándose de la acera con un gesto de adiós. Después, la chica da la vuelta, atraviesa el portal y sube lentamente la escalera; como sucede muchos días, el viejo ascensor no funciona.

El portal está ya bastante sucio y despintado, porque la casa es uno de estos edificios acogidos a la ley Salmón y, la verdad, los alquileres no dan para ocuparse de tenerla como es debido. En la escalera huele casi siempre a repollo y, algunas veces, el tufo a sardinas y a chicharros fritos que sale por las rendijas de la puerta del primero D domina avasalladamente aquí, en esta casa, vive bastante gente y muy variada por cierto, como suele suceder con esta clase de viviendas. Y ahora, Pituca, mientras sube los peldaños de un mármol sucio de la escalera, sabe que pasa ante las tristes puertas color chocolate que cierran el piso de un aparejador, de un ayudante de Obras

Públicas de una academia de canto que llena la casa de gorgoritos, de un sacerdote que dice misa de nueve en la próxima iglesia del Buen Suceso, de un comisario de policía que habla un poco misteriosamente, pero que está siempre enterado de todo, y, en fin, de la rubia esa que es el escándalo de la casa y que es mejor silenciar.

La joven está ya llegando a su piso, que es el cuarto letra C, muy fácil de reconocer porque sobre la mirilla, hay una modesta placa del Sagrado Corazón que colocó allí su madre hace ya varios años, después de que la guerra la dejara viuda de un abogado que prometía mucho, pero que una bala de cañón deshizo en la mismísima calle de la Princesa, porque el hombre era muy terco y se empeñó en no evacuar el barrio a tiempo.

Desde entonces, la vida se puso un poco fea para la madre y la hija, que tenía poco más de seis años. Primero, claro está, hubo que salir de aquello, de la guerra, que era lo peor. Después hubo que vivir, que educar como correspondía a la hija, que mantener heroicamente su clase social, pues la viuda pertenece a una distinguida familia de San Sebastián y, como auténtica vascongada, no estaba dispuesta a perder la partida. Y, según parece, no la ha perdido, aunque a costa de muchos pesares, trabajos y fatigas, pues la señora ha cosido para todas sus amigas y, además, enseñado a mucha gente su buen francés, porque por su casa no tiene nada más que el apellido, y si es cierto que sus hermanos le han echado una mano en los momentos de mayor apuro ella nunca estuvo dispuesta a vivir de su caridad. Ahora, la valerosa vasca está seriamente enferma, con un mal asunto del corazón, pero Pituca se ha educado en las Esclavas y es una verdadera señorita, que, como los tiempos cambian, se ha empeñado en entrar últimamente, para salvar esta nueva crisis, en la alta costura madrileña, pues su padre era el abogado de Amaro López y el modisto ha sabido agradecer sus pasados servicios.

Pituca no se ha mareado allí, en sus salones, con tantas elegancias, aunque algunas veces envidie un poco el empaque y la estampa de sus compañeras. Porque la joven ha recibido una educación sólida y marcha firmemente por la vida, sin olvidar que los caminos difíciles son siempre, a la postre, los más seguros. Quizá por esto, Pituca se va a casar y no la espera, como a las otras modelos, un «haiga» a la puerta de la casa de modas; con un señor hastiado, vicioso y viejo dentro, sino que su Carlos está siempre allí, en la esquina, junto a su moto, con su tipo sano y fuertote, no demasiado alto, es cierto, pero simpático y animoso. Y no es que no le hayan salido ocasiones, claro, de hacer la fresca y tirar por la calle de enmedio, porque siempre hay hombres, e incluso mujeres, sí, señor, mujeres, aunque parezca mentira, que rondan a la

juventud para llevarse lo mejor que puede tener una chica y dejarla hecha un asco para toda la vida; pero Pituca ha preferido trabajar, trabajar mucho, desde que salió del colegio y esperar entera a que llegara un hombre como su Carlos, que es un tesoro, aunque también tenga su genio, claro está.

Por otra parte, ni Pituca ni su madre conceden un gran mérito a su propio valor ante la vida, a su firme decencia. Hay que ser así y a nadie se le ocurre que puedan abandonarse estos principios por la comodidad de menos difícil. Ellas saben, además, que Madrid, que las provincias, que España entera, está llena de mujeres como ellas, de mujeres heroicas, empitonadas por el mal toro de la vida, pero que no ceden la faena mientras no se les acaba el aliente.

Son mujeres jóvenes, llenas de insatisfechas ilusiones; son mujeres ya entradas en años, que dejaron sus fracasos a lo largo del camino; o son mujeres viejas, agotadas, enfermas, que resisten en una heroicidad siempre incógnita y silenciosa. Para todas ellas, para las jóvenes, para las maduras y hasta para las viejas, se abrieron varias veces las rutas del placer, de la comodidad prostituida o celestinesca; mas estas mujeres, estos miles y miles de mujeres que pertenecen a la castigada y heroica clase media española, resisten tenazmente, aferradas a su honestidad, a los principios de sus mayores, a la vieja honradez de su sangre y, renunciado así a las facilidades de la corrupción, forman, sin saberlo, sin que nadie se lo diga ni se lo agradezca nunca, la base más sólida, más estable y permanente este difícil país tantas veces martirizado por los rencorosos y brutales egoísmos de sus hombres.

Pituca ignora, naturalmente, todo esto. La chica acaba de llegar al cuarto piso un poco cansada, porque aunque es joven, la mañana ha sido muy movida en la casa de modas y ha pasado varias horas en pie, trajinando por los salones del modisto. Pero cuando mete la llave en la cerradura de su puerta, también mal pintada de un triste color chocolate, Pituca se siente loca de contento con las nuevas noticias que trae a su animosa madre.

Tanto, que hasta se le olvida lo guapa que podría estar vestida con el maravilloso traje de novia que va a dar fin, esta tarde, al desfile de la colección de modelos de Amaro López.

6. Lina

Lina, otra modelo de Amaro López, sale también a la calle acompañada por Vicente, uno de los botones de la casa. Las salidas de Lina tienen algo misterioso, complicado, que la obligan a aislarse siempre de sus compañeras al abandonar el trabajo. Por otra parte, y aunque la extraña compañía de Vicente, un mozo renegrado, de pelo muy ondulado y pinta decididamente ordinaria, esté justificada por la situación hay quien dice que Lina aprovecha esta necesaria compañía para disfrutar de los encantos del botones, que, la verdad, las otras modelos de la casa ignoran por completo, pues poseen un sentido más acusado de las diferencias sociales.

La cosa es que Lina abandona todos los mediodías el piso emparejada con el moreno Vicente, e incluso, algunas veces, prendida de su brazo con una cierta indolencia que carga el peso de sus ondulantes caderas al marchar calle arriba. Como Lina es muy alta, quizá un par de centímetros más que Kiki, muy guapa, tan guapa que es la modelo que siempre escogen los fotógrafos para las portadas de sus revistas, y como va tan bien vestida, la pareja llama un poco la atención, pues Vicente apenas le llega al hombro, va trajeado como puede ir trajeado un botones y tiene ese aspecto peculiar de un quinto de paisano en día de permiso. Pero Lina no se preocupa mucho de estas cosas y va a lo suyo, que es a lo que hay que ir en esta cochina vida.

Tan curioso emparejamiento no dura nunca mucho, cierto es, pues recorrido un trozo de la calle, doblada la plaza y dada la vuelta a la manzana, Lina abandona rápidamente al botones, baja por una acera y, con un aire un poco distraído, se mete bruscamente en un coche gris que espera estacionado junto ala entrada de un distinguido hotel, lugar muy oportuno para el caso, pues siempre se encuentran otros autos parados por allí.

Dentro del coche hay, naturalmente, un señor. Un señor que, al ver bajar a Lina por la acera, pone el motor en marcha y abre la portezuela, para que la modelo entre de prisa. Un señor rubiasco, de unos cincuenta años, de abundante tripa y escaso pelo, tez sonrosada, casi lechosa, y ojos incoloros y fríos que, al mirar tras los cristales de sus gafas producen una sensación muy

desagradable. Este señor, que suele esperar malhumorado e impaciente a la modelo sin bajar nunca del coche, tiene una manera molesta de echar hacia atrás la cabeza, sacando el redondo pecho, y un gesto agrio y tiránico, de hombre duro, acostumbrado al mando. Por eso suele recibir casi siempre a Lina con una queja rabiosilla, que trata de manifestar su autoridad, pero que, en el fondo, indica cómo se da cuenta de su vergonzosa esclavitud, arrancando al mismo tiempo el coche de muy mala manera.

—¿Qué dices, cielo? —pregunta Lina, mientras el salto del auto la hace caer sobre el asiento—. Ya podías esperar siquiera a que me sentara, ¿no crees?

—Cada día sales más tarde. No sé qué diablos hacéis ahí dentro tanto tiempo —gruñe el hombre.

—¡Oh! Pues muchas cosas.

—¡Bah! Tonterías. Y ya sabes que no me gusta que vayas tan escotada —sigue el señor—. Ni siquiera el frío es capaz de taparte un poco esas cosas...

—¡Por favor, nene!...

Lina sabe que a su hombre le molesta mucho este «nene», porque, la verdad, el señor se siente totalmente alejado de las frescas alegrías de la niñez y perdido en los yermos de una madura hombría. Mas, por eso mismo, se lo dedica con frecuencia, para machacarle un poco su seca y pesadísima petulancia de hombre importante.

—Ya te he dicho que no me gusta que me llames así —se queja el varón.

Pues te pienso llamar como me dé la gana, ¿sabes? —decide Lina, desabrochándose el abrigo rojo y arrimándosele un poco—. Porque estás muy guapo esta mañana.

—¡Bobadas! —Desprecia el hombre.

Pero otra le queda dentro, porque, allá, en su juventud, ha sido un tipo bastante bien parecido y piensa que quizá algo de aquello permanezca. Al fin y al cabo, cuando habla en público; cuando preside algún consejo, junta o asamblea, sabe darle a su cabeza un gesto de emperador romano, una postura cesárea. Y si no fuera por la dichosa grasa, por esta grasa que se acumula por todas partes bajo su piel sonrosada de lechón bien criado y por esta pelusilla plateada que le nace ahora en la cabeza, ya le diría él a esta mujer, ya... Pero estas chicas, ya se sabe, no comprenden el valor de la inteligencia, de la personalidad masculina, y les gusta más cualquier necio pelanas de esos que abundan tanto por ahí y que no tienen más que cuento y mandanga.

—Te estoy poniendo muy majo, ¿sabes, tesoro? —insiste la modelo.

—Hablemos de cosas serias —decide el hombre—. ¿Vas a ir, al fin, esta noche a la fiesta del Palace?

—No tengo otro remedio, nene.

—¿Otra vez?

—Perdona, hijo.

El señor tiene su nombre, como todo el mundo, naturalmente. Un nombre que quizá sea lo único bonito que le quede a estas alturas. Antes que él, claro está, lo llevó un santo, un gran santo español, de corazón ancho y ardiente en el que, además de Dios, cabían todos los hombres. Mas poco a poco, día tras día, faena tras faena, este hermoso nombre que llevara el santo generoso ha ido yéndose del señor, alejándose de él, según él iba maltratando tiránicamente a los otros hombres y dedicándose toda su generosidad, olvidando las vigas que ciegan sus ojos por las pajas que enturbian la limpieza de los de sus prójimos. Hasta que ya, hoy en día, las gentes o le llaman por su apellido sin valor o le insultan así, con este «nene» grotesco, que chochea.

—Me parece que, tú y yo vamos a terminar mal —afirma el hombre, mientras atraviesa el Retiro por el Paseo de Coches, como todos los días, hacia O'Donnell, pues se le antoja que esta ruta es más segura que la de la calle de Alcalá, harto escandalosa.

—¿Tú crees? —Duda Lina, contemplándolo con guasa.

—No podemos seguir así.

En realidad, esta frase la ha escuchado la modelo demasiadas veces de labios de su amigo para que le produzca ya el menor efecto. Lina sabe muy bien que ellos terminarán, claro, porque estos líos terminan siempre. Pero sabe también que, por ahora, no hay cuidado; es ella la que domina la situación, quizá porque no pone demasiado empeño en dominarla y porque, muchas veces, la entran ganas de mandar a este hombre a paseo. Si no lo hace es por una mezcla de pereza y de vago temor, ya que todos le aseguran que es un tipo importante, incluso peligroso, y que más vale aguantarlo y sacarle todo el jugo posible, que no es poco, pues suelta los cuartos con una rara facilidad, como si no fueran suyos.

—Anda, cariño; no te enfades —mimosea Lina—. Y llévame a comer por ahí.

—¡A comer! —Se espanta el señor—. Tú estás loca... Podrían verme y ya sabes que...

—Sí, sí; ya lo sé; pero, a veces, hay que olvidar un poco esos miedos —advierte la modelo—. Piensa, tesoro, que yo soy joven, y que tú no eres todavía un viejo para resignarte a andar siempre así, a escondidas.

—Prefiero llevarte a cenar —asegura el hombre, después de un hosco silencio.

—Ya estoy harta del saloncito de Jockey, del comedor de Horcher, de las alturas de El Púlpito y de todos esos rincones caros donde me metes por las noches —insiste la modelo—. ¿Por qué no tiras carretera adelante y me llevas a comer al campo? Te aseguro que te lo agradecería mucho; mucho, ¿sabes? —anuncia insinuante, inclinándose hacia él y ofreciéndole las promesas de su blusa entreabierta.

—No sé...; quizá pudiera telefonar... Pero me haces polvo, Lina, te lo aseguro —se conmueve el hombre.

La verdad es que esta mujer le trae loco. Más que gustarle, le irrita, le provoca una rara exasperación, que nace de su resistencia a obedecerle servilmente, como tantos otros; de su rebeldía indomable y caprichosa, que no puede dominar ni con su poder, ni con su inteligencia, ni con su dinero.

Porque sabe muy bien, para eso es un hombre listo, muy listo, que con esta mujer pisa un terreno desfavorable, que ella se le irá cuando le dé la gana, perdiendo, si es preciso, todas las seguridades que significa su compañía. No se le oculta que Lina es superficial y tonta, y que él, todo lo que en él puede valer algo, representar alguna superioridad sobre los otros hombres, no significa nada para ella, que valora a los demás por una serie de calidades que le son absolutamente ajenas: la estampa, el cuento, la capacidad para el barullo, el baile, la bebida, o para decir durante horas y horas las mismas tonterías.

Además, claro está, de eso otro; de eso otro sobre lo que pesan ya sus cincuenta años de un ejercicio frío, distraído por otros empeños más ambiciosos. Quizá por eso, quizá precisamente por no haber vivido las cosas de la vida a su debido tiempo, padezca ahora esta extraña esclavitud no sólo de su carne, que, al fin y al cabo, no tendría demasiada importancia, sino de su espíritu. Porque una insana pasión le sujeta a esta mujer, le obliga a estrellarse contra ella, a humillarse ante ella, con el rencoroso deseo de acabar por vencerla, a costa de lo que sea, para, una vez humillada y vencida, dejarla con un gesto victorioso.

No la quiere, no siente tampoco esa pasión del cuerpo que puede a veces compensar a un hombre, no se entiende bien con ella y todos sus contactos suenan diálogos disparatados, en lenguas bien distintas; y, sin embargo, la busca, piensa incesantemente en ella, la necesita. Es un poder resistente, impenetrable, que se ha cruzado en su camino y que tiene que vencer, que

tiene que destruir para seguir adelante, aun cuando él caiga también en esta destrucción.

Por eso, de momento, el señor sonrosado, canoso, ventrudo y calvo, se acomoda las gafas con un gesto de cólera, pisa a fondo el acelerador del coche y tira carretera adelante, hacia Alcalá de Henares, en cuya Hostería del Estudiante se le antoja que no le verá nadie conocido mientras satisface el capricho de su amiga, almorzando hoy con ella fuera de Madrid.

El coche, un Opel con matrícula madrileña muy próxima al 100 000, se deslizó raudamente hacia la llana y jugosa vega del Henares. A un lado de la carretera, el aeropuerto de Barajas, extendido ante el dramático escalón de Paracuellos del Jarama, acentuaba su vivo trajín internacional ante los umbrales silenciosos, olvidados, de la muerte. Al otro, un poco hacia adelante, esa extraña muela que se alza junto a la vieja villa de Alcalá semejaba una gigantesca mesa que esperara a unos olímpicos comensales.

Y al fondo, el ondulado y pedregoso paisaje de Guadalajara aparecía lamido ya por las lenguas grisáceas de las nubes que el viento traía del Guadarrama.

Llegaron muy pronto a esta Alcalá silenciosa, asesinada por Madrid, que duerme los sueños de su vieja bulla estudiantona y cisneriana. Y ante el portal de la hostería, Lina sacó de su bolso un espejito, se contempló un momento, se dio polvos, retocó su boca con el lápiz de labios, desabrochó otro botón de su blusa, bajó del coche y, como Kiki en El Mesón, se quejó también del frío. Después cogió del brazo a su hombre y, atravesando un patio cuidadosamente amañado para el turismo, entró en el comedor de la hostería, buscando una mesa próxima a la chimenea y maldiciendo interiormente de los miedos de su compañero, que la encerraba en aquel lugar tan triste. A ella, la verdad, la hubiera gustado comer en Casa Mariano por ejemplo, donde hay siempre bulla y gente conocida, o en la sierra, que para eso tenían un buen coche; pero no aquí, entre oscuros pellejos, negros muebles del año de la pera y una familia cubana muy cursilona que manifestaba tontamente su admiración por todo aquello. Porque para esto, para venir a esta caverna del turismo, más la hubiera valido quedarse en Madrid a comer un bocado en cualquier tasca, con Pepito o con Alfonso, el figurinista y el secretario de Amaro López.

—Está bien todo esto, ¿verdad? —anima el señor, mientras se sientan.

Creo que han conservado hábilmente el carácter que tenía cuando los estudiantes llenaban las aulas de la vieja universidad complutense que, como sabes, fue la que dio origen a la de Madrid.

—¡Oh! Por favor, tesoro —corta con un dengue la modelo.

—Perdona, perdona; olvidaba que estas cosas no te interesan se irrita el señor, —echando nuevamente hacia atrás su importante cabeza—. A ti lo que te gusta es...

—Sí, sí; ya lo sabemos —se impacienta Lina—. Y mira: más te valdría dejarte de tonterías y vivir un poco como yo. Seguro que perderías esa barriguita.

—¿Ya empezamos, Lina? —Advierte el señor, molesto—. Encima que te traigo a comer al campo...

Pero el hombre se ha mirado disimuladamente la barriga; una barriga fea, sin gracia, de bajo vientre, que avanza sobre sus redondos muslos. Realmente no se le notan apenas los tres meses de masaje que le ha dado Teodoro, el masajista que trabaja a todos los gordos importantes de Madrid; ni tampoco el buen corte del sastre que le hizo este estupendo abrigo cuando estuvo en Londres hace algunas semanas. Va a ser preciso cuidarse más, dar unas vueltecitas por el Retiro antes de comer, como los viejos políticos de la monarquía, o quizá, quizá, hacerse socio del Club de Puerta de Hierro y perder algunas horas; jugando al golf. Pero es que después de las cosas que él ha dicho y escrito acerca de toda esa gente va a resultar un poco violento aparecer por allí...

Bueno ahora tiene poder suficiente para hacer lo que le dé la gana y tal vez esto del golf sea lo mejor. Porque, además, pueden hacerse buenas relaciones y nunca está de más meterse un poco, aunque sólo sea para dominarlo, claro, en ese mundo del club...

La comida comienza a seguir el curso natural de todas estas comidas y a la familia cubana se ha unido ahora un matrimonio entrado en carnes que obliga a todo el mundo a enterarse de que son de Calatayud y de que vienen a la capital por negocios. Lina, aburrída, le hace ascos a un triste lenguado y comienza a sentir dolor de cabeza, reclamando una aspirina, lo cual saca siempre de quicio al señor, ya que se le antoja que la modelo no puede aguantar a su lado sin el auxilio de estos comprimidos farmacéuticos.

—Un día te va a pasar algo, por abusar de estas cosas —advierte.

—Pues Sole se toma cuatro o cinco pastillas casi todos los días, mi vida.

—Sole está medio loca y no sabe lo que hace —observa el hombre—. Pero tú debes cuidarte un poco más.

En realidad, a este señor le gustaría también hablar no como habla, sino de otra manera completamente distinta.

Porque el hombre quisiera decir tonterías, charlar precipitadamente, sin ton ni son, de esas cosas que se charlan cuando se es joven, cuando se es más

tonto, cuando todavía se conservan vivas la ilusión y la fantasía. Quizá, entonces, lograra entretener a la modelo, conseguir que su fresca boca se abriera en una risa simpática y cordial, que sus ojos grises, tan bonitos, se iluminaran con el brillo de la alegría, que su rubia belleza se encendiera un poco a su lado. Pero el señor sabe que nunca podrá conseguir estas cosas, porque al ocuparse tan solo, año tras año, de los valores utilitarios y vanidosos de su personalidad, los ha hecho crecer de tal manera que su hipertrofia fue ahogando lentamente, sofocando con su peso grave y solemne, todas esas zonas alegres, despreocupadas y cordiales que conservan la simpatía y la frescura del espíritu. Ya es tarde y acaso lo mejor sea no darle más vueltas a esto.

Tiene poder, poder, poder, que, al fin y al cabo, fue la ambición de su vida, y todas las ventajas inherentes al mando. Pero, cierto es, algunas veces siente llegar hasta sus narices imperiosas el hedor de la putrefacción de su juventud, de toda su sana alegría. Y tal vez por eso no puede tratar a la modelo de otra manera, como él sabe que habría que tratarla para acercársela un poco, porque cuantas veces lo ha intentado, su voz y sus palabras le han estremecido, le han sonado tan falsas y estridentes como esos terribles lenguajes muertos que gritan roncamente los sordomudos.

—No debes olvidar que no estás buena, Lina, que necesitas reponerte mucho —insiste el señor agriamente, mientras piensa que debía decirle a la chica lo contrario; mentirla alegremente, jugar la vida del momento sin preocupación alguna. Pero no puede, necesita amargarle todos sus minutos, recordarle sus enfermedades, sus vicios, sus desgracias, su mala vida.

Porque así, arrojándole encima a todas horas su miseria, desahoga su desesperación, su amargura.

—¡Bah! Para cuatro días que vive una —desprecia Lina con un mal gesto, mientras sorbe también su zumo de naranja, pues, como Kiki, tampoco puede engordar.

Lina no está buena, nada buena.

Así, tan bien vestida, con su abrigo rojo entallado, su blusita de seda negra entreabierta, sus ojos jóvenes, su boca joven y sus pechos jóvenes, la chica da el pego. Pero traspasada fríamente por los rayos X, resulta que, bajo estas cosas tan atractivas, el vértice derecho de su pulmón se pudre en una fea y purulenta caverna que avanza lentamente, devorando los delicados tejidos sin compasión alguna, como si no fueran propiedad de una tan deliciosa criatura.

Estas cosas vienen porque tienen que venir, naturalmente, cuando se vive como ha vivido Lina, a trancas y barrancas. Huérfana de un chófer de taxi, a

quien le rompieron hace cinco años la crisma unos mangantes en las oscuridades invernales del paseo de los Melancólicos para robarle las 187 pesetas a que ascendían los cuartos de la jornada, y de la viuda de un pescadero arruinado que se las arregló para pescar al besugo de su padre, Lina comió mal, trabajó mucho y corrió más de lo conveniente las cercanías de la calle del Olivar, donde la familia habitaba un húmedo sótano. La chica adquirió pronto ese aspecto espigado y frágil, plantas pálidas y febriles en busca de alimento y de luz, que poseen los niños que no llenan su voraz estómago con la leche suficiente, ni bañan su piel con los rayos de sol que pide su salud. Después, aquellos chavales de la calle del Olivar, de la Magdalena arriba y de, Lavapiés abajo, la enseñaron muy pronto demasiadas cosas, y esta febril y joven Catalina acabó en Lina mediante un proceso perfectamente normal, que se repite día tras día en la urbanizada y alegre ciudad de Madrid.

Primero tuvo un novio de portal, un aprendiz de zapatero, del que ya, a estas fechas, la chica ni se acuerda.

Después abandonó a su familia, con la que siempre andaba a la greña, pues tenía dos hermanastras que se llevaban todos los mimos de la madre, por el coro de una compañía de revistas que echaba por provincias La Blanca Doble con rumbo a Canarias, pero que acabó en Málaga, de donde vino la chica levantando muy bien la pierna, pero desriñonada y sin un real en el bolsillo que le regaló un ferroviario malagueño. Pasó después, rápidamente, por una cafetería de la plaza del Progreso, que abandonó a bofetadas de la patrona, quien la pilló en brazos de su hombre, un chulito del barrio; estuvo unas semanas ocupada en una academia de baile, y, al fin, harta de tanto sobo y meneo, entró a servir a una honorable familia de la clase media madrileña, casa donde el trabajo no era al parecer excesivo y la comida abundante.

Pero la honorabilidad de la familia resultó tan sólo aparente, ya que, por dentro, la situación de aquellas gentes era algo complicada. Mas, como la vida está llena de sorpresas, de esta misma complicación había de nacer la fortuna de Una, el comienzo de otra etapa de su vida mucho más ambiciosa.

Porque la señora de la casa, al verla tan mona y distinguida con su uniforme de doncella, pensó que podría distraer un poco, y sin demasiados riesgos, los ocios de su marido, un probo funcionario del Ministerio de Hacienda que andaba últimamente un poco receloso de los trajines de su cónyuge, de lo barato que a la mujer le salía todo, incluso aquella estola de visón que se compró a comienzos del invierno, y de la amistad con que a él le distinguía don Heriberto Jorrín, un simpático harinero que los visitaba con

frecuencia en su piso de la calle de Claudio Coello cuando podía abandonar sus fábricas de la provincia de Toledo.

La faena le salió bien a la dama, hay que reconocerlo, y Lina comenzó a darse cuenta del poder de la Hacienda, al percibir en aquella casa tres sueldos muy decentes. El que recibía como criada, exactamente treinta duros; lo que le daba la señora por su colaboración en lo de don Heriberto, y lo que le sacaba al señor, que era tan roñoso que se ponía enfermo cuando soltaba cien pesetas para un capricho.

Mas en la vida todo es movimiento y, como nada permanece, aquella cómoda y honorable estabilidad mesocrática se rompió por donde menos podía esperarse. Porque don Heriberto Jorrín, hastiado de las abundantes y maduras carnes de la señora de la casa, se prendó de los huesos jóvenes de la doncella, con el natural trastorno de la feliz situación. Surgió, pues, una nueva crisis en la vida de Lina; pero ahora la chica estaba ya convenientemente trapeada y disponía de unas pesetas para aguantar un poco. Ese poco fueron los tres meses más felices de la joven, que paraba en una pensión de la calle de Galileo y que disfrutaba de la admiración de dos pollos guapos y de la moto de uno de ellos. Hasta que se acabó la alegría de los cuartos y uno de los jóvenes, agradecido quizá a su inagotable generosidad, la llevó a la casa Amaro López, Alta Costura, donde el hombre tenía algo que ver con una de las vendedoras del modisto.

—Anda, paga y vámonos, que hoy inauguramos la colección y tengo alguna prisa —pide Lina a su hombre, mientras enciende un pitillo.

El señor rubiasco llama a la camarera con un gesto amargo en su boca de labios déspotas y crueles, porque le hiere esta prisa que siempre tiene la modelo por irse de su lado, por moverse al menos, aun cuando siga junto a él. Ha sido una desgracia, una verdadera desgracia, que fuera a cenar aquella noche a la parrilla del Rex con Alonso Peña, y que el diplomático argentino se la presentara, tras una cruda descripción de sus más íntimos encantos. Porque él no ignora, además, que esta mujer siempre tan distante no le quiere; que una inquieta fiebre consume su cuerpo enfermo, arde en el gris amarillento de sus ojos, en sus labios estremecidos.

Mas, por ahora, no podrá escupirle a la cara todo lo que merece, no. Primero tiene que vencerla, que obligarla, de alguna manera, a gemir a sus pies, a suplicarle, a sufrir por él.

Para abrirle así la puerta de aquella insana prisión en la que, sin saber cómo, se encuentra encerrado.

Cuando se alzan de la mesa, Lina permanece un momento quieta, en pie, mientras el señor se mete en su elegante abrigo marrón con un rápido gesto que quiere ser joven, desenvuelto, y que resulta torpe y pesado. La modelo, a la pobre luz de la tenebrosa hostería, resulta en verdad impresionante, con su esbelta figura, su negra blusa entreabierta y esta cara suya tan demacrada, de pómulos salientes y ojos achinados, que parece el misterioso umbral de un país apasionado e incógnito, lleno de calientes promesas.

7. Tona

Tona abandona esta mañana la última el piso del modisto. No obstante ser la más moderna de todas sus modelos, don Amaro, inesperadamente, le ha probado hace un rato el precioso traje de novia, entre la alarma de sus compañeras, especialmente de Kiki, que es la que suele dar el golpe final de la colección. Pero el modisto, al margen de dimes y diretes, le ha puesto el vestido encima, la ha mirado y remirado bien, y, sin decir ni pío, ha vuelto a ocuparse de los naturales trajines del día, que son muchos más de los que cualquiera pueda imaginarse.

Tona deja, pues, el piso, cuando ya no queda dentro ninguna de sus compañeras. Pero, antes de salir a la escalera, se dirige rápidamente a la cabina telefónica que hay en el amplio vestíbulo, como si tuviera prisa por telefonar, intención que no puede satisfacer, pues la cabina está ocupada por la gorda Mercedes, la vendedora principal, que suele tener largas conversaciones con un viejo aristócrata, charlas parsimoniosas que ocupan largamente el teléfono, quemándole la sangre al que ha de esperar. En vista de ello, Tona, tras un instante de vacilación sale del piso y baja atropelladamente la escalera.

Ya en la calle, busca con la mirada un taxi y, al no encontrarlo, marcha por la acera, cada vez con más prisa e impaciencia.

La mañana sigue aún soleada y el frío de este febrero que se acaba está contenido hasta ahora por un cielo jubiloso y un sol que ya comienza a calentar. Quizá por ello la marcha de Tona por la animada acera madrileña causa verdadera sensación y la alegría del instante callejero llega a su máximo con la presencia de tan estupenda mujer.

La modelo va, claro está, muy bien vestida, y sobre su pelo rojizo, corto y cuidado, lleva un audaz y coqueto sombrero, que, la verdad, provoca un poco. Por lo demás, no le falta detalle a la chica, que produce la impresión de un refinado objeto de lujo que se despegaba de sus gestos y modales, más bastos, menos distinguidos que todo su exquisito atavío. Tona resulta, pues, demasiado cara para ser una señora, pero también demasiado elegante para

una mujer alegre que se viste de acuerdo con sus propios gustos. Por eso Tona no puede ser otra cosa que lo que es: una modelo impresionante, que parece arrancada de las páginas de un buen figurín.

La joven llega, al fin, ante la puerta de una céntrica cervecería y entra decidida en el establecimiento, alborotando con su presencia el joven y animado público que lo ocupa casi todas las mañanas. Pero la modelo, levantando orgullosamente su naricilla un poco respingona, cruza entre la gente sin reparar en nadie y, tras pedir en el mostrador dos fichas, se cierra en la cabina telefónica, marcando un número con un ligero temblor en su mano impaciente.

—¿Es la Residencia Fortuny? —pregunta con una voz quebrada quizá por la emoción—. Póngame con el tres, por favor —indica, mientras, nerviosa, se arregla el rojizo mechón de pelo que asoma bajo su sombrero, cayendo sobre la graciosa oreja.

...

—Sí, sí; tiene que estar... Insista, señorita; hágame el favor... ¡Hola!, Paco; soy yo...

...

—Déjate de tonterías, ¿quieres? —Se impacienta malhumorada la modelo, cambiando nerviosamente de postura—. Tengo que hablar contigo enseguida, ¿sabes? Porque hay que arreglar esto de una vez...

—No, Paco, no. Ya no puedo confiar en tus palabras —advierte Tona, tristemente—. Pero no quiero hablar de estas cosas por teléfono, compréndelo —se irrita—. Dime a qué hora puedo verte.

...

—¿No podría ser un poco antes?

...

—Bueno; si no puedes, ¡qué le vamos a hacer! Pero es que a las seis pasamos la colección y tengo que estar algo antes allí.

—Sí; es una pena que no puedas arreglarlo, porque tenemos que hablar muy en serio.

—No digas disparates, ¿quieres? A las cinco en punto estaré ahí...

...

—Sí, sí; es mejor ahí.

...

—Debo tener cuidado, Paco. Bastantes locuras hice ya por ti.

...

—No puedo creer que seas capaz de eso; no lo puedo creer... ¡Bueno! —Corta precipitada—; a las cinco iré. Espérame, por favor.

...

—Gracias, Paco. Hasta luego, pues...

Corta Tona la comunicación con un dedo nervioso y permanece inmóvil un momento, manteniendo el microteléfono en la otra mano, hundida en sus pensamientos. Después, con un brusco gesto, introduce la otra ficha en la hendidura del aparato y vuelve a marcar un número en su disco.

—¿Está el señorito Ramón, hace el favor? —dice al comunicar—. Sí, sí; de la señorita Tona.

Espera luego un instante. Hay ahora en su rostro un gesto helado, que envejece de pronto sus graciosas facciones, que pasma su juventud alocada con el frío de una cierta responsabilidad.

—¡Hola, Ramón! ¿Qué hay? —exclama, al fin, cuando suena al extremo del hilo una fuerte voz de hombre.

...

—Pues mira: se me ha hecho un poco tarde con los trajines de la colección y no te llamé por eso a la oficina.

Pero me figuré que ya estarías en casa. Cada día comes antes, cariño.

...

—¡Claro, claro! Ya sé que no quieres perder tus buenas costumbres —ríe Tona, con una risa un poco falsa, que guarda un fondo de rencor—. Pero dime: ¿cómo sigue tu madre? ¿Está mejor?

...

—Eso es la gripe; ya lo verás. Hay mucha en Madrid y no hay que darle demasiada importancia, Ramón considera la joven, irritada.

...

—Eres muy buen hijo... —Sigue la modelo—. Pero no sé si...

...

—Nada; te aseguro que no iba a decir nada. Una tontería...

...

—De veras que es una bobada...

...

—No te pongas tonto, Ramón.

...

—Hablar por hablar, hombre —repite Tona, impaciente—. Pero lo mejor será decírtelo, porque no me vas a dejar en paz —decide—. Estaba pensando si serás tan buen marido como eres buen hijo...

...

—Yo no dudo nada. Estaba pensándolo, sin más.

...

—Ser un buen marido me parece algo muy difícil, te lo aseguro. Quizá no tenga mucho que ver con venir siempre a comer a su hora, estar muy metido en casa, engañar poco a la mujer y tratarla con la consideración que merece... A lo mejor es algo muy distinto a todo eso, ¿no crees?

...

—¿Rara? ¡Oh!, no; no me pasa nada. Te aseguro que no —afirma Tona con una sorda tensión.

...

—Estoy un poco cansada, eso sí.

—Porque me he pasado toda la mañana de pie. ¿Sabes que don Amaro me ha probado el traje de novia? —anuncia la modelo, más animada.

...

—Pues no sé; no ha dicho nada.

Pero ya te figurarás la que se ha liado en el piso. Kiki se ha puesto verde, te lo aseguro...

...

—Sí, Ramón, sí; me distraen mucho estas cosas... ¿Te molesta? —pregunta Tona, crispada.

...

—Soy un poco tonta, ¿verdad? Pero qué le voy a hacer. Si así me quieres...

...

—Ya lo sé, cariño, ya lo sé. Y, a veces, me parece que no me lo merezco, ¿sabes? —Se entristece ahora bruscamente la modelo.

...

—También yo te quiero, Ramón.

...

—¡Bueno! Ya hablaremos después. Ahora te dejo, porque estoy agotada. Tanto, que voy a echarme un rato después de comer.

...

—Pues, mira, hoy no va a ser posible. Perdóname, pero ya nos veremos después, cuando termine la colección.

Irás a recogerme allí, como otros días, ¿verdad?

...

—Hasta luego, entonces, ¿eh?

...

—De veras que no, tonto. No me pasa nada, absolutamente nada. Pero necesito descansar un poco...

...

—Gracias, mi vida. Eres muy bueno y te aseguro que te quiero, ¿sabes?

...

—Mucho mucho... Hasta luego; no dejes de venir a buscarme. Adiós, adiós.

Cuelga ahora Tona el microteléfono y sale de la cabina, atravesando de nuevo la cervecería, que ya no está tan animada, pues son más de las dos.

La calle ha perdido también su alegría y las espesas nubes que bajan del Guadarrama han vencido las locas esperanzas del sol de febrero con su toldo ceniciento y nevoso. Un viento frío, mordiente, lanza sus ráfagas por la acera, sacudiendo los desnudos árboles, apagando el júbilo de los transeúntes, que ni siquiera se fijan ahora en los encantos de Tona.

La modelo se estremece, cerrándose su elegante chaqueta verde con piel de ocelote sobre el traje de punto negro con bordados de pasamanería que viste esta mañana. Después baja un momento por la calle, hacia Cibeles, donde toma un taxi, y, tras una corta duda, que aprovecha para encender un pitillo, indica al chófer la dirección de una tasca bastante conocida. Una vez allí, paga el taxi, tira su pitillo y entra decidida en el establecimiento.

En la tasca pueden apreciarse perfectamente las dos edades de su desarrollo industrial, como ocurre en todos estos lugares, más o menos típicos, enriquecidos por una posterior clientela pudiente y distinguida que los pone de moda. Por eso, primero, tras la puerta, suele hallarse, ante todo, la clásica taberna madrileña, con su mostrador de cinc, sus frascos de vino, su cartel de toros, su sidral a un lado y sus mesas de hierro y mármol junto a una pared de mosaicos con dibujos verdes o azules sobre un fondo que todavía puede ser blanquecino.

Mas, después, si la tasca ha florecido con los clientes ricos que la pusieron de moda, suele hallarse en su interior, tras un pasillo complicado y angosto, o bajo las empinadas escaleras que se hunden en un sótano, un comedor más elegante, casi siempre de estilo colonial, que luce sus maderas claras y sus finas mesas bajo unas lámparas también modernas. Aquí ya no es el tabernero o el mozo quien sirve, sino camareros con pulcras chaquetas blancas, que pueden ser todavía hijos o sobrinos del patrón.

Cuando los clientes ricos de estos establecimientos no exageran su asistencia hasta el punto de guardar cola ante las mesas para comer la merluza

frita, la pepitoria de gallina, las judías con chorizo, la ternera con patatas o el requesón de la casa, el comedor de su edad primera, el comedor de los pobres, que es lo auténtico de la tasca, conserva todavía su clientela y, al cruzar por él, puede verse quizá a sus mesas al cochero del último «simón» o de la penúltima «manuela», al mozo de cuerda que para en la esquina de la próxima calle de la Bola, al ordenanza del vecino centro oficial, al tipo que pasea niños en un engalanado carricoche tirado por dos caballitos enanos en la Plaza de Oriente, o al prehistórico industrial que aún vende cacahuetes en un pesado barco terrestre que los tuesta echando el oloroso humo por su pintada chimenea.

Tona no pertenece, naturalmente, a estos verdaderos clientes de la tasca, sino a los que comen en el otro comedor y pagan por una simple minuta, compuesta de un par de platos y un postre, diez o doce duros muy a gusto.

La modelo se acomoda, pues, ante una mesa, solícitamente atendida por un hijo del patrón, un mozo exuberante y con bigote, a quien, vestido de señorito, puede encontrarse muchas noches en Casablanca o en Pasapoga, alternando con lo mejor.

—Buenos días, señorita —saluda el camarero—. ¿Espera usted a alguien?

—No, no —sonríe la modelo.

—¡Cómo! ¿Sola? —se alarma el hombre.

—Pues sí... Vengo a comer sola.

—Alguna vez hay que descansar, ¿verdad? —Advierte, socarrón, el camarero.

—Claro.

—¿Que le sirvo, señorita?

Tona examina la carta manuscrita con una letra un tanto tosca y difícil, no porque no haya cuartos en el establecimiento para una máquina de escribir, sino porque así conserva más el carácter, este carácter que, precisamente, trae a la caja los dineros.

La modelo se ha quitado el abrigo y todos los hombres que están en el comedor, incluyendo, naturalmente, al camarero, —se conmueven—. Porque Tona es una hembra extraordinaria y está fenómeno, según el hijo del patrón.

Ante todo hay que considerar su pelo, este pelo naturalmente rojizo, que llamea sobre una piel pálida y ligeramente pecosa, de pelirroja. Después su cara, que no es perfecta, no, pero que posee los ojos más expresivos, la nariz más descarada y graciosa y la boca más fresca y provocativa que puedan imaginarse. Y, por último, su cuerpo, alto, cimbreante, bien hecho.

Porque Tona no es tan plana como Kiki, que apenas tiene unos pechos recién nacidos, ni tan huesuda como Marta, ni tan llena como Pituca, ni tan fofa como Lina, que es una mujer adelgazada a fuerza de privaciones, a quien da asco ver desnuda, según opinión de sus compañeras.

Tona es una modelo muy original, que tiene todo en su sitio y que no está hecha un hueso, cosa rara entre la gente del oficio. Y quizá por eso pueda lucir su cuerpo estupendo con este traje de punto negro tan elegante que lleva hoy y que se ciñe, como una piel caliente y amorosa, a sus pechos jóvenes redondeados por la fina lana del tejido en una curva perfecta, a su estrecha cintura, a sus altas caderas y a unos largos muslos que prolongan la pierna, ya fuera de la falda en unas pantorrillas derechas que caen rectas sobre el más esbelto de los tobillos.

Una cosa así no suele encontrarse todos los días comiendo sola a la mesa de una tasca madrileña, circunstancia que explica la natural agitación producida por la modelo en los varones que llenan el comedor, especialmente en tres tipos que se muestran muy jacarandosos y a quien el número envalentona; pues ya se sabe que el hombre es generalmente tímido ante la mujer cuando se encuentra solo para iniciar una conversación. Por eso, estos tres individuos se entretienen en decirse una serie de cosas dirigidas a la modelo, mientras ingieren con ruidoso apetito unos riñones al jerez. Hasta que la actitud displicente de Tona y algunas aclaraciones del camarero, que indudablemente protege la soledad de la chica, les devuelve el sosiego y un tono menos indiscreto en su conversación.

La joven termina pronto su frugal comida, coronada por este zumo de naranja que parece obligatorio en las modelos de Amaro López. Y, después de un rápido café, paga y sale del comedor, tras una frase amable dedicada al camarero, que la pone obsequioso su chaqueta de ocelote.

Ya en la calle, Tona inicia un largo paseo, no obstante el frío que se ha echado encima. Baja primero hasta la Plaza de la Marina Española, donde el vetusto edificio que acogió a un Senado señorial y distante muestra la cadavérica fachada de sus viejos ladrillos, medio tapados por el andamiaje de unas obras que han de transformar por completo el venerable edificio. Sigue después hasta la masa recoleta del convento de la Encarnación y pasando más tarde ante la sólida mole grisácea del Palacio Real, avanzada madrileña batida por los cierzos de la sierra, llega al fin a la Plazuela de Santiago, deteniéndose un momento ante una vieja casa que se halla a un lado de la iglesia dedicada al batallador patrono de las Españas, junto a un edificio más moderno que malogra el carácter provinciano y tranquilo del lugar.

Aquella casa trae siempre a Tona muchos recuerdos, porque en su segundo piso se desarrolló la crisis familiar que torció el rumbo de su vida. La joven perdió allí, en aquel piso, uno tras otro, a sus padres, en el momento en que más precisaba del amparo y de la disciplina de su presencia.

Primero fue la larga enfermedad de su madre, una dolencia incurable y tenaz que iba distanciándola poco a poco de todas las cosas, hasta convertirla en una sombra fantasmal y doliente que ya no contaba para nada. Después la brusca e inesperada muerte de su padre, un hombre lleno de vida, pero tan poco apto para el comercio que las dos tiendas de ultramarinos que poseyó en la villa y corte se le llevaron los cuartos heredados y hasta la pequeña dote de su mujer, quien, agotada, le siguió meses después al cementerio. Y así, en poco menos de un año, la joven Tona se quedó con cuatro hermanos más jóvenes y con muy pocas pesetas para sacarlos adelante.

La modelo, parada ahora ante la costrosa fachada de la casa, recuerda la dulce muerte de la madre, la desesperada del padre, a quien una oscura infección de la posguerra, anterior a la penicilina, acabó dramáticamente en una semana, y aquella amarga venta de los muebles de la familia que hubo que hacer antes de abandonar el piso, para sufragar los gastos de los dos entierros y de los primeros meses de orfandad. En su joven memoria quedó harto grabado todo aquello y Tona guarda aún la rencorosa espina que se le clavó muy hondo el día en que salió por última vez de aquel portal con sus cuatro hermanos menores para ir a vivir a casa de un tío suyo, hombre mucho más hábil que su padre y que era, entonces, el dueño de las tiendas de ultramarinos, muy florecientes ya bajo su habilidosa rapacidad.

Tona supo muy pronto lo que la esperaba. Una vida llena de disciplina, de sequedad, de exigentes deberes, de un trabajo constante, para la que no estaba preparada, pues la enfermedad de su madre y el carácter desordenado y pródigo del padre la habían hecho crecer en un ambiente completamente distinto al que reinaba en la severa familia de su tío. La joven comprende bien ahora que si ella hubiera sido un espíritu fuerte, todas aquellas dificultades del momento podrían haber sido valientemente superadas, siguiendo una ruta recta, resignada a todos los sacrificios. Mas ella era una chica débil, egoísta, caprichosa dispuesta a las concesiones, habituada a marchar siempre por la línea de menor resistencia con tal de salvar la comodidad del momento y la exigente ligereza de su juventud.

Removida por los últimos acontecimientos, por la crisis que adivina va a producirse esta tarde, dentro ya de una hora, Tona comprende que ella tan sólo le ha pedido a la vida alegría, placer, éxito y bienestar; y todo esto se lo

ha exigido como quien exige un derecho, un derecho inviolable y en cuyo ejercicio pueden permitirse los medios más viles. Porque, en realidad, ella no se ha esforzado jamás por alcanzar la alegría, el éxito y el bienestar que puede producir el dinero mediante una labor creadora, limpia y valiente. Sino que, tanteando siempre los terrenos pantanosos de las más torpes pasiones, ha intentado maniobrar hábilmente para conseguir sus deseos, dejando tras ella una sucia y blanda huella de destrucción y amargura. Un breve e innoble pasado que, esta tarde, se le enrosca al alma en una amarga presa.

Hasta ahora, ella le había echado siempre la culpa de sus cosas a la mala suerte y a la asquerosidad de los hombres. Mas, desde hace algún tiempo, comprende que esto no es así, que ella fue siempre la que abrió las puertas a esta porquería masculina, recibéndola con una risa cínica en sus frescos labios y un respingo orgulloso en su provocativa nariz. Fueron primero aquellos novios, aquellos chicos que eran callejones sin salida para su impaciente ambición y a los que tan sólo enamoraba para que la divirtieran un poco por ahí, abandonándolos después con sus perdidas ilusiones, al convencerse de que ella no había nacido para los esfuerzos y trajines de una modesta madre de familia.

Más tarde, cuando entró en aquella empresa tan importante, fue el director, un callejón con algunas feas salidas.

Después comenzó a nacer su rencor; comenzó a buscarle rencorosamente los tres pies al gato de la vida, a odiar a los hombres y a detestar a una sociedad que, para ella protegía tan solo a esas prostitutas hipócritas que son las mujeres decentes. Tona modificó, pues, su actitud y comenzó a recrearse en todas las lacras que la sociedad y los hombres la ofrecían, para excusar así su cobarde debilidad.

Y, como consecuencia, inició ya esa obligada labor destructiva dedicada a los hombres de su rededor que desahoga siempre un poco a estas mujeres. Hasta que un día, sobre los turbios caminos de su vida, se encontró con Paco Almuñécar, un hombre al que ahora, a las cinco, ha de ir a ver a su departamento de la Residencia Fortuny, donde, si la suerte no la acompaña teme pasar un mal trago.

Paco es un hueso duro de roer y la entrevista va a ser difícil, porque ella está bien decidida a que se arreglen las cosas, es decir, a terminar definitivamente con él y a casarse con Ramón Tineo, este hombre tan seriamente enamorado que desea conducirla al altar. En el fondo, Tona no quiere a nadie, pero anduvo un poco emperrada con Paco, es cierto, porque el tipo tiene su gracia cuando está de buenas y una estampa y un cuento que

caen bien en las mujeres. Pero ahora, la verdad, se ha puesto muy agrio y como es tan orgulloso no quiere soltar su presa, sino sujetarla más estropeando la boda con un buen escándalo, porque la verdad es que no se le pone nada por delante, haciendo la clásica faena del perro del hortelano. Paco es otro callejón sin salida, que tan pronto anda bien de cuartos como sin blanca; pero, eso sí, siempre lleno de las peores costumbres, y por eso Tona quiere despegarse definitivamente de él.

En realidad, la modelo lo veía ya muy poco desde que se puso en relaciones serias con Ramón, porque Paco andaba un tanto distraído entonces en los brazos de una marquesa; pero lo de la próxima boda le picó al hombre el amor propio y le puso hecho una fiera.

Tanto que Tona tuvo que acceder a verlo frecuentemente de nuevo y a vivir un doble juego entre estos dos hombres que se aferran a ella, como si fuera algo capaz de ser poseído y no tan solo la presencia vacía de una estupenda mujer.

Tona, parada en la vieja Plazuela de Santiago, frente a lo que fue su hogar, se arranca a sus recuerdos y observa rápidamente su fino reloj.

Son las cuatro y media y, por una vez, la interesa llegar puntualmente a una cita. Antes ha de pasar un momento por su pensión, porque para pedirle algo a un hombre, para tratar de convencer a un hombre, hay que arreglarse siempre lo mejor posible, aparecer siempre lo mejor posible.

La modelo se siente esta tarde nerviosa, descompuesta, con el corazón encogido por una angustia vaga. Se le han juntado, quizá, demasiadas cosas: la colección, aquella prueba sensacional por el modisto del traje de novia, estos hombres apremiantes, vanidosos, como todos los hombres. Va a ser seguramente, una tarde difícil, emocionante. Y no hay que agotarse con Paco, no, sino guardar bien los nervios, la seguridad y la belleza para la colección, que, al fin y al cabo, lo más importante es estar allí muy guapa y triunfar sobre sus compañeras.

Rápida y decidida, Tona abandona la plaza, baja hacia la calle Mayor y sube a un taxi que se pierde en la Puerta del Sol, cuando ya la fría tarde de este febrero invernal y grisáceo comienza a caer rápidamente.

Segunda parte

El modelo y compañía

1. Don Amaro

Eso de la falda corta es un disparate, un gravísimo error; os lo aseguro. Porque aquí, entre nosotros, como las mujeres son tan tontas y no se enteran nunca de sus defectos, milagro será que no quieran salir otra vez con las faldas por la rodilla, como en 1927, aunque casi todas tengan las piernas feas.

—Pero ¿es cierto lo de Dior, don Amaro?

—Por desgracia no hay duda, hijo.

La noticia me viene de Givenchy, que, ya sabéis, es persona muy seria, y además Rilú me la ha confirmado.

—Va a ser una lucha terrible, porque no podemos resignarnos fácilmente a una cosa tan fea.

—No sé, no sé cómo acabarán las cosas. Yo, naturalmente, no estoy de acuerdo, pero hay que andar con prudencia, porque desconfío profundamente del sentido común de las mujeres.

—De todas maneras...

—Dior resulta maravilloso combinando colores y bordados; pero, a veces, parece el enemigo de la belleza femenina. Hay que recordar aquellas chaquetas «paquidermo» que, por fortuna, sólo llevan ya las cursis que marcan un retraso de tres años en el tiempo de la moda...

—Dicen que Balenciaga está dispuesto a mantener un largo de falda a 35 centímetros del suelo y que Hartnell piensa dar en Inglaterra la batalla.

—Tal vez, tal vez... Pero yo llevo muchos años en el oficio y desconfío, hijos, desconfío... Además, no puede negarse que la influencia de Dior suele ser definitiva.

—A mí Jacques Fath me parece más sensible, más fino. El otro día leí una frase suya preciosa. Decía, en una entrevista, que la nueva figura femenina que va a nacer este invierno en sus salones será como un generoso capitel sobre una esbelta columna... Qué encanto, ¿no es cierto?

—Está bien que las caderas se desdibujen, que los hombros se desvanezcan y que se acorte el busto, para acusarlo mejor, sobre todo en

Francia, donde las mujeres tienen tan poco pecho. Pero aquí, en España, con nuestras gordas, no sé qué va a ser esto...

—Al parecer, Dessés ha creado lo que él llama la «línea guitarra», que, en realidad, es más bien lo contrario...

—Y Balmain la «línea flauta en el campo», con hombros anchos y talle muy marcado. Pero Dior, Dior...

Don Amaro tuerce el gesto, compungido, porque amenaza un año muy confuso y difícil para la moda. Y las cosas no están para eso por estos barrios, porque él acaba de hacer un gran esfuerzo con la colección de primavera que va a presentar esta tarde, inspirando sus líneas en viejas herencias folklóricas españolas, para atraer a los norteamericanos a la moda nacional.

El Modisto está comiendo en Chipén con sus colaboradores de más confianza, pues hay que reparar fuerzas para los trajines de esta tarde. Y, como un verdadero artista que es, le preocupan ya más los problemas de sus futuras creaciones que los que acaba de resolver en los bellos modelos de su última colección.

Don Amaro, sentadito a su mesa entre su secretario y su figurinista, come lentamente, con ademanes quizá demasiado finos, un puré de cangrejos.

El modisto, uno de los más sólidos prestigios de la alta costura española, es un tipo menudo, gestero y amanerado que peina los pocos pelos que le quedan con un revuelo de viejo artista. Bajo estas melenas canosas, que parecen cardadas, pero que no ocultan, sin embargo, una calvicie vulgar, aparece un rostro untuoso, animado por unos ojos sagaces, inteligentes harto inquietos y huidizos quizá, pero que una ancha y acogedora sonrisa compensa por completo, para tranquilidad de sus clientes. Lánguido, activísimo, displicente y enérgico a la vez, Amaro López es un curioso personaje, muy estimado en la buena y mala sociedad madrileña.

—¿Qué le ha parecido a usted la peluquera francesa, don Amaro? —pregunta Pepito, el figurinista de la casa—. Me la recomendó de tal manera Guillaume la última vez que estuve en París...

Sabe su oficio, como todas las francesas —concede el modisto, manteniendo un instante una cucharada del puré de cangrejos en el aire—. Pero ese famoso peinado en V no me convence. Engorda la cara, embastece el rostro. Prefiero peinar a la Fronde, esa línea tan elegante que cubre ya un poco la nuca...

—Pues he visto una foto de Bettina...

—¡Ah! Bettina, Bettina... —se conmueve el modisto—. Es la mejor mannequin del mundo y a ella todo le va bien.

—Creo que Suzan la modelo descubierta por Bohan, es estupenda —opina Alfonso, el secretario.

—No sé, no la conozco. Pero nunca me cansaré de repetiros, hijos — advierte el modisto doctoralmente—, que no debemos admirar demasiado a los demás, copiarlos servilmente. Respeto, claro está, a los franceses, que han sido los creadores de la moda, pero pienso que los otros países cultos tienen mucho que hacer. Nosotros mismos, con un penoso esfuerzo, fracasando incluso en ocasiones, estamos logrando atraer la curiosidad mundial con nuestros modelos.

—La colección va a tener un gran éxito, estoy seguro —opina Alfonso.

—Lo contrario sería para mí un tropiezo muy grave. Vosotros sabéis cuánta ilusión, cuánto trabajo y cuánto dinero he metido en ella —recuerda el modisto.

—Todo saldrá bien; ya lo verá usted, don Amaro —anima Pepito.

El modisto ha terminado ya su puré de cangrejos y tras echarse al estómago una copa de un excelente burdeos blanco que guarda orgullosamente la bodega de la casa, ataca un grueso chateaubriand. Porque don Amaro se cuida bien y procura gozar de la vida todo lo que le permiten sus trabajos, que para eso ha hecho dinero, mucho dinero, y amistades, muchas amistades, también.

En realidad, el modisto no tiene la culpa de que el sexo haya nacido equivocado en su pequeño cuerpo de confuso varón. Él no fue nunca un individuo enviciado por el hastío, torcido por la degeneración y la tontería del sexo contrario. Porque vino ya al mundo con la sensibilidad de una mujer, con los gustos y aficiones de una delicada y sensible mujer y, claro está, tomando así las cosas, él encuentra muy natural que sean los hombres y no las mujeres quienes le interesen. Por lo demás, él no es resentido, no señor, como tantos pederastas, porque piensa que el mundo se va haciendo por fortuna comprensivo y cree que hay que saber tomar las cosas como vienen, sin dramatizarlas neciamente, creyéndose el eje del universo y no estando jamás satisfecho con lo que se tiene.

Don Amaro ha luchado mucho mucho, en la vida, hasta lograr ponerle este «don» a su dulce nombre, porque empezó de botones con la Crippa y ha visto ya cosas y cosas, tantas cosas, que, a veces, le tienta un poco escribir, como a todas las personalidades eminentes, sus memorias, que en Francia o en América tendrían un éxito seguro, pero que aquí, en España, levantarían ampollas.

El modisto es soltero, claro está, pues nunca ha querido engañar más que a sus clientes y, por otra parte, considera que todo auténtico artista debe huir del matrimonio, porque la familia asfixia inexorablemente el espíritu creador. El Arte, el Arte, con una enorme y avasalladora mayúscula, es, para el modisto, lo único que vale de verdad la pena en este mundo actual, mediocre y chabacano, que tiende siempre hacia la fealdad y a quien hay que conducir de nuevo hacia lo bello. Por eso, cuando don Amaro coge algunas de estas telas que le fabrican especialmente en Suiza, en Italia o en Francia, y comienza a envolver con ellas el cuerpo esbelto de una de sus modelos, es feliz, completamente feliz, porque se da cuenta de que está haciendo arte, de que está transformando aquellas telas en una creación personal, en un bello modelo que llevará su huella creadora, su propio estilo, como una pintura, como un edificio, como un poema o como una novela llevan el de su autor.

Se siente, pues, don Amaro, un verdadero artista. Es, además, persona muy activa y trabajadora, aunque no lo parezca, que trata generosamente a su gente y que sabe hacer un favor cuando es preciso. El modisto busca la compañía de los intelectuales, de los pintores, de los músicos, de las gentes extravagantes, y procura saber un poquito de todo, halagando con inteligencia la vanidad de sus clientes, que, hoy en día, son lo mejor y lo peor de Madrid, curiosa mezcla que siempre significa el éxito para cualquier artista. Por lo demás, nunca da escándalos con sus privadas querencias, es persona de orden y va a misa todos los domingos, porque no es ningún ateo, gracias a Dios.

—No puedo quejarme, hijos; hay verdadera expectación por ver mis modelos —sigue don Amaro—. Pero confieso que estoy un poco preocupado, porque nunca me he embarcado tanto, tanto...

—Comprarán en serie, estoy seguro —afirma Pepito.

—Si no lo hacen, estamos aviados —advierte el modisto.

—Ese míster Byers no acaba de gustarme —indica Alfonso, el secretario—. No hace más que reírse enseñando toda la dentadura, pero no suelta nunca prenda.

—Pues *miss* Saunders...

—Estos norteamericanos no son como nosotros, hijos —define el modisto gravemente—. Están siempre de un humor estupendo, resultan muy simpáticos y campechanos; pero, en el fondo, son un hueso en cuanto hay cuartos por medio.

—Y eso que el dólar, con el cambio...

—Están acostumbrados a trabajar mucho, a darle fuerte a los negocios.

Y, claro, piensan las cosas más de lo que parece. Aparte de que París les pesa, les pesa mucho... se duele don Amaro.

—Pues hay que reconocer que la moda se les escapa ya un poco a los franceses...

—Ésa, ésa es la razón oculta del gesto de Dior —aclara con viveza don Amaro.

—Los modistos de París se han dado muy bien cuenta de la competencia extranjera, especialmente de la italiana, en cuyo país los norteamericanos compran cada vez más. Dior, con su falda corta, va a conseguir un auténtico escándalo que vuelva la atención del mundo hacia su firma y, en consecuencia, hacia la moda francesa.

—Hay que reconocer que los gustos cambian, don Amaro, y que las nuevas modelos parisienses... —insinúa Pepito suavemente.

—Ya lo sé, ya lo sé —corta el modisto—. No hay duda de que se vuelve a las mannequins no tan altas, más llenas, poteles, como dicen los franceses con una palabra intraducible. Por eso, yo le he probado a nuestra Tona precipitadamente mis mejores modelos, y hasta el traje de novia. No os habíais dado cuenta de mis razones, ¿verdad?

—Algo me sospeché yo, don Amaro —admite Alfonso.

—Confiesa que no pensaste nada; lo mismo que yo —rechaza Pepito.

—Como tú quieras —se pica Alfonso.

—Es que tú, hijo, siempre andas distraído con tus cosas y no te enteras de mis preocupaciones —se duele el modisto, posando un momento su pequeña mano sobre la del figurinista.

Pepito es un muchacho un poco extraño. Menudo, proporcionado, quizá más viejo de lo que parece, tiene un rostro muy pálido, de facciones tan perfectas que resultan desagradables, sobre las que lleva un peinado existencialista que deja caer sobre su enfermiza frente una especie de tupé de un rubio francamente sospechoso. Sus arregladas cejas, el corte de su pelo en la nuca, sus gestos, la tela clara de su traje y el exagerado tacón de sus originales zapatos dan a su aspecto un sello estremecedor y confuso. Y, además, hay en Pepito, una honda tristeza de ser inadaptado, de individuo vacilante e insano que, sin duda, intenta convencerse de que encuentra en una provocativa rebeldía la seguridad que le falta.

Ahora, el figurinista de la casa Amaro López, uno de los mejores y más cotizados dibujantes con que cuenta la alta costura española, corta un chop de ternera después de retirar su pálida mano, abandonando sobre el mantel la del modisto, quizá porque ya está harto de las dulzuras del viejo.

Y mientras come su chuleta, hay en este falso joven un gesto amargo y desesperado.

Porque Pepito fue un chico normal, un niño bueno, generoso y dócil, demasiado frágil, demasiado sensible, que se quedó niño muchos más años de los debidos. Parado en esta niñez, sin que la pubertad le enronqueciera la voz, le sacara pelos en la barba y endureciera virilmente sus contactos con la vida, Pepito permanecía feliz, produciendo también la felicidad de sus padres, que prolongaban así en él los mimos y las ternuras dedicadas a la infancia. Hasta que, con una rapidez vertiginosa y triste que tan sólo hubo de vencer algunas débiles defensas, Pepito pasó de ser un chico sensible, simpático y hasta inocente, a convertirse para siempre en una confusa y complicada criatura sin sexo definido.

Naturalmente, en Pepito dominaban también las aficiones artísticas, a las que el joven se aferró, con cierta angustia, buscando un punto de apoyo para su amarga rebeldía de inadaptado.

Dejó, pues, de estudiar al acabar su bachillerato y dedicó su labor al dibujo, para el que tiene una congénita y admirable disposición. Mas la inquietud interior, la presión interior, crecía, y, tras abandonar los estudios, Pepito abandonó también a sus padres, marchándose a París protegido por uno de esos turbios mecenas que suelen aprovechar estas ocasiones.

La vida parisiense calmó un poco las angustias del joven, con su fría e inmoral tolerancia y todo su retablo de tipos confusos y extravagantes. Y, aunque perdida ya su hombría para siempre, Pepito encontró en sus indudables dotes artísticas una razón que dar a su vida. Una razón estéril, incompleta, pero que, exagerada por el joven, puede servirle para marchar un poco menos inseguro por los caminos de los días.

Hijo de familia, de una excelente familia española, educarlo y despierto, Pepito comenzó a abrirse paso dentro de su ambiente. Estudió, observó y viajó mucho, primero protegido por amigos de más edad que la suya, después por sus propios medios.

Aprendió idiomas, vio mundo, un mundo amargo, inadaptado y triste, es cierto, pero mundo al fin y al cabo, y se convirtió en un estupendo figurinista, que no sólo se limita a interpretar las ideas del modisto, sino que las traduce generalmente en creaciones propias, dejándole pensar al patrón que lo que sale de sus lápices y pinceles es todo suyo.

Vuelto a Madrid tras una de sus largas aventuras extranjeras, que han depositado una rara mezcla de esnobismo y dandismo sobre su aspecto afeminado, Pepito se encuentra muy incómodo en este mundo madrileño, tan

áspero y viril, que no tolera ni sus costumbres ni su apariencia. Esta inadaptación ha resultado tan difícil, que el propio don Amaro, que no se asusta por nada, se ha visto obligado a llamarle la atención a su figurinista, indicándole que aquí no se puede salir a la calle con ciertas chaquetas asombrosamente entalladas, ni con el rubio dorado que tenían sus cabellos antes de tomar este tono más discreto que lucen ahora.

Estas cosas, y algunas otras más, amargan la vida de Pepito, que pone verde a su país y que está deseando volverse a Saint-Germain-des-Prés, donde tiene estupendas amistades que no se escandalizan fácilmente. Pero, en fin, don Amaro es generoso, paga bien y aunque se pone algunas veces muy pelma y empalagoso, hay que aguantar un poco, pues la vida está cada día más difícil y, por muy buen figurinista que se sea, no es tan fácil encontrar un sueldo seguro en una casa solvente. Claro está que Pepito dice a todo el mundo exactamente lo contrario, es decir, que ha abandonado sus compromisos parisienses por amistad hacia don Amaro y por amor hacia la moda española, pero sólo alguna que otra persona ingenua, y en verdad que hay poca ingenuidad en la alta costura, se lo cree.

—No, hijos, no; yo no me duermo sobre mis laureles —continúa el modisto sorbiendo también el obligado zumo, de naranja, porque tampoco él quiere engordar—. Tona tiene exactamente el cuerpo que pide la próxima moda.

—Es una chica admirable, ¿verdad? —exclama Pepito con un raro calor.

—¡Hombre!; tanto como admirable... —distingue el modisto, remilgado.

—No le ponga usted defectos, don Amaro, porque Tona le trae loco —ríe con una risa ácida Alfonso, el secretario.

—¿Loco...? ¿A quién? —pregunta don Amaro frunciendo ligeramente el ceño.

—A quién va a ser... A éste —declara Alfonso.

—¿Pero es verdad, hijo? —se pasma el modisto.

—La encuentro encantadora y, al mismo tiempo, con un interés que no tienen sus compañeras —admite Pepito un poco sofocado.

—No creo que sea para tanto, la verdad. Pero allá tú, hijo, con tus cosas. Lo único que quiero recordarte es que no admito líos de puertas adentro en mi casa; nada más —precisa, serio, don Amaro.

—¡Qué tontería! No hay cuidado —afirma Pepito—. Ya sabe usted que Tona va a casarse muy pronto. Además, yo...

—Parece muy entusiasmado ese Ramón Tineo, ¿eh? —corta el modisto.

—Parece... matiza Pepito, con una honda tristeza en la voz.

—Sentiré que se case y nos deje —confiesa don Amaro—. Pensaba ocuparme un poco de ella esta primavera, porque hay en esa chica buena materia prima de mannequin.

—Mientras no la vea en la iglesia nunca creeré lo de su boda —manifiesta Alfonso—, con su agria risita de resentido.

Pues aunque nadie sepa bien por qué, Alfonso es un tipo difícil, enmarañado por los complejos.

El actual secretario de Amaro López es otro elegante hijo de familia, porque muchas buenas familias españolas proporcionan a nuestra actual sociedad estos individuos inadaptados, incapaces de toda disciplina y de cualquier trabajo que no resulte inseguro y confuso. La educación, esa educación mimosa, blanda, llena de vacilaciones y caprichos que ciertos padres distinguidos y ricos dedican a unos hijos que podrán quizá seguir siendo distinguidos, pero que ya no serán ricos, es generalmente el origen de estas existencias indecisas y turbias. La cómoda vida de familia, el escogido colegio, las amistades elegantes y costosas, preparan a estos jóvenes tan sólo para el gasto y el buen tono que a su apellido corresponde. Después, la guerra, nuestra guerra, salvando a muchos de los que dieron el pecho generosamente, marcó a otros con su huella terrible, con su desoladora violencia, con ese hábito castrense de obedecer que no precisa personales iniciativas, con ese tener en cierto modo resuelta la vida presente de los días con algún «enchufe» poco arriesgado, conseguido por la influencia de los padres. Y así, descompuestos, desorganizados interiormente, estos jóvenes que ahora tienen ya cuarenta años, se encontraron con la vida difícil y durísima de la paz sin estar preparados para ella, emperezados por la edad y deshechos por los vicios de la posguerra. Algunos, los menos, se hicieron diplomáticos en un último y desesperado esfuerzo personal y familiar, que salvó quizá su trayectoria. Pero otros, la mayoría, se hundieron en el «estraperlo», en la compraventa de coches uno de los más amplios refugios de los incapaces hilos de familias distinguidas, o en las comodidades de un puesto burocrático mediocre que les permite tener algunos cuartos en el bolsillo.

Milagrosamente, Alfonso sabe inglés, porque sus papás consideraron conveniente mandarlo un par de años a Inglaterra, antes de 1936. Y por nada, no vaya a creerse que les movía algún fin utilitario, sino porque es una costumbre elegante de la familia, tradicionalmente anglófila. A esta elegancia, pues debe hoy Alfonso su puesto de secretario de Amaro López, uno de nuestros mejores modistos. Porque quien hoy día sabe bien inglés tiene muchas posibilidades de ir tirando del carro de la vida.

Abogado, distinguido, pobre, excombatiente que jamás escuchó un silbido de bala, sino tan sólo el extraño lamento de una bomba de aviación que arrojaron sobre Valladolid los rojos, Alfonso ha encontrado, al fin, un sueldo al parecer seguro y un trabajo que, a decir verdad, le agrada mucho más de lo que él confiesa a sus elegantes amigos del tiro de pichón.

Soltero, gracias a Dios, como Alfonso dice, hay quien le achaca todos los vicios imaginables, mientras otros aseguran que el pobre hombre es tan sólo tonto, con una tontería totalitaria, que no deja lugar para nada más en su persona. Quizá unos y otros se equivoquen; y este cuarentón blanducho y fofo, impecablemente vestido, siempre a la moda, a cualquier moda de más allá de los Pirineos, no sea tan tonto ni tan vicioso, sino más bien un individuo que no pisa terreno firme, que se escurre sobre el lodo peligroso al que le han conducido su falta de voluntad, sus escasas capacidades y también las culpas ajenas. Porque este resentimiento ácido y mordiente que casi siempre escupen las palabras, las risas y hasta los gestos de Alfonso, indica que no está satisfecho de sí mismo, que hay en él un constante autorreproche que todavía le exige otra manera de vivir la vida.

Pues lo creas o no, Tona se casa —asegura Pepito—. Porque es lo mejor que puede hacer esa chica.

Alfonso ríe burlonamente, sin decir nada, mientras don Amaro se pone las gafas y examina la cuenta que le presenta el maitre de Chipén. Son más de las cuatro y aunque, los clientes del restaurante suelen almorzar tarde, casi todas las mesas se han quedado vacías. Tan sólo unos catalanes que hablan de negocios permanecen sentados a una de ellas, un poco fantasmales tras el humo azulado de sus cigarros, y una parejita de la vida alegre queda hundida en un rincón, porque el señor calvo con gafas montadas a lo Truman se está aprovechando de la rubia y escotada *vedette* que ha invitado hoy a comer en su compañía.

Los camareros están cansados y la amable sonrisa del dueño del establecimiento comienza a helarse en sus labios. El comedor ha perdido ya toda la brillantez que sus elegantes clientes le prestan durante algunas horas del día. Apagado, tristón, lleno de humos y luces frías, empuja a todos a la calle, porque el comedor de un restaurante tan sólo sirve para comer.

El modisto recoge la vuelta de su dinero y se levanta, seguido por sus dos colaboradores. Sale del comedor y se detiene un momento a la puerta del guardarropa. Mientras le ponen el abrigo se entretiene observando los ricos manjares que una pulcra mesa exhibe a la entrada del comedor. El vivo naranja del salmón ahumado se combina con el blanco alegre de la lubina y

con el carmín sanguinolento del rosbeef; y el rojo ladrillo de la calcárea coraza de la langosta con los finos rosas de las cigalas, en un raro juego de colores animales.

—Después de comer se da uno cuenta de que todas estas cosas son cadáveres, cadáveres embalsamados —considera con un dengue asqueado el modisto mientras se abrocha el gabán.

Y empujando a «sus chicos» por el largo pasillo llega al pequeño bar del establecimiento, lo cruza y entra en la puerta giratoria, después de atender al letrero que, solícitamente, advierte que hay que cuidar no descalabrarse en un traidor escalón.

En la calle hace frío; un frío ceniciento, nevoso, que apresura el paso de las gentes que marchan por la acera. Don Amaro, protegido por su magnífico abrigo de pieles, se dirige hacia su coche, entre Pepito —gabán gris claro, muy claro, entallado y con vuelos— y Alfonso, que tiene una manera muy peculiar de anudarse con falso descuido el cinturón de su amplio abrigo color crema.

Antes de llegar al coche, el gran Buick negro, ya un poquito anticuado, arranca lentamente y se aproxima al grupo. Un chófer uniformado como cualquier modelo de la casa desciende, les abre la puerta y saluda con respeto, porque el modisto es todo un señor. Y don Amaro sube y se acomoda un poco solemnemente en el amplio asiento del auto, seguido por sus dos colaboradores.

El Buick se pierde ya hacia la Gran Vía. Dentro, estos personajes sorprendentes del teatrillo actual de la vida, seguirán hablando de la falda de Dior de ese tono coñac que ha lanzado Dessés, del arte maravilloso de Marc Bohan para el adorno de los escotes, combinando con mano maestra plisados, pleguerías, abullonamientos y lorzas; de las panas alistadas con vivos colores de Glanz y de la novedad de Rilü, la casa florentina, al presentar a sus modelos con el rostro cubierto por una máscara de plumas blancas con cejas negras, para ocultar los rostros de las mannequins y no distraer con ellos la atención de los clientes, que sólo deben interesarse por la obra del modisto, es decir, por los trajes.

Hablarán de todo esto y, quizá, de algunas otras cosas más, de las que posiblemente será mejor no enterarse.

Unas y otras significan al fin y al cabo su vida. Una vida llena también de ambiciones, rencores, fracasos, éxitos y pasiones, absurdos para los hombres que han cuajado felizmente su inteligencia, su trabajo y su virilidad, más completamente reales para estos tres personajes de la alta costura madrileña,

que en el Buick majestuoso de Amaro López ruedan por nuestras calles hacia las horas emocionantes de la colección que van a presentar esta tarde a sus más distinguidos y ricos clientes.

2. Mercedes y Lulú

Mercedes ha invitado hoy a comer en su casa a Lulú y la verdad es que Lulú se ha hecho rogar un poco, porque aunque ahora ella dependa por completo de estas cosas de la alta costura, mira por encima del hombro a la vendedora principal de Amaro López, que ocupa en la escala social madrileña un lugar muy inferior al que se adjudica Lulú.

Mercedes tiene influencia, no cabe duda, y, además, ha hecho dinero, cosa muchísimo más importante de lo que algunas ingenuas gentes se figuran. Pero, al fin y al cabo, Mercedes es Mercedes y Lulú es, y no podrá dejar de serlo nunca, Lulú.

La vendedora no ignora nada de esto y, aunque aparenta una suelta displicencia, está un poco emocionada de llevar a su piso a Lulú, una mujer más pobre que ella, pero con mucha más clase, naturalmente.

Por eso Mercedes, cuando han salido del piso del modisto después de terminar los trajines de la mañana, ha tomado un taxi, aunque Lulú parecía preferir andar un poco por la Castellana, aprovechando el hermoso sol de invierno que alegraba la hora. Y, ya en su piso, le ha ofrecido una comida aparentemente sencilla, pero tan bien meditada que le ha dado ocasión de lucir sus bellos Limoges y la hermosa cristalería que Mercedes guarda para las grandes ocasiones.

Lulú, claro está, ha comido muy poco, ha alabado mucho todo y se ha quedado algún rato distraída, en una pose tan elegante que causa la desesperación de Mercedes, porque lo único que consigue cuando trata de imitarla es ponerse aún más agria y antipática de lo que suele resultar generalmente.

La verdad es que a la pobre Mercedes no le ayuda en lo más mínimo su desgraciado físico, pues pese a sus indiscutibles habilidades de vendedora y a este clima de esbeltez que en Amaro López la rodea, pesa setenta y tres kilos y, como es más bien baja, resulta una absurda y sorprendente bola de carne sudorosa cuando se mueve entre las estilizadas modelos de la casa. Además, y por si esto fuera poco, la vendedora principal tiene un pelo ingrato, un pelo

corto, liso y reluciente que le cae sobre un morrillo abundante; una voz antipática, enronquecida y seca; dos ojos ahuevados y oscuros, que parecen querer saltar de sus órbitas, y unos labios tan bastos que ningún lápiz consigue hacerlos elegantes.

¡Ah!, sí, todo esto es muy triste y lamentable, pero Mercedes vende como nadie y hay que verla en el salón, cuando arrastrando su pesado cuerpo, siempre vestido de oscuro, se mueve como una foca en el agua y domina a las clientes de la casa con un curioso estilo peculiar, entre halagador y castrense. Porque sabe influir suavemente en la presunta compradora durante un cierto tiempo y, después, dominarla con rapidez, rematando la faena en un final tiránico que acaba con todas las vacilaciones de la cliente.

Esta manera de vender, este curioso imperio que ejerce sobre las mujeres, cotizar su ejercicio profesional tan considerablemente que Mercedes ha recibido más de una importante oferta de firmas rivales que quisieran arrebatársela a Amaro López para tenerla en sus salones. Pero la vendedora se encuentra bien en la casa, lleva ya muchos años trabajando con don Amaro y el modisto sabe ser generoso con ella en sus momentos de gran éxito, como en aquella colección del otoño-invierno de 1946, cuando Mercedes vendió personalmente modelos por valor de más de medio millón de pesetas, cantidad que elevó su tanto por ciento a una suma respetable.

—¡Qué encanto de piso! —alaba Lulú, mientras enciende un cigarrillo para acompañar la copa de Remy que le sirve Mercedes—. Ya quisiera yo encontrar pronto algo así.

—Me habían dicho que estabas poniendo uno, por Miguel Ángel, cerca del Paseo del Cisne —advierte la gorda vendedora echándose a su amplio estómago una copa del oloroso coñac francés.

—¡Oh!, sí —admite displicente Lulú dándole una chupada al pitillo—; pero es para el negocio. Yo busco para mí algo más pequeño, más acogedor, más íntimo. No, no, ¡por Dios!, muchas gracias, no quiero más —rechaza al darse cuenta de que Mercedes pretende llenar de nuevo la bella copita de licor que ha colocado ante ella—. Tú bebes mucho, ¿verdad? —pregunta con una amable sonrisa.

—¿Mucho? No, ¡qué disparate! —rechaza, ofendida, con su voz más áspera, Mercedes—. Pero creo que un par de copas después de comer, hija, no le hacen daño a nadie.

—A mí no me sienta demasiado bien, ¿sabes? —confía Lulú—. Deben ser consecuencias de aquella hepatitis que tuve en Roma y que me obligó a reposar dos meses en Capri.

—Aprensiones, tonta, nada más que aprensiones —rechaza Mercedes—. Porque estás estupenda.

—¿De veras me encuentras bien? —pregunta Lulú mimosamente.

—Mejor que nunca, te lo aseguro —miente Mercedes.

—Eres muy amable —agradece Lulú, mientras apaga su colilla en un cenicero de plata—. ¿Sabes los años que tengo? —pregunta, inesperadamente.

—¡Bah!, no hablemos de esas cosas —ríe roncamente la gorda.

—No, no, de veras: ¿Cuántos me echas? —insiste Lulú.

—Pues no sé, hija... Quizá cuarenta...

—Cuarenta y tres, Mercedes; cuarenta y tres, ¡fíjate!

—Nadie lo diría... Con ese tipo que tienes —suspira la obesa vendedora.

La verdad es que Lulú ha cumplido sus cuarenta y cinco años hace ya varios meses y que, últimamente, comienza a señalársele en la cara la edad.

Porque su rostro, maquillado con los mejores afeites que la industria internacional produce, masajeado, operado y cuidado como ninguno, es una rara máscara que tan sólo evoca un hermoso pasado. Las mejillas hundidas, demacradas; las bolsas oscuras que la piel forma bajo sus ojos; los labios consumidos; los dientes descarnados; la piel reseca y arrugada del flaco cuello, y hasta este pelo teñido en un rubio con reflejos platinados, muestran ya, tan sólo, los restos de una extraordinaria belleza. Únicamente sus ojos, fatigados por unos párpados hartos caídos, poseen todavía una luz verdeamarillenta que lanza sus brillos poderosos entre unas largas pestañas demasiado ennegrecidas por el rimmel.

Quizá este rostro conserve algo más de su antigua belleza. Pero la máscara de los afeites que la ocultan es tan complicada y tenaz, que no hay en él nada natural, nada que no sea el producto de un desesperado retoque.

Por eso, al contemplar esta cara, y tras el primer momento de sorpresa, se comprende que el hábito ha ido amontonando aquí cremas, polvos, lápices y pinturas hasta aislar a su dueña de la noción de su realidad y no espantarla ante la imagen de este terrible producto de la mejor cosmética que le muestran a todas las horas sus espejos. Lulú no se da cuenta, no, de la máscara que pasea sobre sus finos hombros. Y cuando percibe un gesto en la persona que acaban de presentarle, todavía piensa que es el efecto de su belleza y no el de su tocador. Porque no se resigna a los estragos de la edad, sin advertir que, a veces, cuando su piel está limpia de afeites por las mañanas, su rostro, un rostro, claro está, de cuarenta y cinco años muy agitados, no ofrece, sin

embargo, el aspecto desolador que exhibe cuando, horas después, lo saca tan ambiciosamente a las crueles luces de la calle.

Lulú vive la vida falsa que le presta su pasado. Su pasado de belleza indiscutible, admirada y envidiada; su pasado de mujer escandalosa y elegante, ocultamente admirado también por aquellas de sus amigas que protegen una hipócrita honestidad poniéndola verde en todas las ocasiones. Y esta vida falsa que le presta la aureola de una brillante y escandalosa historia, aparentemente interesante y muy novelesca, tiñe con un tinte desesperado y dramático el auténtico presente de esta mujer que fue tan hermosa. Porque Lulú ya no posee aquellos grandes ojos claros, tan serenos, que posaban en las gentes el bellísimo y enigmático pájaro azul de su mirada; ni aquel pelo color de lino que volaba sobre su pura frente con la caricia de la brisa más ligera; ni aquella boca dibujada y carnosa que entregaba al sonreír la fresca perfección de sus dientes; ni aquella piel mate y transparente que era como un agua dorada y honda; ni aquel cuerpo esbelto y lleno al mismo tiempo, que redondeaba sus pechos y sus caderas entre la estrecha sima de su cintura.

—Nada de esto se encuentra ya en Lulú y, sin embargo, nada de esto ha muerto tampoco en ella. La extraña inercia de la —belleza, la fama de la belleza, vive todavía en esta mujer, desajustando su realidad presente con el peso de una insostenible herencia cuando se encuentra entre gentes más jóvenes, pera gozando todavía de ciertos privilegios ante las personas de su generación, ante estos hombres y mujeres que también tratan desesperadamente de verse como fueron, no como son. Porque uno de los precios que paga la hermosura es el de obligar a quien la tuvo a seguir arrastrando su fantasma, su cadáver seco y marchito, su máscara consumida por los implacables estragos de los años.

—Estoy hecha polvo, te lo aseguro —confía Mercedes, acomodándose en su alegre butaca y haciendo crujir con el movimiento toda la armadura del mueble—. Tú no sabes lo que ha sido el preparar esta colección.

—Me lo figuro, porque algo me ha tocado a mí también. Veo al pobre Amaro muy preocupado con ella —considera Lulú.

Mercedes suelta una tos bronquítica, de hombre fumador. Este «Amaro» le ha llegado al alma, porque ella no le apea nunca el «don» al modisto y, de pronto, comprende toda la distancia social que la separa de Lulú. Por eso, con un gesto de suficiencia, dice:

—¡Bah!; ya le venderé yo todos los modelos que le interesen. Porque no hay quien se me resista, hija.

—Menuda mano tienes... —admite Lulú con una sonrisa ambigua.

—Y eso que ahora hay que luchar con cada cocodrilo que no veas —sigue la vendedora—. Y, por si fuera poco, estas niñas, las modelos...

—A mí me parecen estupendas...

—¡Si vieras lo que tengo que machacarlas para que olviden en el salón toda su ordinariez! —se duele Mercedes—. Te digo, hija, que aunque la mona se vista de seda...

—Kiki vale mucho, Mercedes —insiste Lulú—. Es la mejor modelo de Madrid y hasta su desgarró resulta elegante...

—Si tuvieras que aguantarla todos los días...

—Y Marta es maravillosa...

—Y de muchísimo cuidado, no lo olvides. Ya sabes lo de Manolo Pastrana...

—Dicen que ella estaba enamorada —excusa Lulú—. Y cuando una mujer se enamora...

—¿Enamorada? —bufa Mercedes, agitando sus carnes en una conmoción irritada—. ¡Que Dios libre a los hombres del amor de cualquiera de estas víboras, hija!

—Parece que Manolo...

—Sí; de acuerdo, Lulú —corta la vendedora—; todos los hombres son unos asquerosos. Pero hay cosas que no se pueden hacer...

—Bien lo pagó la pobre —compadece Lulú—. Hay que ver lo que son cinco años...

—Todavía es joven, mujer.

—Parece tan serena y, a veces, resulta tan asombrosamente guapa que, no sé, en algunos momentos me... Nada, nada; iba a decir una tontería —recoge Lulú.

—Dila, dila, que estamos en confianza...

—Es una bobada, pero Marta me recuerda un poco a como era yo antes —confiesa Lulú—. No es que se parezca, precisamente, ¿comprendes?; pero tiene algo, algo...

—No digas cosas raras. Tú eres muchísimo más guapa.

—Quizá —admite Lulú sencillamente—. Y, sin embargo...

—Claro que siempre hay clases y que al, lado de Lina, Marta resulta una mujer distinguida.

—¿Es cierto que Lina fue criada?

—Por lo menos criada, hija; porque creo que hay en su vida cosas muchísimo peores —manifiesta Mercedes—. En cuanto a Tona...

—Tona no me convence, la verdad —corta precipitadamente Lulú—. Yo no sé cómo hay quien dice que es tan mona...

—¡Hombre!, no está mal —admite Mercedes—. Y te aseguro que, actualmente, es la debilidad de... de... Amaro —sigue la vendedora quitándole el «don» al modisto con un esfuerzo—. Lo que pasa es que esa chica es una despistada y se mete en unos líos que no sé cómo va a salir de ellos...

Porque, ahora, creo que va a casarse.

—¡Casarse! ¡Qué horror! —se espanta Lulú.

—Sí, hija, sí; como lo oyes.

—Hace falta ser idiota; ¿no crees?

La verdad; creo que el idiota es él en este caso.

—La mujer siempre carga con lo peor del matrimonio —insiste Lulú.

—No sé qué te diga, ¿sabes?

—Oye, una cosa —corta Lulú con un gesto casi soberano—: ¿quién es esa chiquita tan joven que pasa a veces algunos modelos? No acaba de gustarme; es muy sosa la pobre...

—¡Ah! Pituca... Una cursi que tiene Amaro en la casa, por caridad. Es chica seria y, ya sabes, que, para estas cosas, estorba un poco la decencia.

—Yo creo que estorba para todo —afirma con un gesto cínico y elegante Lulú.

La verdad es que siempre que la conversación penetra en este terreno Lulú ataca inmediatamente como un alacrán que alza la cola al sentirse amenazado. Porque hace algunos años, casi veinte años, Lulú abandonó a su marido y se marchó a Italia con otro hombre que, al parecer, le ofrecía mayores posibilidades. Nadie sabe bien, es cierto, qué es lo que ocurrió con su marido, ni qué maravillosas esperanzas encendió en ella el varón seductor, que quizá fuera más bien el seducido. En realidad, jamás se sabe nada de estas cosas confusas que ocurren entre hombres y mujeres, y si bien es cierto que casi siempre engañan las apariencias, en todos estos líos engañan mucho más: Por eso, bajo la maraña de cuanto se habló y chismorreó en su tiempo de este famoso escándalo, tan sólo queda el hecho escueto y un poco misterioso de que Lulú abandonara su hogar, es decir, a su marido y a su hijo, para emprender una nueva vida fuera de España en compañía de otro hombre.

—Naturalmente, hay versiones de este escándalo para todos los gustos y, en general, los hombres le echan la culpa al marido de lo que ocurrió, así como las mujeres, especialmente si fueron amigas, se muestran implacables con Lulú. Pero como el tiempo dulcifica y suaviza las más violentas

situaciones, el resultado de todo esto es que, tras unos cuantos años de un vértigo harto despistado, Lulú apareció de nuevo en España, donde acaba de montar un negocio que marcha muy prósperamente, pues, según parece, no ha perdido por completo el tiempo durante sus andanzas y aventuras por la vieja Europa. Todo esto, y también las poderosas protecciones que le otorgan su fama de belleza, sus escándalos y su clase, no hay que olvidarlo, pues Lulú es hija de un arruinado y difunto embajador, le han permitido organizar un taller de unos tejidos de punto, que hoy en día abastece ya a casi toda la alta costura madrileña con unas primorosas confecciones que no tienen nada que envidiar a las labores extranjeras y que, dada la modestia de nuestra mal pagada mano de obra, resultan infinitamente más baratas que —las importadas.

Lulú trabaja, pues, mucho mucho, y tiene ya muy poco de aquella chica tonta, tan hermosa, que paseaba su belleza por los lugares distinguidos del Madrid de 1930, cuando los más elegantes monárquicos se disponían a contemplar la caída de su monarquía.

Realmente hoy no parece, en verdad, la misma criatura que desfilaba por la acera derecha de la Castellana durante las hermosas mañanas del invierno madrileño, que almorzaba en Puerta de Hierro y que tomaba el té en Sakuska, mientras las palabras de sus admiradores le llegaban embellecidas por el melancólico trémolo de las balalaikas. No parece, no, aquella chica tan hermosa que, algunas veces, se dignaba a dar una vuelta por el paseo de coches del Retiro, que iba los jueves a los tés del Ritz y que en las fiestas estivales del Cristina o del Náutico, en San Sebastián, causaba aquella emoción que, en verdad, se apagaba mucho al conocerla, pues Lulú resultaba entonces más bien sosita y un tanto pava.

La vida ha consumido ya aquel sosiego y ha dejado en esta mujer un resto seco, nervioso, endurecido, que disimula su tardía ambición de dinero tras un gesto cínico y despectivo.

Todas las curvas de Lulú, todas las redondeces de su cuerpo y de su personalidad, se han quemado ya en el ardor de la vida, convirtiendo su figura y sus sentimientos en algo anguloso y duro, que estremece un poco por su falta de suavidad y de dulzura.

Sentada en el sofá del alegre tresillo de Mercedes, flaca, elegante, repintada y teñida, Lulú deja caer un instante, la burlona luz amarillenta de sus ojos sobre la masa redonda que es la vendedora de Amaro López, mientras repite:

—¿No crees que ser decente es un atraso?

—¡Hombre!, no sé —opina con su tosca brusquedad la otra—; hay quien vende muy cara la decencia.

—Prefiero hacer otra clase de negocios, ¿sabes? —ríe Lulú, con una risita rencorosa.

—Yo, la verdad, te confieso que no acabo de entender a los hombres —confía Mercedes inesperadamente—. A primera vista parecen idiotas, pero después resulta que tienen más conchas que un galápago.

—Sigues con Cristóbal, ¿verdad? —se digna interesarse Lulú, mientras prende un nuevo pitillo.

—Pues sí, hija, sí... A ver, ¿qué remedio!

Mercedes tiene un extraño flirt con un viejo aristócrata, que, la verdad, ya no está para muchas cosas. Un conde pequeñito y calvo, con una cara de pájaro frito que casi entenece por su aletargada tristeza, pero que resulta incansable para conversar por teléfono, como si así, prendido a la incógnita siempre misteriosa del aparato, el largo hilo le trajera algo de aventura y de juventud; algo que le hace olvidar, por un momento, esta vejez suya, ya de vuelta de casi todas las cosas.

Algunas veces, pocas, muy pocas, el aristócrata, atildado y pulcro, bien cepillados hacia atrás con la mejor brillantina inglesa los escasos cabellos que en su cabeza quedan, sale con Mercedes, generalmente en grupo, porque, la verdad, los dos solos no hacen muy buena pareja, sino que más bien parecen arrancados de una página de La Codorniz. Y entonces el hombre dedica toda la cortesía que le enseñó su noble cuna a esta mujer gorda, fea, desagradable y basta, porque hay gentes tan finas, tan bien educadas, que satisfacen esta necesidad de mostrarse corteses con cualquier cosa.

Esta sorprendente conquista y esta fiel devoción halagan la vanidad de la vendedora de Amaro López, que es hija del que fuera dignísimo y veterano jefe de la estación de Villafría y que acaso viera, de niña, cruzar velozmente ante ella el coche cama o el vagón restaurante de cualquiera de los grandes expresos europeos que conducía al aristócrata a París o que lo devolvía a España algo más pequeño y consumido por las noches parisienses.

Porque, al fin y al cabo, un conde no se encuentra todos los días, aunque sea un conde viejo, pequeñito y con una cara tan triste. Por otra parte, Mercedes sufre una experiencia resentida y amarga de los hombres, y esta rara amistad, ligada por los oscuros lazos de las sexos, la satisface mucho más de lo que ella confiesa, entre otras cosas porque le parece elegante no confesarlo.

—Me han hablado últimamente mucho de él... —anuncia Lulú.

—¿De quién? ¿De Cristóbal? —se sorprende Mercedes—. No creo que le interese a nadie, hija.

—Hay gente capaz de todo, ya sabes...

—¡Hombre!, si fuera rico. Pero el pobre anda demasiado tronado para que cualquier lagartona se moleste por él... Bueno, bueno; dime qué es lo que te han dicho, ¿quieres? —se interesa, al fin, Mercedes.

—No sé, no recuerdo exactamente; ya sabes que tengo muy mala memoria para los chismes —desprecia Lulú—. Pero como Cristóbal es soltero y, lleva un condado encima, por eso te lo digo.

—¡Bah!, tonterías...

—Seguramente.

Un breve silencio pasa su sombra hostil entre las dos mujeres y el solemne tic-tac del largo péndulo de este bonito reloj antiguo que precisamente regaló Cristóbal en el último santo de Mercedes se escucha un momento como un aleccionador mensaje del tiempo. Quizá por ello Lulú, tras observar la hora en la fina alhaja que abraza su delgada muñeca, anuncia con un falso gesto de sorpresa:

—¡Las cuatro y media! ¡Qué corto se me ha hecho el tiempo!

—Quédate un poco, mujer, y así nos vamos juntas.

—¡Oh!, me quedaría encantada —asegura Lulú, levantándose ya—. Pero me está esperando Maruja, ya sabes, la Cerro Gordo, para hacer unas compras antes de ir a ver pasar la colección y, realmente, no puedo.

—Bueno; no quiero insistirte...

—Lo he pasado estupendamente contigo, Mercedes. En cuanto tenga yo mi piso, tienes que venir un día, ¿eh?

Las dos mujeres salen del salón comedor y, tras cruzar un pequeño pasillo, llegan hasta la puerta del piso, donde se detienen un momento.

—Dime: ¿cómo ha tomado Amaro lo de Crosland? —pregunta inesperadamente Lulú, ya con la enguantada mano en el pestillo de la puerta—. ¿Está muy decaído?

—Pues mira... En realidad, no sé bien a qué te refieres vacila Mercedes.

—¡Vamos, vamos! —ríe Lulú—. No te hagas la misteriosa, que todo se sabe, y yo soy casi del oficio.

—¿Te refieres a esa casa norteamericana que...?

—Naturalmente —corta Lulú—. ¿Quieres que te lo cuente?

—¡Hombre, no es que yo no esté enterada! —se pica la vendedora—. Pero...

—El pobre Amaro tuvo mala suerte, porque le tocó el cuadro del cardenal Francisco de Borja, ¿no?

—Sí... creo que sí...

—A veces estos norteamericanos tienen ideas geniales, hay que reconocerlo —sentencia Lulú, muy interesada—. Porque, vamos, a ninguna casa europea se le ocurriría esto: venir aquí y encargarse a las cuatro mejores firmas de la alta costura española cuatro modelos inspirados en otros tantos cuadros estupendos del Museo del Prado, en una especie de examen de su capacidad creadora.

—Es una idea un poco rara, creo yo.

—Me han dicho que la Crosland va a dar, para presentar los modelos, una fiesta fabulosa en sus almacenes de la Quinta Avenida, donde va a inaugurar la copia de una plaza española; por lo visto, va a lanzar a Garnel en Norteamérica como un acontecimiento sensacional —confía Lulú—. Claro que hay que reconocer que Garnel tuvo suerte, porque le tocó inspirarse en la Santa Casilda, de Zurbarán, que, como sabes, es una maravilla de ropajes.

—No me hables de Garnel, ¿quieres? —desprecia Mercedes.

Pues por lo visto les ha hecho también a los norteamericanos un traje de novia con cuarenta metros de crinolina en tres días —sigue Lulú—. Es muy listo y muy trabajador.

—Hay opiniones, ¿sabes? —se pica Mercedes.

—Siento el fracaso de Amaro; de veras que lo siento —asegura Lulú—. Porque es tan bueno que no se lo merece. Si todavía le hubiera tocado el retrato de la infanta Margarita, de Velázquez, o el de la marquesa de Villafranca, de Goya... Pero un cardenal... Te digo que cuando se tuercen las cosas...

—Veremos a ver qué opinan hoy, cuando pase su colección desafía Mercedes. —Porque hay cosas preciosas.

—Seguro... Amaro tiene un gusto estupendo —concede Lulú—. Bueno, Mercedes; me voy; porque es tardísimo —advierde, tras otra mirada a su fino reloj.

Las dos mujeres se besan, con esos necios besos de las despedidas femeninas, que no besan nada. Después, Lulú sale y Mercedes permanece en el umbral de la puerta hasta que la otra se pierde haciendo un elegante gesto de adiós por la escalera.

La obesa vendedora cierra entonces la puerta en un rabioso impulso que conmueve sus carnes blandas y grasientas. Y, dando una brusca vuelta, se dirige impaciente hacia el teléfono, porque Cristóbal, su conde pequeño y

triste, debe de estar esperando su llamada y hoy va a ser necesario aclarar muchas cosas.

3. Chelo

Chelo pertenece también a la alta costura madrileña y olvidarla sería algo imperdonable. Pues aunque Chelo sea una mujer menudita, más bien gorda y vulgar, los modelos de Amaro López no serían lo que son de no pasarse ella hora tras hora trabajando en los talleres de la casa, que ocupan el piso contiguo al dedicado a los salones del famoso modisto.

Chelo lleva ya mucho tiempo dándole aquí a la aguja, tanto que se atreve incluso a mirar cara a cara a todas las modelos, excepto a Sole, que la gana en antigüedad. Pues aunque no ha cumplido todavía los treinta, la oficiala entró en la casa de aprendiz hace ya más de quince años, cuando don Amaro vestía tan sólo a las artistas y entretenidas de Madrid y no se veía en sus salones a esta gente tan postinera que ahora va a contemplar sus colecciones.

La modista está, pues, incluida en esa casta tercera de la alta costura; en ese mundo sudoroso del taller, donde las mujeres trabajan mucho para ganarse un modestísimo jornal, sabiendo que al acabar sus labores no las esperará ningún estupendo coche frente a la puerta de la casa, ni tan siquiera una modesta moto, sino las apreturas del metro, los plantones del tranvía o, a principios de mes, las colas del autobús.

La ropa de los personajes de esta casta modisteril suele ser vulgar, usada y vieja, como si nada tuvieran que ver con las elegancias del salón.

Y tampoco huelen a perfumes franceses como las modelos, ni tan siquiera usan esas pastas desodorantes que Kiki, Sole, Lina, Marta, Pituca y Tona se untan varias veces al día en los sobacos para transformar el sudor.

Por el contrario, en el taller y sobre el animado alboroto de estas mujeres flota siempre un cierto tufo acre que resulta bastante desagradable y que trastorna por completo las delicadas narices del modisto, que siempre ordena ventilar un poco las habitaciones. Pero quizá estas gentes vayan más seguras por los caminos de la vida, y aunque sus rutas sean difíciles, duras y siempre incómodas, resultan mucho más verdaderas que esos brillantes espejismos de las modelos, que ahora las desprecian desde la altura de sus elegancias o desde las ventanillas de los «haigas» de sus poderosos hombres.

Chelo lleva ya, pues, varios años en la casa, donde pasó muchos hilos sentadita en su silla antes de convertirse en una aprendiz adelantada, que ya sabía hacer bajos y algún galoncito que otro. Pero ahora, después que el modisto prueba, pasa señales y encara la labor, no hay nadie como ella que sepa armar la prenda y distribuir este trabajo, que en los talleres de las grandes casas de modas está organizado como en las fábricas de la más poderosa industria. Faldas, mangas, chaquetas, guarnecidos, adornos, fantasías y otras muchas labores se realizan siempre por especialistas, en una división del trabajo tan monótona que semeja a la labor de los obreros que durante toda su vida colocan la misma pieza en la máquina que pasa un momento ante ellos y que no verán salir de la fábrica armoniosamente concluida.

Chelo baja la escalera que conduce al amplio portal de la casa aun con más prisa que otros días, pues sale retrasada por los consabidos apuros de última hora de la colección que va a pasarse esta tarde en los salones de Amaro López. Y, ya una vez en la acera, duda un momento, mientras se arropa el cuerpo menudito y lleno, si dirigirse hacia la estación del metro o acercarse a la próxima parada del autobús, que sería lo más cómodo, pues son ya las tres de la tarde y no hay apenas gente esperando. Pero estamos a 28, aún no ha cobrado el mes y no andan las cosas como para permitirse estos lujos, desagradables circunstancias que la empujan hacia una estación del metro de la calle de Alcalá, donde Chelo hunde la mancha marrón de su abrigo, una prenda mal cortada y sin importancia que usa hace ya cuatro inviernos, porque se la hizo al año siguiente de casarse, por más señas.

Todos tenemos derecho a soñar un poquito alguna vez en la vida, si señor, y Chelo se casó de blanco y tuvo una buena boda, celebrada a los sonos de la orquesta Remolino con un *lunch*, según anunciaban las invitaciones impresas en una hermosa letra inglesa, en el Restaurante Carrasquilla, por Cuatro Caminos, donde con tan fausto motivo se reunieron casi cien invitados y donde el propio don Amaro hizo un momento acto de presencia, bailando un ceremonioso vals con la novia, pues para eso era, quizá, su más eficaz oficiala. Una no suele casarse nada más que una vez en la vida y la boda se llevó no sólo los ahorros de Chelo, sino, naturalmente, los de su novio y también, por si fuera poco, los de la Paquita, esta hermana mayor de la oficiala que hizo siempre de madre de la chica, pues la guerra dejó a las dos mujeres huérfanas y abandonadas a la difícil vida madrileña.

Mas por mucho que nos empeñemos en adornar este cochino vivir con tan naturales ilusiones, los días se encargan de acabar poco a poco con tales

entusiasmos y ya hace varios años que todo aquello se le aparece a Chelo como un disparatado y hermoso sueño, que no tiene ya relación alguna con sus preocupaciones y apuros actuales.

Porque dos niños, una larga y al parecer incurable enfermedad de su hermana y esta implacable carestía de la vida, han liquidado todas sus esperanzas de llevar una existencia menos ingrata y un poco más bella.

Su marido es un buen chico, claro está, y hace lo que puede, que es llevar las cuentas de una imprenta en la calle de la Luna y atender también, en horas extraordinarias, a la contabilidad de una ferretería que abre su escaparate en Modesto Lafuente, con lo cual el hombre anda siempre cruzando Madrid con prisas. Todo para no llegar, ni mucho menos, a reunir las mil pesetas que se llevan vertiginosamente los primeros días del mes. Después, para los que quedan, vienen las otras mil de Chelo, y, antes, cuando las cosas no se habían puesto tan feas, todavía entraban las que ganaba la Paquita como enfermera en uno de los mejores sanatorios de la capital.

Pero ahora la situación ha dado una vuelta tan desgraciada que en lugar de ser ella la enfermera es la enferma y, naturalmente, ya no trae dinero a casa, sino que lo saca y de qué manera, pues la pobre lleva ya tres operaciones por esa zona confusa de la matriz y Chelo está segura de que nadie sabe bien lo que tiene, pero que se trata de algo tan grave que va a acabar indudablemente con ella.

La oficiala, en cambio, sabe muy bien, demasiado bien, lo que han sido estos últimos años. Los apuros, las angustias y ese maquinarse constante para encontrar las pesetas urgentes, necesarias, a costa de todo, de la humillación del préstamo, de la vergüenza de la trampa, mientras todos los precios subían y subían hacia una meta jamás alcanzada. Sus sentimientos, ese cariño tan grande que ella le tiene a su hermana, ese amor que aún le queda hacia su marido y todo lo que quiere a sus hijos, han tenido que huir, que esconderse en un rinconcito de su castigado corazón. Porque todas las actividades de su ser, todos los pensamientos de su preocupada cabeza, han debido ser dirigidos hacia la lucha cotidiana y constante por la vida; por la vida de los suyos y de ella misma, que también se siente ya, a pesar de su olvidada juventud, gastada y vencida. En un clima así, tan oscuro, los sentimientos se endurecen también y el amor y hasta el cariño se transforman y no tienen nada que ver con esas cosas tan bonitas que aparecen en la mayoría de las novelas y en casi todas las películas. El amor, todo el amor que un afanoso y fracasado corazón pueda sentir, se hace trabajo, labor constante, acción que devora todas las horas y no deja un minuto libre para una ilusión mimosa y soñadora.

Por eso Chelo vive, desde hace ya demasiados meses, precipitándose de una obligación a otra, de un deber a otro deber, aun cuando el aceptar resignada y valientemente todos estos deberes y obligaciones signifique el mejor amor y el más auténtico de los cariños.

Chelo baja con prisa la calle de Toledo, que un viento frío barre ásperamente. La tarde se está poniendo hosca, desagradable, y, hacia el fondo de la calle, filas densas nubes bajas que empuja el cierzo del Guadarrama se aprietan en una masa cenicienta que quizá anuncie una próxima nevada. Rápidamente, Chelo abandona, la acera y se hunde en un modesto portal, que abre su boca oscura y mal oliente junto a una bodega, precipitándose hacia el fondo de un pasillo tristemente iluminado por dos débiles bombillas.

Allí, tras esta puerta que ahora abre, se encuentra su casa, su hogar, todo lo que es suyo para lo bueno y para lo malo de su aperreada vida.

Es un pequeño interior que amontona unos pesados muebles en sus estrechas habitaciones. Ante todo, se encuentra ese triste perchero español que combina maderas oscuras, terciopelos rojos y hierros con nobiliarias pretensiones; ese lúgubre perchero que clama casi siempre estrecheces y penas y que, además de soportar sombreros engrasados y abrigos vueltos, mantiene el pobre orgullo de toda una clase social olvidada y vencida. Más allá del perchero, en el interior del cuarto y bajo una luz eléctrica que escatima sus bujías, aparece un comedor agobiado por una desgraciada mesa y, al fondo, se abren las puertas de dos alcobas: la del matrimonio, que también ampara el sueño de los hijos, y la de Paquita, la hermana, que exhala un fuerte olor a enfermedad por su puerta entreabierta.

Chelo tuerce el gesto al cruzar el comedor y ver, sobre la mesa, los restos de esta maldita comida que también los pobres tienen que echarle todos los días al estómago. Y entrando en la alcoba de su hermana, pregunta mientras traspasa el umbral de su puerta:

—¿Qué tal? ¿Cómo te encuentras hoy?

Paquita vuelve un poco la cabeza al escucharla y deja caer sobre Chelo una de esas miradas demasiado hondas, harto lúcidas, que son el estremecedor privilegio de algunos enfermos graves.

Porque Paquita sabe no sólo que ella se va a morir, sino que debe morir pronto, lo antes posible, para salvar lo que todavía pueda salvarse de esta desesperada situación familiar. Pero no se muere, no, y, en lugar de quitarse ya de en medio; produce sin cesar nuevas complicaciones, nuevos dolores, nuevos gastos. Por eso, con un gesto desesperado, que Chelo no alcanza, responde sordamente:

—Igual... Y tú, ¿no has comido todavía?

—No. No me han dejado salir hasta ahora. Ya sabes: las cosas de la colección.

—Abusan de ti; Chelo... Te lo digo: abusan...

—Es difícil evitar estos apuros, no creas...

—Le he dicho a la Petra que te guarde en el horno el arroz hasta que vinieras, de manera que llámala, porque estarás deshecha.

Traigo un poco de hambre. Con este frío que se ha echado encima otra vez...

Se escucha, tras la cerrada puerta de la otra alcoba, la agria voz de un hombre que riñe a unos niños que lloran y alborotan. Chelo cruza el pequeño pasillo y la abre con irritación.

—¿Qué pasa aquí? Vamos a ver...

La alcoba está muy oscura y, desde el fondo de esta sombra húmeda y fermentada que apesta a pis, llega la voz del hombre:

—Nada, hija nada... Que trataba de descansar un poco antes de irme a la imprenta. Pero estos demonios...

Chelo entra en la alcoba y enciende la luz, pues la que aún le queda a esta tarde cenicienta y nevosa no llega apenas al fondo del estrecho patio, al que se abre la ventana de la habitación. Y aparecen la pretenciosa cama matrimonial y una modesta cuna despintada en la que duerme el niño pequeño, pues el otro chico pasa sus noches en el lecho de sus padres.

El marido se incorpora sobre las sábanas grises, mal lavadas, de la gran cama, dejando sobre ellas esa honda huella de los cuerpos cansados.

Es un hombre opaco, que quizá fuera hace años un mozo alegre que encantara a las chicas de su barrio. Mas ahora está sin afeitar y las monótonas cuentas de la imprenta y de la ferretería han dejado ya la seca huella del paso de sus números sobre su rostro mal alimentado y sin juventud.

—No hay quien pueda con ellos, no hay quien pueda gime lastimero, alzándose desesperado del lecho.

Porque el chico mayor, que aparenta unos cuatro años, se ha metido en la cuna del pequeño, que debe andar por los dos, y, abusando de su mayor edad, apisona sin contemplaciones al niño, que grita desaforadamente, enrojando su rostro rabioso e impotente.

Chelo interviene y su enérgica mano, cayendo sobre la cara del mayor, domina de momento la situación.

—No le pegues, mujer, no le pegues... —suspira el padre—. Porque el otro día leí en una revista que, según los psiquiatras, estas cosas traen después

muchos complejos.

—No voy a dejar que lo ahogue...

—Ven aquí tú, mi vida; pobrecito nene —regala Chelo, cogiendo en brazos al pequeño y besándolo con mimo.

—Tráelos aquí, si quieres, mientras comes —dice la enferma desde la otra alcoba—. Que ya es hora de que te ocupes un poco de ti, Chelo.

La madre entra con el niño en los brazos en el cuarto de su hermana.

—¿No te molestará mucho?

—No, no; de veras. Ya te contaré otra vez el cuento de Caperucita roja, Santi; ya verás —anima débilmente la enferma al niño.

Chelo deja al pequeño sobre la cama de su hermana, que lo acaricia un momento, con una mano que viene de muy lejos, quizá desde la misma muerte, mientras el chico mayor, el de los cuatro años, entra cautelosamente en la alcoba, porque ha oído lo de Caperucita y a él también le gustan los cuentos.

En tanto, Chelo ha abierto la ventana y se asoma al patio, gritando:

—Señora Petra, señora Petra...

Haga el favor, que ya he llegado.

—Voy, hija, voy... —contesta por los bajos del oscuro tubo la voz de la portera.

Chelo vuelve a cerrar la ventana, cruzando la alcoba hacia la puerta.

Realmente, la Paquita, su hermana, tiene muy mala cara y no va a soportar la nueva intervención que aconseja el doctor. Chelo, al contemplarla, se estremece, porque la quiere, la quiere, y en este momento comprende que todo lo que ha hecho por defender la vida de este pobre ser enfermo que es su hermana ha sido inútil y que Paquita se le muere. No hay más que ver aquellos ojos hundidos y febriles, aquel rostro demacrado y marfileño, esta carne húmeda y emblandecida de su pobre hermana, para darse cuenta de que ya no es ella misma, de que su expresión propia ha sido sustituida por una máscara dramática y anónima, porque está medio devorada por la muerte.

Chelo ahoga un sollozo mientras sale de la habitación. Sólo ella sabe lo que Paquita se lleva de esta vida.

Los trabajos y los días de esta mujer abnegada que fue para ella más que una madre. Los dolores de las dos, el terrible vértigo de estos últimos meses, entre distraídos médicos, crueles quirófanos, dolorosas curas e indiferentes practicantes, y ese gasto implacable, que devora todos los recursos, todos los sacrificios, en una lucha impotente que tampoco consigue aliviar el calvario de esta enferma que ni vive ni muere entre sus terribles angustias y dolores.

Después, cuando la Petra, la portera, le trae su arroz, ya un poco pasado, pero aún calentito, con ese amor del pobre, con esa caridad de los que conocen la miseria y el sufrimiento, Chelo, sentada ante la mesa del comedor, que muestra todavía los restos de un escaso almuerzo, come lentamente, mientras su mano, un poco temblorosa, se sirve un vaso del tinto que aún les fían en la taberna.

A veces, la modista no puede más.

Todos, absolutamente todos los recursos de la familia están ya agotados y tanto ella como su marido han hecho cuanto podían hacer para salvar la situación. Pero la Paquita se muere, se está muriendo, no hay más que verla, y Chelo siente como si la vida acabara de estafarla, de robarla algo muy hermoso que ya no volverá nunca a ella y que quizá sean todas sus ilusiones de mujer. Su hermana, enferma; sus hijos, pálidos, mal atendidos; su marido, cansado y silencioso, y ella, ella misma, acabada, vencida, sin saber ya por dónde tirar; eso es lo que le queda.

Una oleada de rencor le nace dentro, le sube por el pecho, le nubla casi su vista, fatigada por la costura. ¡Y pensar que otras sacan tan fácilmente el dinero! Una buena ropa encima, un elegante balanceo de caderas, un oportuno agacharse para enseñar bien el escote, una carita mimosa, y ya están picando los hombres como unos idiotas, soltando los cuartos mientras se les cae la baba. Estos mismos cuartos que ella tiene que sudar, que su marido tiene que sudar, que todas las personas honradas tienen que sudar y sudar. Porque, al fin y al cabo, ella no está mal, y si se le echara un poquito, sólo un poquito de dinero encima, todavía sería una mujer buscada por las miradas de los hombres, cosa que, la verdad, siempre gusta. Aun así, sin ropa, sin peluquería, sin masajes, sin perfumes, sin humor para nada, se le ha insinuado más de uno, porque siempre hay un roto para un descosido y, especialmente, don Felicísimo, el tendero de la esquina, anda loco por sus carnes prietas, porque, a Dios gracias, fuera de la alta costura, también gustan las mujeres llenitas. Y si ella quisiera...

El marido aparece en el comedor y se sienta frente a Chelo ante la mesa, mientras la modista come un plátano. Más que sentarse, la verdad, el hombre se deja caer cansino sobre la silla, con un gesto vencido que saca a la mujer de quicio.

—Oye... Una cosa —dice, mientras lía un calmoso pitillo.

—Dime, dime —se impacienta Chelo—. Tengo que recoger esto y largarme otra vez enseguida.

—¿Has cobrado hoy? —sigue el marido, tras un corto silencio.

—¿Cómo quieres que cobre hoy? Es que no sabes que estamos aún a 28 —se excita la mujer.

—Ya, ya lo sé. Pero, a veces...

—Nunca pagan antes del día 1, Andrés; no vengas con tonterías.

—Está bien, mujer; está bien —se repliega Andrés, levantándose—. Lo decía porque ha venido el tío de la luz y van a cortarla mañana si no se les paga. Ya sabes que en la imprenta me han adelantado dos meses y que en la ferretería...

—Ya lo sé, Andrés; ya lo sé todo, todo, absolutamente todo —grita de pronto Chelo, rompiendo a llorar y cayendo de bruces sobre la mesa, conmovida por los sollozos.

Andrés contempla un momento a su mujer, con una luz mortecina en los ojos. Después, con un triste gesto, sale lentamente del comedor, marcha por el pasillo, descuelga del perchero su gabardina sucia, su sombrero gris, que tiene la cinta engrasada por el sudor de su frente, y abandona el piso, porque la imprenta y la ferretería le esperan y más vale entregarse a los números que al ambiente de esta casa.

Chelo llora sordamente un instante, hasta que, desde el fondo de su alcoba, llega la débil voz de la enferma, que deja un momento su Caperucita roja para preguntar, inquieta:

—¿Ocurre algo, Chelo?

—Nada, Paquita, nada; ¿qué va a ocurrir? —contesta la hermana, recuperándose con un esfuerzo.

Después se alza de su silla, secándose rápidamente las lágrimas. Y el espejo del aparador, de aquel aparador que compraron Andrés y ella tan ilusionados días antes de la boda, le devuelve su imagen, esta cara llenita, descuidada y aún joven, enrojecida por el llanto.

Chelo se contempla un momento en el estrecho espejo y le parece que, detrás de ella, acaba de encontrar el fondo injusto, enigmático y solitario de la vida. Este descubrimiento la produce un vértigo sobresaltado que, al fin, domina con un gesto animoso.

Resistirá, Resistirá como ha resistido su hermana, como resistieron sus padres, como resiste su marido, como resistirán probablemente, sus hijos, como resisten todas las gentes pobres más o menos honradas. Frente a todo ese mundo rico y caprichoso del dinero fácil, del dinero que se gana en los bares, en las casas de citas y en algunas turbias oficinas. Chelo resistirá, porque tras ella, sosteniéndola firmemente, hay un sólido bloque de creencias religiosas de valores morales; de tradiciones familiares, de resignación y de

humildad. Apoyada, clavada, crucificada si es preciso a esta firme barrera, la modista resistirá. Cuidará a su hermana hasta el fin, atenderá a su marido y educará lo mejor que pueda a sus hijos, entre dolores, disgustos, deudas y toda clase de humillaciones, con la esperanza de una vida mejor, menos ingrata, hasta que un día caiga también ella en esta guerra del pobre, silenciosa y gris, pero más heroica que ninguna.

4. La cita de Tona

Cae ya la tarde y comienzan a encenderse las luces de Madrid. Hace más frío y el viento norte arrastra ahora unas gotas heladas que inquietan la ciudad. La gente se mueve con prisa por el aspa urbana que forman al cruzarse las calles de Goya, Torrijos, Narváez y Alcalá. Atascado por tranvías, autobuses y toda clase de coches impacientes, el cruce semeja un febril hormiguero, cuya circulación no consigue encauzar un guardia exasperado, que se desahoga dando el paso a los vehículos con un estridente pitido. Salen ya rápidos los coches y la gente que forma en la parada del autobús, encogida por el frío, los mira con ojos rencorosos, mientras al fondo de la calle de Alcalá, sobre el Retiro, unas nubes galopan arrastradas por el soplido del norte, entre las luces llameantes de un crepúsculo sangriento.

Tona surge de pronto tras el quiosco de los periódicos y llama impaciente a un taxi que baja en este momento por Alcalá, hacia Cibeles.

—Taxi, taxi... —grita la joven, metiéndose entre los coches para llamar la atención del chofer, que, al pronto, no la ve—. Taxi, taxi —repite precipitada y nerviosa.

El chofer repara a tiempo en ella, se oye el desagradable chirrido de unos frenos deficientes y el taxi se arrima a la acera, mientras un gran coche que va detrás suena su lujosa trompa con ira. Tona, corriendo ágilmente tras el taxi entre los coches, lo alcanza y ocupa, dejándose caer sobre su desvencijado asiento con un suspiro de alivio.

—Lléveme a la calle de Almagro —indica al chofer—. De prisa... Ya le diré dónde tiene que parar.

La modelo se ha cambiado de traje y de sombrero en su pensión y está francamente mona. Va muy compuesta y no le falta detalle, pues se ha echado encima sus mejores cosas. Su pelo tiene calientes reflejos de cobre al cruzar ante las luces de la calle y la piel blanca y lechosa de su largo escote forma una pálida daga entre las oscuras solapas de su traje en la sombra del coche.

Sentada al borde del asiento, Tona padece una incontenible impaciencia, pues son casi las seis y teme que Paco Almuñécar se haya cansado ya de

esperarla. Pero esto de arreglarse bien resulta cada vez más complicado y la modelo ha puesto esta tarde una especial atención en lucir todos sus encantos.

Quizá por este motivo, la joven abre en este momento su rico y elegante bolso, se contempla en su espejo, saca una bonita polvera y se pasa nerviosamente la borla por su graciosa nariz; después de guardarla, coge con su cuidada mano una fina pitillera, de la que toma un cigarrillo que coloca entre sus labios carnosos, muy bien pintados. Va ya a cerrarla, cuando su mirada se posa un instante sobre la dedicatoria grabada en el interior de la tapa: A Tona, con el cariño de Ramón.

Por los ojos de la modelo pasa una honda sombra y su mirada se aleja ya, prendida a su pensamiento. Hasta que cierra con un golpe seco la tapa de la pitillera, que relampaguea su oro a la luz de un farol, guardándola en el bolso y encendiendo con un gesto decidido el cigarrillo.

—Vaya más de prisa, por favor —insiste, inclinándose hacia el chofer mientras expulsa rápidamente el humo de la ansiosa chupada que le ha dado al pitillo:

—No anda más el cacharro, señorita —asegura el chofer encogiéndose de hombros y sin perder la tranquilidad, pues el hombre es un viejo gordo y calmoso que tiene ya muchas horas de rueda—. Pero no se apure... ya la esperará... el que sea —añade socarrón.

El taxi ha abandonado la zona iluminada del centro de la ciudad y marcha ahora por la calle de Almagro, sombría, silenciosa, residencial, hasta que, obedeciendo una indicación de Tona, se detiene ante una esquina, junto a un árbol desnudo, conmovido por las ráfagas del frío viento. La noche, una noche hosca y mordiente del febrero madrileño, domina ya el barrio.

Tona paga el taxi, se arropa, friolera, el cuello con las pieles de su abrigo y dobla la esquina, descendiendo una calle más estrecha, hacia las luces próximas, ante las que hay estacionados algunos coches. La joven anda rápidamente y, en el silencio de la calle, sus pasos suenan secos, precipitados.

Se acerca a las luces que, ya más cercanas, muestran un rótulo luminoso:

Residencia Fortuny; y, antes de llegar al portal, sus pasos se hacen más lentos, vacilantes, hasta que se detienen un instante junto a un gran coche que reposa pesadamente abandonado al borde de la acera. En este instante, los poderosos faros de otro auto que sube en dirección contraria, iluminan con una ráfaga fugaz la calle. Y un rostro que observa ansioso a la mujer desde el fondo de un taxi estacionado en la acera de enfrente se esconde con rapidez.

Tona se oculta tras el gran coche que está a su lado, mientras pasa el que remonta la calle y vuelve a quedar todo quieto y silencioso. Entonces, ya

decidida, abandona su inmovilidad y entra rápidamente en el portal de la residencia, tras echar una ojeada a una de las ventanas del piso bajo, a su derecha, que está iluminada.

Sube la modelo unos pocos escalones, empuja una puerta de cristales y entra en el vestíbulo de la residencia, una pequeña recepción prolongada por un largo pasillo, en cuya mitad se encuentra el ascensor y nace la escalera. Junto a la puerta de cristales que Tona empuja en este momento se halla el breve mostrador de la recepción y, tras él, la centralilla telefónica, atendida por una inquieta joven. Al fondo del pasillo se abren las puertas de los departamentos del piso bajo, en unos pequeños y graciosos entrantes que forman los tabiques.

La telefonista, vuelta de espaldas a Tona, opera en su centralilla atendiendo las indicaciones de un par de extranjeras, raras, extravagantes y sin edad, que, apoyadas sobre el mostrador, se encuentran también de espaldas al paso por donde cruza la modelo.

—Usted llamar otra vez, please —insiste una de ellas—. Nosotras querer buen baile gitano, tocando castañolas, ¿sabe? Nosotras pagar dólares... —anuncia, abriendo los ojos con entusiasmo al soltar esta palabra mágica.

Tona acaba de escurrirse felinamente hacia el fondo del pasillo, pasando ante la recepción sin que ninguna de las tres mujeres repare en ella. Y, una vez allí, se detiene ante una puerta, se pega materialmente a ella, escondiéndose en el entrante del tabique, y aprieta el botón del timbre que suena dentro una sorda carraca.

Siempre, oculta en el umbral de la puerta, que lleva el núm. 3, la joven espera un instante, muy impaciente, atenta a los ruidos que puedan producirse en el interior del departamento.

Hasta que aprieta de nuevo el timbre, en una larga llamada, que tampoco obtiene respuesta.

La modelo está francamente nerviosa. Oye cerrarse una puerta en el piso más alto y se le antoja que alguien baja por la escalera; pulsa de nuevo el timbre y se aprieta contra la puerta. Entonces, la hoja de madera clara cede suavemente y la joven, tras un gesto de sorpresa, la empuja con decisión y entra en el departamento, cerrando después la puerta con rapidez.

Tona se encuentra en un pequeño vestíbulo que se abre a una estancia rectangular iluminada con todas sus luces por una araña moderna. En el centro de este salón hay una pequeña mesa rodeada por un tresillo, que coloca sus dos sillones a los lados y el gran sofá frente a la joven. A la izquierda de Tona, una puerta entreabierta muestra el cuarto de baño, y, a su derecha, otra

puerta comunica sin duda con la alcoba. Junto a las cortinas de esta puerta, entre su umbral y la amplia ventana del fondo de la estancia que da a la calle y que tiene a medio echar sus persianas, hay una mesita que soporta el teléfono. Tres sillas más, una pequeña librería sin libros y un escritorio vulgar completan el conjunto, que algunos grabados con flores y pájaros tratan de alegrar desde las paredes de la estancia, sin conseguirlo, pues el salón muestra ese gusto impersonal y frío de los departamentos amueblados que se alquilan a huéspedes trashumantes, que duran poco, y que no se interesan por llevar algo de su personalidad a las habitaciones que ocupan.

Al ver que no hay nadie en la estancia, no obstante estar sus luces encendidas; Tona, tras un momento de vacilación, llama, sin levantar apenas la voz:

—Paco, Paco... ¿Dónde estás?

No recibe respuesta y, en vista de ello, la joven entra en la alcoba, diciendo:

—Anda, sal; no hagas tonterías, que tengo prisa...

Tona vuelve al salón enseguida, deteniéndose un momento, siempre en pie, ante la mesa del tresillo, donde deja su bolso, arrojando después rápidamente sus guantes sobre el sillón, a su derecha.

—No puedo entretenerme, Paco —asegura ya en voz más alta, impaciente—; sal de una vez, ¿quieres?

Malhumorada mira hacia el cuarto de baño, hacia la penumbra que mantiene dentro su puerta entreabierta. Y se dirige hacia allí, con un gesto irritado.

Primero cruza parte de la estancia, rodea después el otro sillón del tresillo y va a pasar ante el extremo del gran sofá. Pero un pasmo terrible, seguido por un grito que ahoga inmediatamente su temor, la sacude en una fuerte conmoción, deteniendo en seco sus pasos. Tras el sofá, casi oculto por su respaldo, asoma el brazo inmóvil de un hombre caído en el suelo.

Con un violento esfuerzo, dominando su espanto, Tona se dirige lentamente hacia él, llegando hasta el extremo del sofá, dándole la vuelta e inclinándose sobre el cuerpo del hombre sobre el cuerpo inmóvil de Paco. Y cuando la modelo se incorpora de nuevo, su rostro está contraído, descompuesto por el horror.

Vuelve Tona lentamente hacia el centro de la estancia, junto a la mesa del tresillo, de donde recoge maquinalmente su bolso. Y, por un momento, parece que va a dirigirse hacia el vestíbulo, huyendo de allí en un impulso irreprimible. Mas, antes de abandonar el salón, se contiene, recorriéndolo con

una mirada de receloso temor. Sobre el sillón, a su derecha, ve sus guantes, que ya olvidaba recoger. Se dirige precipitada hacia ellos y, cuando se inclina para cogerlos, suena de pronto el timbre del teléfono que hay sobre la mesita, junto a las pesadas cortinas laterales que encuadran la puerta que se abre a la alcoba.

La joven está tan descompuesta y nerviosa que el imprevisto timbre del teléfono le produce un nuevo sobresalto. Y el bolso se le cae al suelo, junto al sillón donde están todavía sus guantes, abriéndose con el golpe y vaciando casi todo su contenido. La polvera, el mechero, el lápiz de labios y el espejo están sobre la alfombra. La fina pitillera dedicada por Ramón se ha salido también del bolso; mas, chocando contra una de las patas del sillón, se ha quedado escondida debajo.

El timbre del teléfono suena insistente y Tona, cada momento más nerviosa, se agacha para recoger precipitadamente sus cosas del suelo. La polvera, el mechero, el lápiz de labios y el espejo van entrando otra vez en su bolso. Mas la insistencia del timbre, que continúa sonando, la mueve a mirar al aparato, oscuro, tenaz, amenazador, sobre la mesita próxima, en un brusco impulso de acudir a su incógnita llamada. Y, entonces, la joven se da cuenta de algo que hiela la sangre en sus venas. Sobre la mesita, a un lado del teléfono, un cenicero contiene dos pitillos a medio quemar, que humean todavía.

Tona clava sus ojos en los pitillos y permanece un momento pasmada por el terror. Por un terror nuevo, personal, egoísta. Después, tras una mirada de receloso espanto, se yergue al fin, moviéndose lentamente hacia atrás, sin dejar de vigilar las dos puertas laterales de la estancia, hasta llegar al vestíbulo. Allí, poseída por el miedo, apaga de un salto la luz del salón, abre la puerta del departamento, sale, la cierra con cuidado, manteniéndola sujeta por el pomo, se pega nuevamente a ella y trata de reponerse un poco del trance que acaba de pasar.

Adherida a la hoja de la puerta, nuevamente oculta en el pequeño entrante, Tona escucha angustiada los ruidos del pasillo, echando una mirada hacia la centralilla y la puerta de cristales que da acceso al portal de la residencia, mientras dentro del departamento suena aún, terco e insistente, el timbre del teléfono. La cabeza de la joven, su excitado pensamiento, trabaja febrilmente, con esa insana lucidez que produce siempre el peligro. ¿Estará Paco muerto o le quedará todavía alguna vida? Ella debe llamar, claro está, avisar ahora mismo a esta telefonista que se agita en su centralilla ajena a todo lo que acaba de suceder en el departamento.

Debe avisar, debe avisar, porque si Paco está aún vivo quizá... Pero va a tratar de huir, huir de todo esto que parece una angustiada pesadilla, algo que no puede ser verdad. ¿Cómo es posible que ocurran también estas cosas en la vida real, aquí mismo, en un piso de Madrid y no tan sólo en las películas o en las novelas? Ella tiene que casarse, ella tiene que vivir, porque ha sufrido mucho y también tiene derecho al bienestar, a la vida cómoda y segura que le ofrece la boda con Ramón. Por eso hay que huir, aunque huir dejando allí a Paco solo, abandonado sobre la alfombra de aquel salón que sabe tantas cosas, tantas cosas de ella y de él, sea una cobardía. Pero ella es cobarde, tiene también derecho a ser cobarde, a no complicar más su vida, a olvidarse de todo esto pronto, muy pronto. Además, Paco parecía muerto, pesadamente muerto, y aquellos dos pitillos estaban ardiendo aún. El otro, el asesino, debía estar allí, allí dentro, acaso escondido tras las cortinas de la puerta de la alcoba, por donde ella había pasado llamando a Paco. Él la habrá visto, habrá estado a su lado, mirándola con sus ojos de criminal, con sus ojos de hombre que acaba de matar a otro hombre, y quizá, de haber seguido un momento más en el salón, la hubiera atacado también...

Tona pega un momento su alhajada oreja a la madera de la hoja de la puerta, auscultando el interior del departamento. Dentro hay un silencio absoluto, un silencio angustiante y mortal, roto periódicamente por el timbre del teléfono, que aún suena.

Hasta Tona llegan los ruidos de la residencia; un mosaico confuso de voces, risas, pasos, teléfonos, puertas en movimiento, ruidos del agua que corre por las cañerías, golpes que se hacen misteriosos, algún crujido de los tubos calientes de la calefacción y el rumor del viento que murmura por las rendijas. Pero todo ello forma un poso lejano, un rumor fundido por la sordina de la distancia, dominado por las voces más próximas de la telefonista y por el timbre insistente que suena dentro del departamento núm. 3.

Tona se decide. La modelo se despegaba poco a poco de esta puerta que cruzó tan sólo hace unos minutos en busca de Paco, de ese hombre que ahora yace allí sobre la alfombra del salón. Avanza por el solitario pasillo, pasa rápidamente ante el arranque de la escalera y la cancela del ascensor, se aproxima a la recepción, en cuya centralilla sigue afanándose la telefonista. La empleada está sola y Tona se agacha para cruzar ante la recepción oculta tras su pequeño mostrador, mientras la telefonista maneja sus clavijas con secos chasquidos y dice:

—No, señor, no; el tres no responde. La cosa es que no he visto salir al señorito Paco esta tarde...

...

—Ya, ya, he insistido mucho, señor. Tal vez esté en el baño y... Llame dentro de un rato, por favor.

...

—Descuide... Si sale se lo diré. Adiós, señor.

Y tras un nuevo chasquido de las clavijas, grita:

—¡Aló!, ¡aló! Sí, sí, Madrid al habla. Un momento... Le pongo Londres, míster Hicks.

Tona acaba de pasar tras el mostrador y sale ya por la puerta de cristales. Baja rápidamente los escalones del portal y pisa la acera de la calle, que remonta con prisa, pasando ante el gran coche, parado en su sitio.

El taxi sigue también estacionado enfrente y, en su interior, se adivina el mismo rostro que continúa acechando en la sombra, mientras los pasos de Tona suenan precipitados, secos, calle arriba, hasta perderse entre los mil ruidos de la ciudad.

Tercera parte

La colección

1. Los salones de Amaro López

La tarde de este 28 de febrero madrileño sigue avanzando imperturbable y en los salones del modisto acaba de comenzar a pasarse su colección de modelos para la próxima primavera, como si no existiera el frío que, abajo, en la calle, hace cruzar rápida y encogida a la gente por la amplia acera.

Ante el portal de la casa hay ya varios coches estupendos y algunos transeúntes miran al pasar los iluminados balcones del modisto, tras los que se adivina una gran agitación interior, y el elegante rótulo de luz azulado que lanza a la calle las palabras: Amaro López. Alta costura.

Un poderoso Cadillac, pintado con un color demasiado claro, se detiene en este momento frente a la casa de modas. El chofer echa rápidamente el freno de mano, que suena a buen material, y desciende con precipitación para ayudar, respetuosamente descubierto, a una señora un tanto aparatosa, entrada en años y metida en carnes, que trata de bajar del coche con una imposible agilidad. La dama es bastante fea y como la riqueza suele estar en razón directa de la fealdad e indirecta de la hermosura, lleva encima demasiadas pieles y un exceso de rica pedrería, que adorna sus carnosas orejas y el robusto cuello que asoma bajo el abrigo de visón.

Detrás de esta opulenta mujer desciende también del coche un atildado señor, quizá algo más joven que ella y a quien la maciza corpulencia de su compañera hace parecer aún más seco y encanijado de lo que es.

La señora se dirige pesadamente hacia el portal de la casa de modas, seguida por su hombre a una respetuosa distancia, hasta que el tipo se detiene en la acera y llama al chofer.

—¡Ah!, Leandro; un momento.

—Dígame, señor —acude el chofer, tocándose la visera de su gorra con un gesto un tanto displicente.

—Si te aburres mucho puedes subir un poco. Con cualquier pretexto, ¿comprendes? —añade bajando la voz y tratando de dar a su rostro entontecido una maliciosa expresión—. ¡Porque hay cada mujer arriba! Y desde el vestíbulo las puedes atisbar bien, ¿sabes? No dirás que no soy un

amo moderno y comprensivo, ¿eh? —acaba el chisgarabís, con un gesto satisfecho y magnánimo.

—Gracias, señor —responde seco el chofer, un hombre de mediana edad, pulcro y reposado—. Esas mujeres son demasiado caras para mí...

—¡Oh! ¿Quién sabe? Un capricho es un capricho y tú estás aún bastante bien...

—¿Vamos, Aurelio? —requiere la señora desde el portal.

—Sí, sí, nena; ya voy —admite Aurelio, dedicándole al chofer un guiño que intenta ser picaresco. Y, después dando un saltito, se aproxima a la dama, le ofrece cortésmente el brazo y entran los dos en el amplio portal, el ascensor.

—Debías subir a pie, Rosario. Te hace falta un poco de ejercicio, mi vida —advierte el caballero—. Es sólo un piso, mujer.

—No querrás decir que ahora estoy gorda, ¿verdad? —se encrespa la señora, abriendo decidida la cancela y entrando en el ascensor, que se conmueve con su peso—. Me estoy quedando en la espina con tus tonterías —gruñe sordamente—. Lo que ocurre es que una está mejor hecha que estas escobas con faldas que andan por aquí. ¡Mira!, mira esa que sube la escalera —añade, mientras el ascensor los lleva lentamente al primer piso—. ¡Jesús!, no tiene más que huesos.

—Es que hay huesos y huesos, Rosario...

—No irás a decir que...

—¡Oh!, no. No digo nada... Yo no digo nunca nada, ¡Dios me libre! —aspaventea el hombre mientras salen los dos al rellano del piso.

La puerta de Amaro López está abierta y los uniformados botones atienden a los clientes que llegan.

Rosario entra solemnemente en el amplio vestíbulo y Aurelio, siempre galante, cede el paso, con una exquisita reverencia, a Tona, que alcanza a la pareja junto a la puerta y que entra precipitadamente, seguida por las miradas codiciosas del caballero.

Ha comenzado a pasarse ya la colección y el vestíbulo y los salones están muy animados. Uno de los botones, este famoso Vicente, el compañero de las salidas de Lina, recoge los abrigos de los caballeros —sólo de los caballeros, naturalmente, porque las señoras no se los quitan nunca, aunque se asfixien, que para eso llevan sus pieles encima—, y se los pasa a otro, que toma las prendas y entrega las fichas del guardarropa. Después, todos los que entran han de pasar ante Adela, una señora de edad, que viste de negro y peina elegantemente su bonito pelo blanco. Sentada ante una fina mesita, sobre la

que se amontonan invitaciones, programas, catálogos y unos carnets muy monos, para que los clientes anoten los modelos escogidos de la colección, Adela lleva, disimuladamente, el registro de los que acuden a la casa, para compararlo después con las invitaciones remitidas, porque aquí todo está muy bien organizado, que para algo el modisto tiene sangre catalana en las venas. La verdad es que Adela resulta también muy decorativa, con sus gafas, su pelo blanco y su traje negro, y que más de una cliente provinciana se queda pasmada ante ella, pensando que debe ser alguna inglesa muy distinguida, creencia que la propia Adela alimenta no hablando apenas o dando a su español un elegante acento extranjero.

Las vitrinas de la *boutique* de la casa y la curiosa ventana parisiense del joyero Zeller están siendo muy admiradas, y en la coqueta cabina telefónica un periodista norteamericano grita demasiado alto: Yes honey, I'll see you later.

Aunque los tres salones del fondo no están todavía llenos, pues son muy espaciosos, llega al vestíbulo un rumor de animadas conversaciones, que se interrumpen un momento ante la espectacular aparición de algunos modelos.

Porque las mannequins de la casa han iniciado ya esta curiosa y difícil circulación de la moda, esta elegante mascarada, que encierra muchas dificultades y una gran experiencia para lograr su perfecto lucimiento.

Las modelos salen primero de su cuarto, que se encuentra en los comienzos del pasillo y apenas está amparado por un biombo y por unas cortinas medio descorridas, para que no haya obstáculos al trajín que va a mover a estas mujeres durante un par de horas; llegan inmediatamente al vestíbulo, entran en el primer salón, desfilan en él mientras la vendedora correspondiente canta los números y los nombres de los modelos que visten, en español, inglés y francés; se dirigen hacia el gran salón central dando una graciosa vueltecita, entran en él, desfilan allí también, en tanto que su vendedora canta el modelo, pasan al tercer salón, desfilan otra vez, vuelve a ser cantado en los tres idiomas el modelo por su vendedora, salen al vestíbulo, dan una vuelta en su centro y marchan hacia el pasillo que conduce a su cuarto, donde entran a cambiarse rápidamente de traje.

Organizar bien este continuo movimiento, disponer de un conjunto armonioso de modelos adecuados a los vestidos que se exhiben, es empeño muy difícil y constituye el sueño dorado de todos los grandes modistos de la alta costura internacional. Porque cualquier desorden en la animada circulación que debe establecerse, cualquier torpe gesto de una de las modelos, puede romper esta atmósfera irreal en la que es preciso envolver al

cliente para que todo lo encuentre afortunado, elegante y bello y, como consecuencia de este hábil encantamiento, anote en su lindo carnet los vestidos que ha de encargarse y que después resultarán quizá muy distintos sobre la realidad cruel de su cuerpo.

Lo más difícil de todo esto es, quizá, la educación de las modelos, pues el buen orden de tan complicado movimiento es cuestión de experiencia personal y capacidad organizadora.

Mas desbasta a todas estas chicas, que en su mayor parte y salvo raras excepciones, son entretenidas ambiciosas, mecanógrafas sin rumbo, excamareras o excriadas; conseguir de estas mujeres, generalmente sin educación ni sensibilidad alguna para la belleza, ese tipo de movimientos rápidos, decididos, un poco displicentes y siempre elegantes que deben mostrar en los salones, no es empresa fácil, ni mucho menos. Y, sin embargo, un buen modisto los consigue. Porque un buen modisto es, sin duda alguna, un artista y como tal, un creador. En sus manos no sólo se combinan telas y colores, adornos y líneas geniales, sino que estas mujeres bastas y vulgares adquieren una armonía singular, una elegancia que comienza a introducirse poco a poco en su personalidad, hasta transformarlas por completo, hasta lograr una perfecta adaptación entre la ropa que visten y su propio cuerpo en movimiento. Entonces, cuando ya el bello vestido no se despegaba de la mujer que lo exhibe, está hecha la modelo, la máscara elegante de la moda.

La verdad es que Lina no está hecha todavía y aunque resulte una mujer estupenda, este precioso traje de noche de seda malva con cuerpo de encajes que luce ahora en los salones de la casa y que lleva el nombre de Dulcinea, no logra ocultar por completo su origen criadil. Pero quizá don Amaro, menudito, gestero y un tanto afeminado, siempre con sus cabellos grises alborotados sobre su rostro sagaz y sonriente, acabe por conseguir que la chica parezca una señora. Porque el modisto es un tipo obstinado y activo, que sabe tratar a sus modelos, además, claro está, de ser un verdadero creador de la moda; él no se limita, no, a marchar por caminos trillados, sino que, de vez en cuando, trata de rejuvenecer sus líneas con creaciones originales. Realmente esta dichosa Lina le está resultando tan dura de pelar como Trini, aquella corista tan hermosa del teatro Martín, que no logró meter en cintura. Pero habrá que insistir un poco más, porque hay que tener también en cuenta que el duque, uno de los amigos de la chica, es un buen cliente y no están los tiempos como para perder amistades.

Preocupado con Lina, don Amaro no ha visto entrar a Tona, que cruza rápidamente el vestíbulo, metiéndose por el pasillo que conduce al cuarto de

modelos, mientras las vendedoras de los salones cantan el número siete en tres idiomas y el nombre Dulcinea en un español muy ajeno al idioma cervantino que inmortalizó a la moza de El Toboso.

2. El cuarto de modelos

El cuarto de modelos es una habitación espaciosa, más bien alargada, con dos ventanas al patio cuidadosamente veladas por unos visillos muy graciosos, rara mezcla de clínica, peluquería, tocador de señoras y cuarto de faena. Pintada de blanco, con unos grandes armarios empotrados que cubren todo un paño de su pared, une a esta pulcra frialdad de sanatorio el desorden de sus tocadores y la alegría de sus estupendos espejos, sobre los que se reflejan continuamente las más variadas imágenes. Un par de mesas, algunas estanterías con cajas y sombreros y un oscuro teléfono colgado en la pared, que posee un número independiente de los de la casa, para desahogo verbal de las mujeres que allí pasan tantas horas encerradas todos los días, completan el cuarto de modelos de Amaro López, un lugar donde en este momento reina una incesante agitación.

Porque mientras unas modelos se visten y se calzan, otras se quitan apresuradamente de encima sus trajes, abrigos y sombreros, auxiliadas por dos chicas en bata blanca que sacan y recogen las prendas de los armarios, llevando y trayendo otros vestidos de un cuarto de desahogo que comunica con esta habitación por una ancha puerta interior, ahora constantemente abierta.

Las mujeres entran, salen, se mueven, son maquilladas por dos empleadas de una famosa casa parisiense, venidas expresamente para ello, según anuncian los programas de la colección que se está pasando, aunque, claro está, ¡vaya usted a saber!, y sufren los incesantes cambios que en su peinado introduce una peluquera, también francesa.

La bulla y el movimiento alcanzan momentos vertiginosos, pues entonces se reúnen en este cuarto de modelos diez mujeres; pero el desorden es, en cierto modo, un desorden organizado, tanta es ya la experiencia que estas gentes tienen de su trabajo.

—¡Vamos, Tona!; ya es hora —exclama una mujer seca, de mediana edad y aspecto duro y varonil, que envuelta también en una pulcra bata clara parece dirigir este escandaloso cotarro—. Ya puedes figurarte cómo está don Amaro, nena. Porque estas cosas no se hacen en un día como hoy.

—Creí que no llegaba. Se le ha pinchado una rueda al coche de Ramón y...

—¿Estás segura de que era el coche de Ramón? —pregunta con sorna Kiki—. ¿Estás segura, Tona? —insiste, haciendo una mueca burlona, mientras sale a lucir un abrigo de sarga grisácea que alarga aún más su esbelta y estilizada figura.

—Déjala en paz, ¿quiere? —interviene Sole, que acaba de vestirse un elegante traje color verde serpiente muy ceñido y a quien colocan en este mismo momento un pequeño casquete sobre sus negros cabellos.

—¡Vaya, vaya! —ríe Kiki, asomando un momento su gracioso rostro entre las cortinas de la puerta—. Cuando yo digo...

—¿Cuando tú dise qué...? —se encrespa Sole, volviéndose, con un relámpago de ira en sus grandes ojos verdes, hacia la otra, que desaparece riendo por el pasillo.

—No le hagas caso, Sole; ya sabes cómo es —corta, seca, la jefa.

—Es que una no tié por qué aguanta sierta cosa, mujé —advierde Sole—. Sobre to cuando pudiera una echa tanta basura por la lengua si quisiera rajá to lo que sabe...

—Anda, sal ya; que te toca —indica la jefa, impaciente.

Y Sole, después de echarse una última mirada en el espejo, abandona el cuarto de modelos, con un garboso empaque de ofendida reina gitana.

Mientras, Tona está ya vistiéndose un precioso traje para *cok-tail* de satén estampado en amarillo, verde y blanco, que le sienta a las mil maravillas. Marta, ataviada con un traje de noche con pañoleta y estola bordadas, que tiene hermosas herencias castellanas, se le acerca, aprovechando un momento en que se encuentran separadas de sus compañeras, pendientes ahora de lo que dice Lina, que acaba de entrar en el cuarto vistiendo todavía el rico modelo Dulcinea.

—Chicas, ¡qué éxito! —exclama Lina, que está preciosa, valorada su rubia belleza por la delicadeza de los malvas de su traje—. Tengo ya loco a mi duque...

—Ocúpate hoy de los éxitos de la casa —corta la jefa.

—Pero si creo que va a comprar el modelo —protesta Lina—. Son dieciséis mil, ¿no? Ya puede don Amaro hacerme un regalito. Porque, además, si se anima el mulato; ese que parece un mono desollado y que tiene más dólares que...

—¿Qué te ha ocurrido, Tona? —pregunta Marta a su compañera, mientras una sigue dándose coba—. ¿Se arreglaron las cosas?

—No, Marta; no se arregló nada.

—¿Insiste en sus amenazas? —sigue Marta, que asoma bajo su pañoleta aldeana un rostro asombrosamente hermoso, muy favorecido por la prenda.

—Pues... si... Insiste —admite Tona, evasiva.

—Es un chulo asqueroso —se indigna Marta, sin conmovérsele, no obstante, su marmórea serenidad—. Siempre te lo dije, Tona.

—Se dicen tantas cosas...

—Pero a ese cuentista se le ve enseguida el plumero. No me explico, chica, cómo pudiste...

—Ya ves —admite de nuevo Tona, con un gesto fatalista, cansado y triste.

—Entonces... ¿no has logrado convencerle? —insiste Marta—. ¿Será capaz de estropearlo todo con esa faena?

—No lo sé. Ya no sé nada —solloza bruscamente la joven, ocultando su rostro con un rápido gesto...

—No, ¡por Dios!, no llores —corta enérgicamente Marta, apretándole con fuerza un brazo a su compañera—. Ya sabes que aquí no podemos llorar.

—Si tú supieras...

—¿Se ha enterado Ramón?

—¿Ramón? —se pasma Tona.

—¿Es que ya ni siquiera te acuerdas de Ramón? —se sorprende a su vez Marta.

—No pensaba ahora en eso.

—Me asustas, Tona. No harás alguna tontería con ese pinta, ¿eh?

—No le insultes más, por favor...

—Me parece que te ha sorbido el seso otra vez...

—No; te aseguro que no...

—Bueno. Bueno, ya me contarás —corta Marta—. Voy al salón. Cuando vuelva hablaremos. Y procura que no se te note el sofoco, porque el jefe no está para bromas.

Marta, tras una larga mirada al espejo, ante el que se da los últimos toques, sale tranquilamente del cuarto de modelos. Kiki entra en este momento, agitada, avasalladora y traviesa, como siempre, reclamando la atención general.

—Me han aplaudido, guapas. Ya podéis reventar de envidia —dice.

—¿Quiénes? —pregunta Lina, que acaba ya de quitarse el traje de noche malva.

—Quiénes van a ser... Pues todos, toditos, todos.

—No le hagai ustede caso —advierde Sole, entrando a su vez en el cuarto con un gesto displicente—. Ha sío el estraperlista ese, que en cuantito la ve se

le cae la baba de gusto. E lo único qué ésta va a dejarle ar probesito: baba, ná má quebaba...

El cuarto de modelos se agita de nuevo escandalosamente. Risas, gritos, órdenes, un continuo trajín. La peluquera trabaja, las empleadas de la casa parisiense no descansan, retocando sin cesar los maquillajes, la jefa vigila y las dos chicas en bata blanca sacan y recogen los trajes, ayudando a las modelos. Estas se muestran excitadas, revueltas por el amor propio y por la envidia, aumentando su desgarro, su procacidad y su caradura. Y, la verdad, aquí, en el cuarto de modelos, casi todas asoman bien la oreja de lo que son, y la ropa que se echan encima, elegantísima, no corresponde ya ni a sus gestos ni a sus palabras.

—¿Ya estás? —pregunta la jefa a Tona, que resulta muy bien con su traje florido de satén y un sombrero claro muy mono—. Ven aquí, que te vea yo un momento. Mira que es un modelo que le gusta mucho a don Amaro.

—«Creando, niñas, estoy creando...» —remeda Kiki, con gestos afeminados.

—Como te vea er patrón se te va a cae er poco pelo que te quea... —advierte Sole, mientras la jefa da los últimos toques a Tona.

—Anda, guapa; vete ya y procura lucir el traje sin pensar tanto en tus líos —dice la jefa.

Tona se recupera un poco, con un violento esfuerzo, y sale del cuarto cambiada la expresión de su rostro por una sonrisa profesional.

—¿Habéis visto la cara que trae hoy? —pregunta Lina, mientras se pone un traje de organza azul turquesa.

—¿No has oído que ha pinchado su Ramón? A lo mejor ha tenido que inflar la rueda —advierte Kiki, vistiéndose también—. Porque los hombres están hechos un asco y en cuanto se descuida una abusan, abusan...

—Er Ramonsillo ese pa mí que está un poquito despistao —opina Sole, mientras retocan su maquillaje—. Y, como se descuide, le van a deja compuesto y sin novia.

—¿Pero tú crees que de veras se casa...? —pregunta ansiosamente Lina.

—¡Digo! Si ya le ha hablao de boda a don Amaro —afirma Sole.

—¿Y lo de Paco? —recuerda Kiki, tras un breve silencio.

—Eso acabó hase ya mucho tiempo, mi arma —desprecia Sole.

—¿Tú crees? —malicia Kiki.

—¡Naturá!

—Pues el otro día la llamó uno por teléfono que tenía su misma voz —insiste Kiki—. Me puse yo al aparato y como le conozco bien...

—Por lo visto, Ramón la ha llevado a su casa, a que la conozca su madre anuncia Lina, emocionada.

—Tú lo dise... —admite Sole, con aire de persona enterada.

—¡Qué suerte! —suspira Lina, dirigiéndose ya hacia la puerta—. Un tío rico, formal, y, para colmo, que está bastante bien todavía.

—¿Suerte...? —desprecia Kiki—. ¡Vamos, anda! Demasiado rico, demasiado formal y, sobre todo, demasiada mamá. Ni regalado lo querría yo...

—Bien que ha intentao camelarlo —descubre Sole—. Pero te ha salío rana er nene.

—¿Yo...? Tú estás loca —rechaza Kiki—. No es mi tipo...

—¿A que te gustan más tu Nando o tu estraperlista...? —ríe Lina venenosamente.

—Pues sí señor —admite Kiki, mientras se coloca un gracioso sombrerito de paja sobre sus cortos cabellos—. Me gustan más mi Nando, mi estraperlista, mi embajador y hasta mi chulo, si se me antoja tenerlo. Y me joroba ese pelmazo de Ramón...

—A vese, nena, se te nota que ha estao mucho año criando vaca —desprecia Sole.

—Y a ti te asoman los que has vivido en una cueva rascándote los piojos —grita Kiki, dirigiéndose rabiosa hacia la andaluza.

—Bueno; está bien, guapas —corta enérgicamente la jefa, deteniéndola—. Ya lo discutiréis después en la calle.

—Porque, ¿quién nos ha mandado hoy la comida de Lhardy?; esa comida que todavía no se ha comido nadie —grita con voz estridente Kiki, ya otra vez ante un espejo—. ¿Quién nos ha enviado el champán? ¿Y los bombones, quién? Pues mi estraperlista y mi embajador... Porque lo que es vuestros hombres no dan ni la hora.

—A mí me va a poner mi amigo diez mil duros en el Banco —presume Lina.

—¿Quién? ¿Ese tío de la esquina que anda siempre escondido? —desprecia Kiki—. Cuando te los ponga hablaremos, guapa. En cuanto al duque me parece a mí que...

—Un día de éstos te traeré el recibo —chulea Lina, saliendo ya del cuarto.

Marta se cruza con ella en la puerta y entra en la habitación. Se renueva el trajín, que no cesa durante estos rápidos diálogos, y Kiki se prepara para ir también al salón. Pero suena el timbre del teléfono que cuelga de la pared en un extremo del cuarto y la modelo acude rápidamente, hablando con

displicencia y desgana, mientras las demás mujeres siguen ocupadas en sus cosas.

—¡Ah!; ¿eres tú? Valiente pinta estás hecho —reprocha Kiki.

—Estamos pasando la colección y no puedo entretenerme. ¿Qué dices, cariño? Habla más alto.

...

—¡Ah, sí! ¡Perdona; ya no me acordaba! Sí, sí, estaba todo muy bueno. Gracias, mi vida.

...

—Pues no sé si podré, ¿sabes?

Creo que vamos a ir al Palace esta noche, a una fiesta que nos dan los norteamericanos y, claro, tú no querrás que te vean allí conmigo...

...

—Un éxito bárbaro, chico. Me han aplaudido y todo...

...

—No; no te olvido, cariño. Pero no puedo dejar de ir, ¿no comprendes? Aunque no tengo ninguna gana.

—Gracias, mi vida. ¿Me llamarás mañana?

—Pues adiós, «chati». Tengo que irme al salón. Que seas bueno, ¿eh?

Cuelga Kiki el teléfono y, dejando caer sobre sus compañeras una mirada despectiva, dice mientras abandona el cuarto de modelos:

—Era el embajador. A ver cuándo aprendéis a camelar a los hombres, chicas...

Sale Kiki e inmediatamente entra Tona en la habitación.

—¿Qué, qué tal? —se interesa la jefa.

—Bien —contesta Tona distraída.

—Se puede, ¿verdad niñas? —pregunta, entrando también en el cuarto, Alfonso, el secretario del modisto—. Ha sido, hasta ahora —continúa hablando rápidamente y refiriéndose al modelo que lleva Tona—, el éxito de la tarde. Tres encargos. Claro que hay que ver el nombre que yo le puse:

Rosaleda. ¿No os parece un nombre precioso para este vestido tan primaveral?

—Anda, vete ya, Alfonso —indica la jefa empujándolo, hacia el pasillo—. Ya sabes que a algunas chicas no les gusta que las veas así...

—¡Como si yo no las hubiera ya visto de todas maneras...! Se están poniendo tontas, pero que muy tontas, estas niñas —desprecia Alfonso—. Además, hija, no está Pituca, que es la pudorosa. Bueno; ¿habéis visto a Pepito por aquí?

—No —dice Sole.

—Yo tampoco —contesta Marta.

—Ni yo —asegura una de las chicas en bata blanca.

—¿Dónde se habrá metido ese chalao? —se extraña Alfonso—. Don Amaro ha preguntado ya tres veces por él. La cosa es que comió con nosotros, pero después se marchó... Oye, Tona: ¿Tampoco tú lo has visto esta tarde?

—¿Qué...? —se sorprende Tona, distante.

—¡Cómo estás hoy, hija! —advierte Alfonso—. Que si has visto a Pepito. ¡A ver si bajas un poco de las nubes!

—Pues no; de veras que no.

—Entonces comienzo a inquietarme.

Porque algo debe ocurrirle para que te haya dejado tanto tiempo tranquila —asegura Alfonso—. No hay derecho a tenerlo como lo tienes, guapa...

—No digas tonterías, ¿quieres? —se enfada Tona, sin humor.

—Lo vas a matar con eso de tu boda...

—¡Matar...! —se estremece Tona—. Yo no he matado nunca a nadie...

—¿Quieres marcharte ya, Alfonso? —grita, la jefa excitada—. Y tú, Sole, vete al salón.

Da media vuelta Alfonso y se va de la puerta del cuarto de modelos. Sole se marcha también, al mismo tiempo que entra Lina, porque la circulación de las modelos no se interrumpe un momento, y hasta el cuarto llegan, a veces, algunos apagados rumores de los salones.

—¿Sabéis quién está en el salón grande? —pregunta Lina, emocionada.

—¿Quién, quién...? —se sobresalta Tona.

—Garlo Parini...

—¡Ah!, sí... —se tranquiliza Tona.

—Viene con su mujer y con Manolo Villegas, que los ha traído de Italia para su película. Ella no vale nada y no se explica una en qué piensan estos directores que nos tienen delante, hija...

Lina comienza a cambiarse de traje.

Kiki entra en el cuarto, tan agitada y alegre como siempre.

—El patrón está que bufa, porque Pepito no aparece. Resulta que ha venido una actriz argentina que quiere conocerlo —dice Kiki—. Y Pituca tampoco viene...

—No me recuerdes a esa cursi... —desprecia Lina.

Kiki y Lina se cambian de ropa, charlando animadamente. Mientras, Marta se aproxima a Tona y, aprovechando un momento de relativa calma,

vuelve a hablar con ella, en voz baja, sobre el fondo que suenan las risas y las voces de las otras mujeres.

—¿Es verdad que no has visto a Pepito esta tarde? —pregunta Marta.

—No.

—Está loco por ti, Tona... A pesar de sus cosas.

—Y yo, ¿qué culpa tengo? —se encrespa Tona, siempre en voz baja—. ¿Qué culpa tengo yo de todo esto, di...?

—Las chicas le dan demasiadas bromas contigo y es un punto tan raro, tan nervioso...

—Siempre me aconseja que me case con Ramón.

—Porque te quiere bien y comprende que es lo mejor para ti.

—¿Tú también lo crees?

—Sí.

—¿De veras, Marta?

—Te digo que sí.

—Aunque yo no...

—Calla, tonta, calla. Eso vendrá después...

—Y si no viene nunca, Marta —teme gravemente Tona—. Y si pasan los días y los años y no viene jamás...

—Vendrá —afirma Marta—. Porque Ramón es todo un hombre y acabarás por quererlo.

—A veces me da miedo, ¿sabes? —confía Tona—. Es tan serio, tan honrado, que me parece mentira que pueda comprender, que pueda querer a una mujer como yo...

—Podría aspirar a más, desde luego. Pero ya sabes: estas cosas...

—Además, tú no eres como esas otras —añade Marta, con un gesto de desprecio hacia sus compañeras.

—Eso de su familia me preocupa —continúa Tona—. Son demasiado finos, demasiado maniáticos de su orden, demasiado rigurosos... Comprendo que yo no les guste; lo comprendo, Marta, ya ves...

Puedes hacerle feliz —afirma seriamente Marta—. Si es que no lo estropea todo ese asqueroso de Paco.

—Por favor... —suplica Tona.

—¿Pero es que le has convencido, acaso, de que no te moleste más?

—No... No lo sé —vacila Tona.

—¿Entonces...? —recela Marta, observando fijamente a su amiga.

Vuelve a sonar el timbre del teléfono trayendo al cuarto una impaciencia nueva, una llamada del mundo exterior a estas mujeres tan preocupadas ahora

por la colección. Kiki da un salto, despierta y ágil como siempre, descuelga el auricular, contesta y grita:

—¡Tona, Tona! Es para ti.

—¿Para mí? —vuelve a sobresaltarse Tona.

—Anda, será Ramón —tranquiliza Marta, acompañando a su amiga hasta el teléfono.

—Quedó en venir a buscarme más tarde...

Tona, muy recelosa, coge el auricular y pregunta, tras escuchar un momento:

—¿Quién es?

...

—¡Ah! ¿Qué tal, Lalo? Es un amigo de... de Paco —aclara a Marta, tapando un momento con la mano el microteléfono.

—¡Qué gente más pelma! —gruñe Marta—. Mándalos ya a paseo, mujer.

—Es que estamos pasando la colección, ¿sabes? Y hay aquí un barullo de miedo —explica Tona, hablando otra vez con Lalo, muy nerviosa.

—¿Qué, qué dices...? No te oigo bien —se conmueve la modelo.

—No... no... —niega ahora, apoyándose desfallecida en la pared.

Ha llegado el momento temido, el momento crítico en que ha de decidir.

El corazón le palpita un poco a Tona porque la cosa es grave, muy grave, y una ráfaga vertiginosa, llena de ideas raras, de turbios recuerdos, arrastra su pensamiento. Hasta que después de una corta, pero honda vacilación, la joven mente, entra una vez más en su vida por la cobarde y complicada ruta de la mentira.

—No... Hace tiempo que no he vuelto por allí —dice, tratando de recuperar la seguridad.

—¿Algo grave...? No me asustes, por favor. Mira que estoy pasando la colección —suplica ahora, sin saber qué decir.

—Estaría fuera de casa... Ya sabes que, a veces, no vuelve por la residencia en varios días. Llámale otra vez...

...

—¿Qué...? ¿Pero qué dices...? —grita sordamente Tona, amparándose la boca con la mano para que no la oigan sus compañeras.

...

—¡Qué horror! No es posible, Lalo; no es posible —rechaza, sin sorprenderse demasiado.

—¿Pero es seguro que..., que... eso...? —pregunta bajando la voz—. ¿No será algo... algo menos... grave?

—¡Qué espanto! —exclama Tona.

...

—Me dejas desecha, Lalo... Oye: si puedo servir de algo...

—No, no. Hace ya mucho tiempo que no lo veía. Ya sabes, Lalo; desde entonces...

Marta, que sigue junto a Tona escuchando la conversación, se estremece al oír estas falsas palabras y murmura:

—Pero ¿qué ocurre? ¡Por Dios!

—Bueno, Lalo... Que me llames, que me des... noticias —sigue Tona al teléfono, sin atender a su amiga—. Adiós... adiós...

Cuelga después el aparato y permanece un momento apoyada en la pared, conmovida. Marta, espantada, coge su brazo medroso, débil, y pregunta con fuerza, mientras Sole entra en el cuarto de modelos:

—Dime qué es lo que ocurre, Tona. ¿Qué ha pasado esta tarde? — ¡Dímelo ya de una vez...!

Con un violento esfuerzo, Tona se rehace. La joven se endereza, recupera el aliento y parece que va ya a confiarse a su compañera, cuando la jefa las interpela agriamente:

—¿Qué narices hacéis ahí con tanto secreteo, Marta? Vete ahora mismo al salón.

Y Marta, que ya está arreglada; abandona a su amiga, con un relámpago de ira en sus hermosos ojos claros, mientras gruñe con rencor:

—¡Qué asco de vida! Ni que fuéramos máquinas, hija.

—Espérame un momento en el vestíbulo, cuando termines de pasar — pide Tona.

Sale Marta del cuarto a exhibir en los salones su modelo y Tona acaba precipitadamente de vestirse, pues le toca desfilar detrás de su amiga. La joven se muestra cada momento más alterada y torpe. Tanto, que al abrocharse un collar de fina bisutería, de la *boutique* de la casa, se le cae tontamente al suelo.

—No das pies con bola esta tarde, guapa —advierte la jefa, recogéndolo—. A mí nadie me quita de la cabeza que te ha ocurrido algo con Pepito. ¡Como te estás poniendo tan vampiresa! —ríe con risa amarga.

Tona no responde y concluye de arreglarse, pues tiene prisas por salir de allí. No obstante su agitación, la joven resulta impresionante con su traje de noche de glase negro, uno de los más sensacionales modelos de la colección. La jefa, la peluquera y las maquilladoras francesas dan los últimos toques a la joven, contemplándola después con cierto orgullo, como si fuera obra suya.

Kiki y Sole, por el contrario, la miran con una displicencia que trata de ser protectora, porque Tona es más nueva que ellas en la casa, y, realmente, la están luciendo demasiado esta tarde.

Una de las maquilladoras se acerca a la joven, preocupada.

—¿Un poquito más de color, acaso? —pregunta con su acento francés.

—No, no —rechaza la jefa—. Le va muy bien al modelo esta palidez. Anda; ya puedes ir al salón.

Tona da lentamente algunos pasos hacia la puerta del cuarto de modelos deteniéndose un instante al llegar a ella. Su pelo rojo es una llama sobre su rostro pálido y febril. Y los brillantes negros del traje hacen aún más blanca, más insana, la piel de sus hombros, de su garganta, de este gran escote que entre suaves tules permite adivinar las redondas curvas de sus pechos jóvenes.

La modelo, allí junto a la puerta de este cuarto siempre tan agitado por el trajín femenino, impone un repentino silencio con su esbelta figura enlutada. Realmente Tona está ahora muy hermosa, con la noble hermosura de la fatalidad y del drama. Porque ya no es tan sólo una mujer, sino el umbral de ese hondo misterio femenino que enciende los anchos sueños de los hombres.

3. Drama

Tona sale del cuarto de modelos y avanza sin prisa por el pasillo, cruzándose con Lina, que le dedica un reojo envidioso y malo. En el vestíbulo, junto a una de las pesadas cortinas que penden a los lados del pasillo, el modisto espera, impaciente, a su modelo.

—Por favor, hija —pide don Amaro, olvidando la untuosa sonrisa que dedica siempre a sus clientes y frunciendo el ceño con preocupación—. Ya que has llegado tan tarde pon ahora mucho cuidado. Este modelo es una de mis mejores creaciones y te he distinguido especialmente con él hoy... Calma, mucha calma, hija; y sobriedad en los gestos, como si te ocurriera algo grave, muy grave... Ya sabes que el modelo se llama... Drama...

Mientras termina sus palabras, el modisto conduce a Tona hasta la puerta del primer salón, empujándola después suavemente.

La modelo entra, pues, en el salón, que está lleno de gente. Y, coincidiendo con su presencia, la vendedora anuncia:

—Número cuarenta y dos: Drama. Número quarante deux: Drame. Number forty-two: Drama —repite mientras Tona exhibe el modelo y desfila gravemente por el salón.

Un señor calvo, con aspecto de viejo galante, inicia un cortés aplauso, al que se unen los de casi todos los espectadores, mientras Tona abandona ya el

primer salón para entrar en el segundo por la ancha puerta que los comunica. Y nuevamente su vendedora anuncia también el modelo en los tres idiomas.

Tona cruza varias veces el gran salón, que llenan los clientes de la casa. Y cesan todas las conversaciones, porque la joven impresiona con su belleza, con su gesto doloroso, auténticamente dramático. Hasta que los aplausos cierran también su paso por el segundo salón.

Al entrar en el tercero, vuelve a sonar la voz de su vendedora. La palabra «drama», repetida nueve veces y en tres idiomas distintos por tres voces de mujer diferentes, semeja un coro fatídico y tenaz que acompaña a la hermosa joven mientras exhibe el modelo de Tase negro por los salones del modisto.

El traje de noche ha causado sensación y al confuso murmullo de los comentarios se han unido los aplausos, siempre elegantes y discretos, que ahora suenan de nuevo, al abandonar Tona el último salón.

La joven está cada momento más pálida, más conmovida. Pero todavía, como un bellissimo autómatas a quien le dura algo de cuerda, da un par de vueltas en el vestíbulo, ante la admiración de las personas que lo ocupan, hasta que el modisto la coge por el brazo y la detiene, diciendo:

—Muy bien, nena. Has estado muy bien. Enteramente como si te ocurriera algo, hija mía... Bueno; voy al salón —anuncia nerviosamente—. Que no salga nadie hasta que yo lo diga, ¿eh?

El modelo ha gustado mucho. ¡Ah!, ya lo sabía yo: A la gente le gusta lo dramático, los platos fuertes...

—Drama, Drama... ¡Qué triunfo...! —exclama, juntando sus hábiles manos femeninas y entrando en el salón con su mejor sonrisa.

Marta, que se ha quedado rezagada en el vestíbulo, según le pidiera antes Tona, se acerca a su compañera al marcharse el modisto y le pregunta, cariñosa:

—¿Te encuentras mal?

—Sí... No me siento bien —confiesa la joven, pasándose una mano por la pálida frente, como si quisiera limpiarla de todas sus sombras.

—Pero ¿qué es lo que ha ocurrido esta tarde, Tona? Dímelo por favor.

—Cuando llegué... —confiesa la joven entrecortadamente, en un ronco murmullo—, cuando llegué... Paco estaba... caído en el suelo, detrás del sofá... con la cara llena de sangre.

—Muerto, muerto... —concluye con un hondo sollozo, apoyándose en el hombro de su amiga.

—¡No es posible! —se espanta Marta.

Adela, la empleada de pelo blanco y vestido negro que parece una inglesa distinguida, se levanta de su silla, abandona un momento su mesita junto a la puerta del piso y pregunta a Tona:

—¿Le ocurre algo? ¿Se siente mal?

—No; no es nada, Adela —tranquiliza Marta; llevándose a Tona hacia el pasillo—. Nervios, nada más que nervios.

—¡Pero si ha tenido un éxito sensacional! —se sorprende Adela.

—Quizá por eso mismo. Las alegrías, a veces...

Marta conduce a Tona y las dos modelos entran en el pasillo. El drama que lleva consigo la joven ha dejado ya de ser público y, desde ahora, va a pertenecerla por completo.

4. Los clientes

El modisto conversa almibaradamente con sus clientes en el primer salón, acompañado por Mercedes, la vendedora principal.

En este momento se detiene ante una morenaza, flamencona y guapota, muy alhajada y bastante bien hecha, aunque de carnes abundantes y aspecto de supervedette revisteril, que se trae un juego de ojos realmente exagerado. La morena está sentada en un sofá, junto a otras personas, y, a su lado, pesadamente apoyado sobre el brazo del mueble; se encuentra un tipo rechoncho y basto, de unos cincuenta años, vestido con una chaqueta entallada, que aprieta su robustez, y unos pantalones demasiado anchos y muy largos. El hombre ostenta un pelo rojizo, entrecano y crespo; ensortija sus dedos y tira de vez en cuando de un puro que mantiene esquinado en su boca ordinaria y enérgica, como si formara parte integrante de ella.

—Le digo a usted, don Amaro, que es una verdadera preciosidad, una monería —manifiesta la gachí, tras los saludos de rigor, abriendo sus oscuros ojazos como si tratara de incendiar el mundo.

—Lástima que esa chiquita que lo pasa sea un montón de huesos —desprecia su hombre, echando una bocanada de humo—. Yo no sé de dónde sacan ustedes estas chavalas... ¿Es que las ponen a dieta?

—Este don Teodoro siempre de tan buen humor —ríe, servil, el modisto.

—Aquí la única que está en su sitio es esta señora —advierde inesperadamente don Teodoro, quitándose el puro de la boca y señalando con él a la gorda Mercedes que, sorprendida por la inesperada alabanza y al encontrarse el cigarro ante su poderoso busto, tiene un espontáneo gesto de desagrado, inmediatamente corregido por una amable sonrisa comercial.

—No empieces a disparatar, Teo, mi vida —advierde la morena.

—Déjelo usted, Carmela, déjelo usted —admite el modisto—. Que este señor está en su casa...

—Si viera usted lo caro que me está resultando este pisito... —se queja don Teodoro.

—¡Vamos, vamos! ¿Para qué quiere usted el dinero? Poco guapa que va a estar su Carmela con el modelo.

—Demasiado guapa, señor mío —gruñe don Teodoro—. Y después, natural, pasa lo que pasó; lo que tiene que pasar. Tan guapa nos ponemos, tan buenas cosas nos echamos encima que, en cuanto uno se descuida, pues... pues eso, señor López. Y, vamos, le digo a usted que uno no ha criado dinero para eso...

—No le haga usted caso —corta Carmela, frunciendo el ceño con una fiereza muy flamenca—. Teo es así:

Apunte usted el modelito y que esté pronto para la prueba, ¿eh?

—¿De acuerdo, amigo mío? —pregunta mimosamente el modisto a don Teodoro.

—De acuerdo, no —responde el hombre—. Pero apúntelo, apúntelo. ¿Es que cree usted que las mujeres se me dan por la cara...?

—Gracias; muchas gracias a los dos...

El modisto deja una cortés palmadita en el brazo robusto de don Teodoro, besa la carnososa mano que le tiende Carmela y, siempre seguido por Mercedes, que se despide de la pareja con una falsa sonrisa, sale del primer salón, dedicando, al pasar, una frase amable o un gesto cortés a otros conocidos.

Después entra en el segundo salón, que no es sólo el mayor, sino el más brillante y favorecido de todos ellos.

Porque desde este salón, decorado con el lujo teatral y excesivo que corresponde a una de las mejores y más comerciales casas de la alta costura española, pueden contemplarse también, a sus lados, los otros salones y, enfrente, el amplio vestíbulo, hasta la misma puerta del piso. Las luces y los espejos, unidos a esta afortunada distribución, ensanchan el espacio, en una amplia perspectiva. Desde este salón central puede observarse, pues, cuanto ocurra en las habitaciones destinadas al público en el piso de Amaro López.

El modisto, seguido a una pequeña pero respetuosa distancia por Mercedes y Alfonso, se mueve amable, ágil y desenvuelto entre los numerosos clientes que llenan el salón, deteniéndose al fin: ante la butaca donde está indolentemente sentada la Parini, una joven interesante y muy bien arreglada que, dueña de un busto redondo, algo exagerado, cruza sus bonitas piernas mientras fuma un pitillo.

Acomodado sobre el respaldo del amplio sillón se encuentra su marido, el actor italiano Carlo Parini, un tipo moreno, de ensortijado pelo negro y gesto de «duro» de la pantalla, que observa todo con un aspecto de superior condescendencia, mientras el español Villegas, que los ha traído para su próxima película, les dedica una atenta amabilidad.

Don Amaro se inclina gentilmente ante la joven, que se digna dirigirle una corta sonrisa, y pregunta a Villegas:

—¿Les ha gustado Drama, el último modelo que acabamos de pasar?

—Sí. Vamos a utilizarlo también en la película —aprueba Villegas.

—Pero la señora —añade, señalando con un gesto a la Parini— desearía simplificarlo un poco, obtener una mayor sobriedad de líneas... ¿No es eso? —pregunta el director a la italiana.

—Senz'altro —admite la actriz, chapurreando después un español mezclado con palabras italianas—. A mi piacere molta semplicitá, molta sobrietá —anuncia, sin abandonar su pose interesante—. Es mio stile; ¿non e cero, Carlo?

—Certamente, mia cara —concede el actor.

—Y su estilo, ¿cuál es, señor Parini? —pregunta un poco picado el modisto, pues no le agrada que los clientes se permitan cambiar sus modelos.

—Lo non tengo stile, signore —anuncia el actor—. Los buenos actores non hanno stile propio, ma lo stile de suoi personaggi, de cada uno de suoi personaggi...

—Muy interesante... —comenta el modisto—. Y qué, ¿cuándo comienza el rodaje? —pregunta a Villegas.

—Dentro de un mes —responde el director—. Tendrá usted tiempo de preparar todos los modelos, ¿verdad?

—No sé, no sé... Vamos a andar muy justos, porque me traen loco los norteamericanos —presume don Amaro—. Pero en un caso así haremos un esfuerzo —promete después—. Y dígame, Villegas: ¿cómo se titula su película, hombre? Nunca me acuerdo...

—Las sonrisas no sirven para nada —contesta Villegas muy serio.

—¿Qué...? ¿Cómo dice? —se sorprende el modisto.

—Las sonrisas no sirven para nada —repite Villegas con un gesto condescendiente—. Es algo muy moderno, ¿verdad? Antes pensábamos titular la película de otra manera: La dama de la Costa Brava. Pero al fin hemos convencido al productor con nuestro título. Es mucho más nuevo, ¿no le parece?

—¡Oh, sí! Muy nuevo, ya lo creo... Tendrá un gran éxito —admite el modisto—. Bueno; les dejo ustedes. Hasta luego, señores, hasta luego.

Se inclina cortésmente don Amaro ante la actriz, que le dedica un comienzo de gesto sonriente detrás del parapeto de su avanzado busto, y saluda a Parini y a Villegas, separándose después del grupo.

—Es el defecto de este hombre —confía Villegas en voz baja a los italianos—. Como ha hecho su fortuna entre las artistas de varietés y las mujeres alegres, no consigue librarse por completo del mal gusto de su antigua clientela. Pero hace cosas estupendas... —admite, mientras la Parini se digna sonreír algo más acentuadamente a su futuro director.

Él, modisto, seguido siempre a una protocolaria distancia por Mercedes y Alfonso, se aproxima ahora a dos señoras.

Sentadas en el sofá mejor situado del salón, recompuestas, pachuchas y cursilonas, estas dos señoras muestran su origen provinciano. Entre los cuarenta y los cincuenta años, más o menos, las dos mujeres ríen y gesticulan tontamente, alzando la voz mucho más de lo que corresponde a un lugar tan elegante. Instaladas cómodamente en el sofá, amplias y macizas, no ocultan que están dispuestas a no perderse nada de lo que ocurra aquí durante toda la tarde.

—¿Qué tal, señora? —aluda el modisto, un poco de pasada, dirigiéndose a una de ellas, a la más rubia, más retenida y alhajada.

—No tan bien como usted, don Amaro, que está hecho un pollo —responde la rubia, reteniendo al modisto—. Aquí le presento a la señora de Carcabuey, una amiga.

—Encantado —saluda don Amaro—. Qué, ¿les gusta a ustedes la colección?

—Todavía no me ha entusiasmado ningún modelo —declara la rubia—; claro que yo soy muy exigente...

—¿No le gusta Drama, el último traje que hemos pasado? —se escandaliza el modisto.

—Le encuentro demasiado serio para mí, la verdad —confía la señora—. Además, para dramas, ya tengo bastantes con los que me proporciona mi marido.

—Pues a mí me gusta ese modelo —manifiesta inesperadamente la otra señora—. Pero habría, que añadirle algo más... Así resulta un poco soso.

—Sobre gustos no hay nada escrito —se resigna don Amaro, sin concederle ahora demasiada importancia al reproche. Pero ya verán cómo acaba por gustarles algo...

—¡Oh!; seguro. Aquí siempre se acaba encontrando algo que le guste a una. Por eso hemos venido las primeras, para coger el mejor sitio y no perdernos nada, nada...

—Gracias, señoras. Hasta luego —se despide el modisto, separándose ya de la charlatana pareja.

—El modelito no me iría mal, ¿verdad? —pregunta la señora de Carcabuey a su amiga—. Habría que ponerle quizá algunos tules, algún lazo... algo, algo más, para que no resulte tan soso. Pero el negro siempre favorece sobre todo a las que vamos para gordas; tú, ¿qué dices?

—¡Gordas! —protesta la rubia—. Vamos, no digas tonterías, Lupe. No sé de dónde sales, mujer. ¿Es que no has visto qué curvas tienen las peliculeras italianas, que son las que ahora privan?

—Ya sabes que salgo poco, Cata —recuerda con un gesto lastimero Lupe a su amiga—. ¡Ay!, hija. Si supieras el invierno que estoy pasando... Entre las cosas de Enrique y cómo se ha puesto el servicio con esto de los extranjeros.

—Anda, anda; no te acuerdes ahora de todo eso —corta enérgicamente Cata—. Mira: allí tienes a la Parini que, por lo visto, ha venido a hacer una película, Fíjate qué pechos, hija. No dirás que no está desarrolladita...

—Según y cómo, mujer, según y cómo; porque, en cambio, tiene unas piernas que parecen palillos...

—Qué guapo está Parini, ¿verdad? —se conmueve Cata, con un gesto sentimental.

—Rodolfo Valentino era mucho más guapo que él —considera Lupe—. Y no presumió tanto...

—Los hombres están cambiando mucho, rica; ¿no te das cuenta...? ¡Ay!, aquellos años de antes de la guerra...

—Es que ya vamos para viejas, hija.

—¿Viejas? —vuelve a rechazar la rubia reteñida—. Te digo que estás muy atrasada de noticias, Lupe. La juventud ya no se estila, y somos nosotras las otoñales quienes partimos el bacalao. Un día de estos te voy a llevar al Palace para que veas lo que todavía nos queda por delante.

—No estoy ya para esas cosas —se queja Lupe—. Aunque tal vez con ese modelito... ¿Cómo, cómo ha dicho el modisto que sé llama?

—Comedia... o algo así. Sin duda ha sido hecho para alguna actriz de fama.

—Va a ser la López Heredia; ya verás.

—No sé, no sé...

—Mira, Cata —decide Lupe—. Creo que voy a comprarlo. Aunque sólo sea para hacer rabiar a la mujer del jefe de Obras Públicas en el baile que da el casino en Zaragoza.

—Tú verás, rica, tú verás —admite Cata con un gesto prudente—. Pero no olvides que aquí no pueden cambiarse las cosas cómo tú haces. Una vez que pagas se acabó.

—Entonces, no sé si me decidiré... —duda ya Lupe.

Mientras charlan las dos cotorronas, el modisto continúa saludando a los clientes que llenan el salón. Y, en este momento, se detiene ante una pareja instalada en otro sofá.

Ella es una dama más bien morena, muy recompuesta, de unos treinta y cinco años, que resulta bastante bien, aunque harto lánguida y melosa. En realidad, basta mirar su boca, sonriente, perfecta, digna de la propaganda del mejor, dentífrico, para comprender que es una boca argentina. La señora muestra, además, entre otras cosas interesantes, un maravilloso abrigo de visón, que conserva puesto a pesar de la temperatura que sofoca el piso. Él es un señor de unos cuarenta años, con aspecto de intelectual distinguido, buena facha y gesto irónico e insatisfecho.

—¡Qué maraviya, Amaro, qué maraviya! —alaba la dama cantando su acento bonaerense y tendiéndole al modisto su cuidada mano con un gesto teatral—. Quisiera yevarme ese lindo modelo para aya; no lo olvide, viejo...

—Gracias, Salomé, gracias —se derrite el modisto, recogiendo calurosamente la mano de la dama entre las suyas—. Y a usted, ¿le han gustado mis trajes? —pregunta al señor.

—Se ven cosas estupendas por aquí —responde ambiguamente el intelectual.

—No saben qué alegría me dan —denguea don Amaro—. Hay que hacer tantas concesiones al gran público... En fin, ustedes ya saben de eso. Y a propósito: enhorabuena por esa novela, amigo mío —añade—. Es el éxito de la temporada...

—¿La ha leído usted? —se interesa el autor.

—No; todavía no. No tiene uno tiempo para nada —se queja el modisto con un mohín compungido—. Pero en cuanto salga de esto...

—¡Qué encanto de vestidos! —interviene la dama, entornando sus dulces ojos.

—También esto es creación, amigos míos —advierde el modisto, transportándose al mundo del arte—. Yo deseo recuperar la elegante línea española que se impuso al mundo en otros tiempos y que todavía vive en

nuestros trajes regionales, para incorporarla a la moda. Éste es el propósito de mi colección y a ustedes puedo confiárselo.

—Ha conseguido un conjunto muy armonioso —admite otra vez el novelista.

—¡Oh!, todavía faltan muchos modelos. Ya verán, ya verán...

—¿Cuándo va usted a presentarme; viejo, a ese estupendo dibujante suyo? —recuerda la dama—. Tengo mucho interés en conocerlo...

—No sé dónde se ha metido esta tarde —se malhumora el modisto—. De veras que no lo sé...

—¿Quién es esa chica que ha pasado «Drama»? —se interesa inesperadamente el escritor.

—Es Tona, mi último hallazgo en mannequins —presume don Amaro—. Pero va a casarse muy pronto. Una buena boda; una estupenda boda... ¡Qué interesante! —comenta, un poco distraída, la dama argentina.

—Se casa con Ramón Tineo. Ya sabe, de los Tineo, los mineros asturianos —indica al escritor—. Parece que él lo ha tomado muy en serio...

—¡Ah!, sí; lo conozco. Pero dígame: ¿está usted seguro de que a esa muchacha no le ocurre algo esta tarde? —pregunta el novelista.

—¡Oh!, estos escritores... Siempre a la caza de argumentos —ríe don Amaro—. Lo que sucede es que yo preparo muy bien a mis mannequins y a Tona le he recordado que el modelo se llama Drama.

—Bonito nombre. Nos están ustedes haciendo la competencia, ¿eh? —advierte irónicamente el escritor—. Pues, la verdad, es una pena que se case. Tengo ahora entre manos un guión y quizá la chica sirviera para el cine...

—Se casa, amigo mío; se casa... Eso es lo malo —considera el modisto, despidiéndose ya—. Hasta luego, hasta luego.

Don Amaro abandona ya el gran salón y entra en el tercero, que también está muy animado. Junto a la ancha puerta, un viejo que conserva todavía una fina estampa le saluda con un gesto cordial, pero desde la distancia de un gran señor.

—¿Qué tal? ¿Cómo está?

—Encantado de verle por aquí, duque —manifiesta el modisto—. ¿Le han gustado los trajes que saca Lina?

—Mucho mucho... Le agradezco que la cuide un poco, Amaro —confía el duque—. Ya sabe, la pobre Lina cree que la tienen ustedes algo abandonada.

—¡Pero si es una modelo estupenda! —protesta el modisto—. Y, además, cada día está más guapa... Usted la ha educado mucho, claro está, duque.

Porque el que a buen árbol se arrima... —halaga don Amaro.

—¡Hombre!, algo se le ha enseñado a la chica; no digo que no —admite riendo el duque—. Pero quizá sean otros quienes se aprovechen, porque ya sabe usted que yo no soy celoso; al fin y al cabo, qué van a hacer estas pobres criaturas...

—Claro, claro...

—Por cierto, la que está imponente esta tarde es esa otra chiquita... La que ha sacado el traje negro; la pelirroja... Nunca me acuerdo cómo se llama.

—Tona, Tona... Pero cuidado, duque; que hay boda por medio. Y todos sabemos que es usted un don Juan...

—Muy amable, querido Amaro, muy amable... Pero si viera usted —confía el aristócrata—; estoy un poco harto de líos esta temporada.

Será porque tenga usted entre manos algo mejor que todo esto; seguro.

—Bueno; después hablaremos, y, si hay algún modelito que le guste, usted será el primero, duque, como siempre —termina el modisto, despidiéndose.

Don Amaro se acerca ahora a un grupo formado por tres personas, de aspecto escandalosamente extranjero.

Dos mujeres de edad confusa, más o menos rubias, desvaídas y vulgares, y un hombre larguirucho, con gafas a lo Truman, que reciben al modisto con ese peculiar y riente regocijo de los norteamericanos.

—Qué, ¿qué les parece? —pregunta don Amaro con ansiedad, rodeado ya de cerca por Mercedes, la vendedora principal, y Alfonso, su secretario, que se habían rezagado en el otro salón.

—¡Oh!, very well —aprueba una de las dos mujeres.

—¿Cree usted que será posible lo de la portada del Vogue, *miss Saunders*? Quizá con «Drama» pudiéramos hacer algo bonito —tantea el modisto con gran interés.

—¡Oh! Nosotros hablar mucho después de, todo esto —se evade *miss Saunders*.

—Y usted, *miss Johnson*, ¿cree que se interesar Bazaar? —sigue don Amaro, dirigiéndose a la otra norteamericana.

—Mi gustar mucho todo —declara difícilmente *miss Johnson*—. Muy bonito lo último vestido negro.

—Estamos muy contentos de haber venido, míster López —asegura el hombre larguirucho de las gafas—. Vale la pena el viaje —ríe, enseñando su poderosa dentadura.

—¿Nada más que la pena, míster Byers? —se duele don Amaro—. Si usted supiera lo que me cuesta la colección; esta colección que hice casi, casi para ustedes...

—¡Oh!, yes. Hay cosas muy interesantes —admite vagamente míster Byers.

—Estoy seguro de que la casa Crosland... En fin, cenaremos juntos, claro está, si no tienen otro compromiso...

—Muchas, gracias. Pero mejor mañana, míster López —decide el periodista—. Tenemos que radiar a New York esta noche y acabaremos tarde...

—Cuando ustedes quieran —se resigna don Amaro, reprimiendo su contrariedad—. Y, ahora, con su permiso, vamos a continuar pasando la colección —añade, separándose de los norteamericanos.

Siempre seguido por Mercedes y Alfonso, el modisto abandona ya el tercer salón, entrando en el amplio vestíbulo. Allí se detiene un momento, junto a la coqueta cabina del teléfono, y, torciendo el gesto, gruñe sordamente:

—No hay quien saque a esta gente de su rutina parisiense. Mucho me temo que no comprenden en serie...

Poco a poco se irán animando, ya lo verá usted —consuela Alfonso—. Los precios españoles son tentadores, no tienen competencia...

—Sí, sí; ya lo sé. Pero es muy difícil convencerles de que aquí podemos hacer las cosas lo mismo que en París —sigue el modisto—. En fin, Mercedes, que siga pasando la colección. Y a ver, hija, si te das maña para vender, que estoy un poco asustado...

—Haré todo lo que pueda, don Amaro. Pero es que ya no estamos como estos últimos años, que se vendía todo, todo... —advierte la gorda vendedora principal, marchándose y cruzando el vestíbulo hasta desaparecer por el pasillo que conduce al cuarto de modelos.

—Era el dinero del estraperlo —añora melancólicamente el modisto, confiándose a su secretario—, que es el mejor dinero para vender...

Don Amaro y Alfonso están parados en el centro del vestíbulo, donde, además de los dos botones y de Adela, que sigue luciendo su pelo blanco tras la coqueta mesita cubierta con la propaganda de la casa, se encuentran también algunas otras personas más inquietas, que se impacientan en los salones. Lina, apareciendo por el pasillo, continúa el desfile de modelos, llevando al primer salón la alegría primaveral de un traje de encaje amarillo que anima todos sus encantos.

La sigue inmediatamente Kiki, con un abrigo de piqué azul muy mono. Y vuelven a escucharse de nuevo las voces de las vendedoras y los nombres de los modelos. Le cierra, pues; el paréntesis producido por el éxito de Drama y se restablece el ritmo casi mecánico de la colección. Naturalmente, nadie repara en que suena el timbre de la puerta del piso y que el botones da paso a un extraño visitante; un hombre completamente distinto a cuantos suelen aparecer por la casa, que se queda un momento parado en el vestíbulo, un poco sorprendido al ver este mundo tan brillante y tan nuevo que se abre ante él.

2. El hombre sin invitación

Parado junto a la puerta, el hombre presenta un aspecto absolutamente vulgar. Pertenece, sin duda, a la modesta clase media madrileña y muy bien pudiera ser un empleado o un funcionario de poca categoría; alguien que, en realidad, no tiene nada que hacer aquí.

Pero, en fin, el tipo no se marcha, ni mucho menos, sino que recuperando inmediatamente su seguridad, acentuándola incluso, se quita un sombrero verduoso y se niega a entregar su abrigo gris, bastante sobado, al botones, que se obstina en recogerse.

La presencia de este individuo produce ahora una discreta extrañeza entre las personas de la casa que se encuentran en el amplio vestíbulo. El modisto se digna mirarlo, frunce después ligeramente el entrecejo y hace un pequeño gesto a la vigilante Adela, que se levanta de su silla y pide al audaz personaje:

—La invitación, por favor.

—No, no; gracias. No voy a quitármelo —advierte el hombre al botones, que insiste en recogerle el abrigo, contestando después a la mujer—: No tengo invitación...

—Se produce —un silencio algo violento y Adela interroga al modisto, que sigue en el centro del vestíbulo, con una respetuosa mirada.

—Es imprescindible, señor, para asistir al desfile de la colección —advierte Adela, tras su mesita.

—No vengo a eso, señora —aclara tranquilamente el recién llegado, con cierto aire de mando y de superioridad que no va con su modesto aspecto—. Quisiera hablar con el patrón.

—El jefe está muy ocupado en este momento —se escandaliza Adela—, y no creo que pueda...

—Mire; no va a tener más remedio —asegura, muy serio, el hombre, sólidamente plantado ante la mesita de la propaganda sobre sus cortas piernas...

—Le digo a usted que... —se encrespa Adela, con una inesperada y agria resonancia en su siempre melosa y amable voz.

—¡Vamos a ver! ¿Qué pasa? —interviene, acercándose malhumorado, el modisto—. Yo soy el patrón, como usted dice. Estamos pasando mis modelos y...

Cuando don Amaro llega a su lado, el hombre lo coge decididamente por un brazo, lo separa de la mesita y de las miradas indiscretas de Adela, llevándoselo hacia el otro extremo del vestíbulo, y saca lentamente su mano derecha del bolsillo de su abrigo, de este abrigo gris usado que no se ha querido quitar. Después, con un rápido movimiento, muestra al modisto una chapa de metal que brilla un instante en el fondo de su mano.

—Quisiera hacerle algunas preguntas... —dice al mismo tiempo.

—¿Qué es eso? —se sorprende el modisto, señalando con un gesto despectivo la chapa, que el otro vuelve a guardar ya en el fondo del bolsillo de su abrigo.

—Policía, señor —aclara secamente el hombre, en voz baja.

—¿Policía aquí, en mi casa...? —se alborota don Amaro—. Tiene que ser alguna confusión.

—No.

—Además, comprenderá usted que no es éste el momento más oportuno para venir a importunarme con estas cosas... En fin, creo haberle dicho ya que estamos pasando la colección; la colección de primavera —insiste el modisto, como quien posee un argumento definitivo.

—Lo siento, señor López —se impacienta el inspector—. Pero hay un hombre muerto por medio; un asesinato, ¿comprende?

—¡Cómo! ¿Qué dice? —se atolondra ahora don Amaro—. Baje más la voz, se lo ruego... No admito ciertas cosas en mi casa... Vamos, vamos a mi despacho y ya verá usted cómo todo se aclara, cómo hay algún error... —asegura, empujando al policía hacia el pasillo.

—Es preferible que nos quedemos aquí —advierte el inspector, conduciendo al modisto enérgicamente por el brazo junto a la cabina telefónica, que en este momento está vacía—. Quisiera hacerme un poco cargo de la situación...

—Está bien —se somete, resignado, don Amaro—; usted dirá, señor mío...

El inspector y el modisto se han apartado ya de la gente que está en el vestíbulo. Alfonso se ha ido al salón y Adela se hace la desentendida, aunque está muerta de curiosidad. El policía, mientras habla, observa con cuidado el movimiento de los salones y de las modelos que siguen pasando la colección. Lina acaba de cruzar el vestíbulo hacia el pasillo, Kiki está desfilando en el

gran salón y Sole va ya a entrar en el primero, ceñida por un traje en tonos pastel que alarga su talle hasta debajo del busto, según la última consigna de la moda.

—¿Conoce usted a un tal Paco... Paco Almuñécar...? —pregunta el inspector.

Antes de que don Amaro pueda contestar, se abre la puerta del piso y entra Pituca, sofocada y nerviosa; la chica, al ver al modisto, se dirige rápidamente hacia él.

—Perdone mi retraso, don Amaro —excusa, respetuosa—. Pero como yo no voy a pasar ningún modelo me entretuve un poco por ahí...

—Está bien, hija, está bien... Pero déjame ahora; ¿no ves que estoy ocupado? —corta impaciente el modisto.

—Perdóneme usted otra vez —vuelve a excusarse Pituca, muy modosa, separándose de los dos hombres.

—Anda, anda; vete al cuarto de modelos, por si haces falta —indica el modisto.

—¿Cómo se llama esta chica? —se interesa el policía mientras Pituca cruza el vestíbulo.

—Pituca.

—¿Y eso qué quiere decir? —insiste calmadamente el inspector.

—¿Cómo? No le entiendo... ¡Ah!, sí... —cae don Amaro—. Pilar Quintana, ¿no es eso?

—Eso es, si señor.

—Esta chica no me sirve apenas, porque no vale gran cosa —aclara el modisto—. Además es decente y las mujeres decentes casi nunca resultan como modelos... Pero tuve negocios con su padre y, a veces, ¿sabe usted?, hay que...

—¿Recuerda usted a Paco Almuñécar? —repite el inspector.

—¡Hombre!; así, de momento...

—Trata uno a tanta gente —presume don Amaro—. ¿Dice usted Almuñécar, Paco Almuñécar...? La cosa es que me suena —admite el modisto, haciendo un esfuerzo por recordar.

—Ha venido por aquí algunas veces, hace algún tiempo, porque era el novio de una de sus modelos.

—¡Oh!, entonces temo no poder proporcionarle ningún dato —manifiesta don Amaro—. Estas chicas cambian de novio más que de lápiz de labios...

—Era el novio de... de María Antonia Castro —sigue el inspector fríamente, consultando unas notas—. Una muchacha...

—¡Tona! —exclama el modisto—. Ya, ya recuerdo... Creo que antes de ponerse en relaciones con Ramón Tineo andaba emperrada con un tal Paco. Un tipo muy guapo, ya lo creo, que la traía por la calle de la amargura.

—Ya no amargaré más a nadie, señor López —corta seco el inspector—. Porque ha sido asesinado esta tarde, hace un par de horas, en su domicilio.

—¡Qué barbaridad! —se espanta don Amaro.

—¿A qué hora ha llegado aquí esa chica... Tona, esta tarde? —prosigue el inspector.

—Pues no sé... Más o menos... —duda el modisto—. Espere, espere —recuerda alarmado—. Creo que salió con su novio y pincharon en la carretera.

—Por eso se retrasó un poco.

—Ya...

—Pero no vaya usted a pensar, ¡por Dios!, otra cosa —rechaza aspaventero don Amaro—. Tona es de lo mejorcito que tenemos por aquí...

—Nosotros no pensamos nunca nada, señor López. Buscamos al asesino, nada más... —advierte serenamente el policía.

—Tona es incapaz... Aunque, claro está, hoy en día no puede uno poner la mano al fuego por nadie —recoge prudentemente el modisto—. Pero, oiga —se alarma de pronto—; no irá usted a detenerla ahora, a mitad de la colección, ¿eh? ¡Qué horror! Sería un escándalo espantoso...

El susto retuerce a don Amaro, que gesticula ante el inspector. Mercedes interrumpe la conversación acercándose impaciente.

—¡Perdón!, —se excusa—. El duque desea hablar un momento con usted —le anuncia a don Amaro.

—¿Qué diablos le ocurre?

—Parece que está dispuesto a comprarle a Lina dos o tres modelos —sigue Mercedes bajando la voz—; pero quiere también que la chica...

—Alguna nueva sandez, seguro —corta irritado el modisto.

—Que Lina —pase el traje de novia.

—¡Eso faltaba! ¡Ni hablar! —se enfurece don Amaro. En mi casa mando yo y no admito esas cosas... Además, ¿no tiene Lina otro amigo, el tipo ese tan misterioso? Pues ya está bien de líos e imposiciones de toda esta gentuza —se desahoga el modisto.

—¿Entonces...?

—Después iré un momento a hablar con él. ¿No te das cuenta de que ahora estoy ocupado? —se irrita don Amaro.

—Está bien; se lo diré —admite Mercedes, retirándose con un sofocado suspiro—. Pero no están las cosas como para perder ni un solo cliente...

—¡Es que no le dejan a uno ni un momento en paz! —se queja don Amaro.

—¿Y dice usted que esa chica tiene ya otro novio? —continúa implacable el inspector—. ¿Quién es?

—Pues un novio... novio —asegura el modisto—. Un novio que va a casarse con ella, ¿comprende?

—¿De veras?

—Como lo oye. Un tío muy serio, de una familia estupenda y con muchos cuartos además...

—Vamos, el mirlo blanco para una chica así... ¿Y cómo dice que se llama?

—Ramón Tineo, de los Tineo de Asturias; gente muy conocida, ¿sabe? Dentro de un rato vendrá a recogerla, como todas las tardes.

—Naturalmente, usted ignorará si Tona y ese Paco Almuñécar continuaban viéndose, ¿verdad? —sigue el inspector—. Si la chica iba a su domicilio, a la Residencia Fortuny, a visitarlo alguna vez...

—Yo no me ocupo de la vida privada de mis mannequins, señor —se engalla, soberbio, el modisto—. No me interesan sus líos.

—Comprendo.

—Mire: ahí sale Tona, precisamente —indica don Amaro.

En efecto, mientras Marta cruza el vestíbulo saliendo del tercer salón hacia el pasillo que conduce al cuarto de modelos, Tona, en traje de chaqueta *beige* y sombrero de paja de Italia, aparece dirigiéndose al primer salón, en el que entra y desfila.

—¡Por favor!; le ruego que espere... —pide con voz suplicante el modisto.

—Sí; voy a esperar —anuncia el inspector.

—¿Quiere usted sentarse en alguna parte, pasar a mi despacho? —ofrece, obsequioso, don Amaro.

—No; gracias. Prefiero quedarme aquí...

—Usted me permitirá que siga...

—Naturalmente. Ya nos veremos luego, cuando termine todo esto...

Pero hágame el favor de no decir ni una palabra a nadie, ¿eh?

—No se preocupe. Por la cuenta que me tiene... —recuerda el modisto, con un gesto que intenta manifestar su picardía.

Tona da en este momento una graciosa vuelta en el centro del gran salón, con su bella figura esbelta y al mismo tiempo bien redondeada, ceñida por el elegante traje claro de chaqueta. Y, al quedar la modelo un momento cara al

vestíbulo, ve al modisto y al inspector hablando junto a la puerta de la cabina telefónica. Entonces hay en Tona un brusco sobresalto, que quiebra por un instante su armonioso movimiento profesional. Después, la joven se repone; pero, desde ahora, ella también vigila y no pierde ya de vista al raro cliente que habló con don Amaro, mientras continúa desfilando por el gran salón.

La abundante Rosario, que está sentada en un sofá junto a su escuchimizado Aurelio, formando la clásica pareja del buen humor ilustrado, llama a Mercedes, siempre atenta a los clientes.

—Un momento, Mercedes, por favor.

Y la vendedora principal mueve hacia la dama su redondo cuerpo, con una rara agilidad obesa.

—Dígame, señora.

—¿Cómo se llama este modelo?

—Eva. Es el número 10... Si quiere apuntarlo —añade, tendiéndole a Rosario un coqueto lápiz.

—¿Tú qué crees, Aurelio? —consulta Rosario—. ¿Me irá bien?

—No sé, no sé... —duda el hombrecillo—; tal vez, resulte un poquito claro...

—¡Qué manía de hombre! —gruñe sordamente Rosario—. Como si yo fuera una vieja metida en carnes...

Mercedes, para asegurar la compra, hace una seña a Tona, que se acerca al sofá y se para un momento ante ellos, en una graciosa posturita.

—Realmente está bien, pero que muy bien el modelo —admite Aurelio, dedicándole un gesto pillín a la joven, que permanece impassible.

—Sí, me gusta; voy a apuntarlo... —decide Rosario—. Gracias, Mercedes...

Tona se pone de nuevo en movimiento, volviéndose hacia el vestíbulo en el instante en que el inspector entra en la cabina del teléfono y desaparece en ella. La modelo pasa entonces rápidamente al tercer salón donde desfila, mientras el duque la saluda con un gesto de viejo galante y se arregla, presumido, el nudo de la corbata.

Después de desfilarse allí, la joven sale del vestíbulo. Y, muy próxima a la cabina del teléfono, se detiene, apoyándose un momento en la pared, pues acaba de salirse un zapato.

Un botones acude en su auxilio y Tona se calza de nuevo. Por la mal cerrada puerta de la cabina llega hasta ella la voz del inspector, que habla por teléfono:

—Sí, sí; entendido. ¿Nada más?

...

—Dentro de media hora, más o menos. Pero no se preocupe; no hay cuidado...

—Está bien; de acuerdo. Hasta luego.

Tona, acomodado ya el zapato, cruza el vestíbulo hacia el cuarto de modelos, mientras el inspector sale de la cabina.

Lina está ya desfilando en el gran salón y Kiki viene por el pasillo con un exagerado traje de noche rosa que muestra todo su delgado escote.

—Voy a ver si con este modelo atonto definitivamente a mi estraperlista. Porque ando sin una perra, ¿sabes? —le dice a Tona al cruzarse con ella, entrando después en el primer salón.

Tona sigue lentamente por el pasillo hasta el cuarto de modelos. El desconocido la preocupa, no sabe cómo encajarlo aquí, en esta tarde brillante que inaugura la colección. Quizá hubiera sido mejor decirle la verdad a Lalo, hace unos momentos, cuando llamó por teléfono; quizá está aun a tiempo de aclararlo sinceramente todo, en lugar de irse enredando cada vez más en la mentira. Pero en el fondo de Tona hay algo oscuro, una rara e insuperable defensa que la obliga a mentir, como si la mentira pudiera protegerla de una realidad desfavorable, de todos los riesgos que le van presentando los días de su vida. La joven encuentra en la mentira un falso y blando calor, al que se acoge temerosa, estremecida por los fríos exigentes y duros de la verdad. Y por eso, parada un momento junto al biombo que ampara el cuarto de modelos, comprende que no va a ser capaz de afrontar valientemente la situación, que va a seguir embrollándose más y más en la cobarde maraña de su vida, escondiendo, como el avestruz, la cabeza en la arena movediza y falsa de la mentira.

3. La pitillera

En el cuarto de modelos continúan el mismo trajín y la misma algarabía de antes, pues estas mujeres poseen una inagotable resistencia para el barullo y son necesarias muchas horas para que las fatigue el más tumultuoso desorden.

La jefa, las chicas que ayudan en bata blanca, las maquilladoras y la peluquera francesa se ocupan de Sole y de Marta, que son las modelos que están vistiéndose ahora. Pituca sentada en una esquina del cuarto, parece un poco alejada de todo esto.

—Te digo que er duque anda hasiéndome la ruela como un pavo viejo —confía Sole a la jefa en este momento—. Pero a mí no me impresionan las corona, porque he conosío ya mucha...

—Anda, anda; termina ya, que te toca —apura la jefa.

—Tú no estará hoy mu cansá, ¿verdad, mi arma? —pregunta inesperadamente Sole a Pituca.

—¿Qué quieres que haga? —dice Pituca con su suave sonrisa.

—Pue po lo meno moverte, niña; moverte un poquillo —sigue Sole—. ¡Ozú!, me pone negra esta criatura —dice a la jefa en voz baja—. Paese que siempre la está echando a una de meno con su desensia, hija...

—No digas tonterías y vete al salón —ríe la jefa, empujando a Sole hacia la puerta.

—¿De veras que yo no puedo hacer nada? —pregunta Pituca acercándose a la jefa.

—No te preocupes por sus bobadas, guapa —tranquiliza la otra—. Don Amaro quiere que estés aquí por si haces falta; de suplenta, ¿comprendes?

—¿Y... yo no podría pasar hoy algún modelo? —insiste, tímidamente, Pituca.

—No... de momento, no. Está ya todo organizado y...

—Es que espero esta tarde noticias muy importantes. De Carlos, de mi novio, ¿sabe?; y me pone un poco nerviosa estar así, sin hacer nada...

—¿También tú vas a casarte? —ríe la jefa.

—¡Oh!, no. Todavía no —se azora Pituca—. Tal vez después de Tona...

Marta, ya vestida, se acerca a Tona que, preocupada y nerviosa, acaba de entrar en el cuarto.

—¿Te encuentras mejor? —pregunta a su amiga.

—Hay un tipo rarísimo en el vestíbulo. Estuvo un rato hablando con don Amaro y no hace más que mirarme —confía Tona a su compañera, sentándose un momento—. ¿No será un...?

—No pienses cosas raras, ¿quieres? —tranquiliza Marta—. Si no te ha visto allí nadie, tonta...

—Creo que no, que no me vio nadie... Pero puede venir a preguntarme algo... Algo de Paco —insiste Tona.

—Pues le contestas y en paz —aconseja Marta—. Pero será cualquier pinta de esos que aparecen por aquí algunas veces; ya verás...

—No sé, no sé... Estoy asustada —confiesa Tona—. Acaso fuera mejor...

—¿Qué?

—Llamar a la policía y decirle la verdad.

—¡La verdad! —exclama amargamente Marta, mientras por su hermoso y pálido rostro cruza una sombra—. La verdad a unos hombres... ¡Nunca, Tona, nunca! —niega apasionadamente, pero sin conmovir su serena presencia—. Las mujeres no podemos decirles jamás la verdad a los hombres, porque la mentira es nuestra única defensa ante su egoísmo, ante su absorbente tiranía...

—Tengo que pensarlo... A lo mejor tienes razón y, llamando, levanto la caza... admite Tona.

—Naturalmente. Déjalos venir a ellos, tonta... Porque tú no has hecho nada.

—Esperaré un poco a ver qué pasa —decide Tona—. Con todas estas cosas estoy deshecha, te lo aseguro.

—Ten cuidado, no vaya anotarte algo Ramón, que debe estar al llegar.

—Encima eso... —se altera Tona—. Me dan ganas de mandarlo todo a paseo; de verdad.

—Sería terrible para Ramón —opina Marta, con un tono tierno en la voz—. Es tan distinto a todo esto...

—A veces me parece que a ti te gusta Ramón —piensa Tona en voz alta.

—¡Qué tonterías dices! —ríe Marta serenamente—. Lo tengo simpatía, es cierto, y...

—¿Y qué...?

—Y me da un poco de pena verlo aquí metido... En nuestras cosas, ¿sabes?

—No lo entendería jamás, ¿verdad, Marta? —se angustia Tona, tras un breve silencio—. Si yo le dijera todo; si yo le dijera que Paco me amenazaba con enviarle aquellas malditas fotos que me hizo el verano pasado en la sierra, después de emborracharme; si yo le dijera que he ido a su casa esta tarde a conseguirlas como fuera; si yo le dijera la verdad de mi manera de ser, de mis cosas, de esas cosas que tú dices... ¿Tú crees que me entendería...?

Marta contempla seriamente un instante a su amiga, en silencio, atravesada quizá por la duda. Después, como si rechazara sus sentimientos, contesta duramente:

—No; no te entendería. Ellos no entienden jamás nuestras debilidades, nuestras impurezas. Hay que aparecer como quieren que seamos, no como somos en realidad. Hay que limitarse a devolverles la imagen que de nosotras se crean ellos mismos. Hay que mentir, que negar, que engañar... Si no estás perdida, te lo aseguro...

—¿Todavía te acuerdas de Manuel? —pregunta cariñosamente Tona, cogiéndole una mano a su amiga.

—No me acuerdo ya nunca de nadie —niega Marta, orgullosa.

—Has tenido mala suerte con Nico —sigue Tona—. No es un hombre para hacer olvidar.

—¡Qué igual da uno que otro!; ¿no comprendes? —advierte Marta amargamente—. Después de aquello, después de ver cómo se pudren las mejores ilusiones, todo se acabó.

—Tal vez sea lo mejor; acabar, acabar de una vez —considera Tona con tristeza—. Bueno; no nos pongamos así... Dame un pitillo, ¿quieres? —pide; alzándose de su asiento y comenzando a desabotonarse la larga chaqueta del traje de hilo *beige*.

—No sé dónde los he puesto —dice Marta, tras buscarlos un momento en sus inmediaciones con la mirada.

—Yo tengo ahí la pitillera, en el bolso —sigue Tona—. Tráeme uno, por favor.

Tona, en combinación, se quita el sombrero de rubia paja que lleva sobre sus cuidados cabellos y una llama cobriza parece calentar su blanca piel de pelirroja. Mientras, Marta coge el bolso de su amiga, que está sobre una próxima mesita, lo abre, busca dentro y dice:

—No la veo... Aquí no está la pitillera.

—¿Qué dices? —se extraña Tona, deteniendo un momento sus esfuerzos por sacarse la ceñida falda—. Sí, mujer, sí; ¿cómo no va a estar...?

—Te digo que no está —insiste Marta, revolviendo una vez más dentro del bolso.

—Anda; dámelo —se impacienta Tona.

Marta pasa el bolso a su amiga y Tona lo coge, revuelve su contenido, lo vacía sobre la mesita, se pone nerviosa y admite:

—No; no está... La habrá cogido alguna de éstas...

Y cerrando el bolso, va ya a dejarlo de nuevo, sin dar más importancia a la cosa, cuando, de pronto, su brazo se detiene en seco, paralizado por un recuerdo, todavía con el bolso en la mano.

—Creo que la he perdido, Marta —dice angustiada—. Que la he perdido... allí.

—No es posible —se espanta Marta.

—Se me cayó el bolso y tal vez...

—Siempre tienes que ponerte en lo peor, chica —considera Marta—. Oye, Lina —añade, dirigiéndose a la rubia modelo que acaba de entrar en el cuarto, seguida por Kiki—; ¿sabes si alguien le ha cogido a Tona su pitillera?

—¡A ver si te has creído que somos «criptógamas», hija! —contesta Kiki—. Has de saber que mi embajador mandó unas cajas de Abdullas de los buenos y que nadie ha fumado otra cosa.

—¿Lo ves? —dice Tona a Marta en voz baja—. Sólo me faltaba esto... Te aseguro que ya no puedo más.

—Calma, calma; espera a que terminemos de pasar la colección, no sea que aparezca todavía —aconseja su amiga.

—Vamos, Marta; vete de una vez al salón —ordena la jefa—. Y tú, Tona, acaba ya de vestirte. No sé qué os pasa hoy a las dos...

Y Marta, con un gesto fatalista, se separa de su amiga y abandona lentamente el cuarto de modelos. Entonces la jefa se aproxima a Tona y, endulzando un momento su agria voz, confía:

—Tengo para ti muy buenas noticias...

—¿Sí...? —pregunta Tona, sin interés.

—No digas nada a nadie, ¿eh?; pero me parece que después de tu éxito con Drama don Amaro piensa que pases tú el traje de novia en los salones —sigue la jefa.

—¿Ah, sí?

—No parece que te impresiona mucho la cosa —gruñe la jefa, defraudada—. ¿Es que no sabes que todas las chicas andan tras del modelo y que hasta el

duque...?

—Sí, claro; cómo no voy a saberlo...

—¿Pues entonces?

—Estoy tan cansada, que no sé si no sería mejor que...

—Anda, anda; no seas boba, guapa. Ya verás qué bien lo luces y qué éxito tienes. Como te vea Ramón te va a llevar corriendo a la iglesia —ríe la jefa.

—Estará para llegar —recuerda Tona, hundida otra vez en sus preocupaciones.

—Pues no lo dejes escapar, nena. Porque yo sé de alguien que...

—¿Sí...? No me choca. Es tan buen partido Ramón... —admite la joven sin conmoverse.

—Ya sabes que a mí no me gusta armar líos —manifiesta la jefa—. Pero no me chupo el dedo tampoco; no, eso no...

—Claro, claro... —concede, fríamente, Tona.

—Bueno; ya hablaremos —corta, molesta, la jefa, en vista del poco interés de la modelo—. Ahora vete tú también al salón.

Tona termina de arreglarse. Lleva un alegre traje de cachemir estampado en blanco y negro, un amplio abrigo haciendo juego, un gorrito negro y rosa y un gracioso paraguas en la mano.

La ropa la sienta tan bien, su figura es tan bella y armoniosa, que parece traer de pronto al cuarto de modelos un olor a primavera, a tierra ya viva, mojada por el chaparrón de una nube alegre, de una nube sin ira, pasajera.

La joven se dirige hacia la puerta del cuarto, con una lánguida palidez que estiliza aún más sus movimientos, añadiendo un elegante interés a su hermosa figura. Pero su pelo rojo es siempre como una llamarada de alarma que señala los peligros que circundan a tan estupenda mujer.

Su barullo interior crece sin cesar, según se complica su difícil situación. De momento, mientras sus preocupaciones fermentan en su ser vacilante y confuso, Tona es tan sólo un autómatas, una bella máscara de la moda que va a pasar un elegante conjunto de primavera en los salones de Amaro López, uno de los mejores modistos de nuestro Madrid.

4. Pepito

Marta se entretiene un instante en el vestíbulo, después de pasar su modelo ante el difícil tribunal de los clientes de la casa. Observa su reloj y piensa que en cualquier momento la va a llamar Nico; este dichoso Nico que, la verdad, está hecho una porquería, pero que no se ha portado mal con ella, aunque, naturalmente, no sirva para llenar el vacío que dejó Manuel.

A pesar de que no se le nota, pues la apariencia de Marta es siempre serena, casi marmórea, y su belleza resulta un poco inmutable, la modelo está algo nerviosa. Los azares de Tona, la simpatía que siente por Ramón, un hombre muy distinto a cuantos rondan por allí en torno a las chicas de la casa, y aquella difícil entrevista de Nico con su importante padre la tienen un poco alterada, con una alteración que disfruta como un raro goce, pues desde aquello de Manuel la joven ni siente ni padece.

Estas cosas la hacen observar con cuidado el vestíbulo, hasta que su mirada se fija en el inspector de policía que, siempre en pie junto a la cabina del teléfono, enciende en este momento un pitillo con un gesto bastante aburrido. Marta lo mira ávidamente, porque quizá aquel hombre sea en verdad un policía y la policía significa siempre emoción, riesgo, algo que rompe la intolerable igualdad de los días. Un aura calurosa le nace a la modelo en la boca del estómago y, subiéndole por el pecho, parece encenderle el frío corazón. Es preciso que ocurra algo, algo que quiebre, que estalle la situación, que la haga retorcerse en un espasmo de angustia, porque de seguir así, yerta en la cámara helada de su ser, va a volverse loca, va a cometer la más inesperada locura.

Haciéndose siempre la distraída, Marta se acerca a Adela, que continúa sentada detrás de su mesita, siempre con su decorativo aspecto de inglesa distinguida, aunque, la verdad, ha nacido en Getafe, vive en la calle Mayor y tiene un hijo torero.

—¿Tendría usted una aspirina? —solicita Marta acercándose a la mesita.

—No; no me queda ya ninguna... Le he dado las tres que tenía a Sole, que ya sabes cómo se las toma —responde Adela—. Pero tal vez los botones...

—No vale la pena; ya falta poco para terminar... Oiga, Adela —se interesa Marta bruscamente, pero sin darle importancia a la cosa—: ¿Quién es ese tipo que está ahí plantado toda la tarde, junto al teléfono, y que no nos quita ojo?

—¡Ah!; yo no sé nada, hija. Ni quiero saberlo —se evade Adela, con un aspaviento—. Pero debe de ser alguien muy importante, a pesar de la pinta que tiene, porque se ha metido a don Amaro en el bolsillo.

—¿Sí...?

—Como lo oyes.

—Pero ¿por qué lo dice usted?

—¡Oh!, por nada. A veces pasan cosas tan raras en esta casa...

Un botones abre la puerta del piso, junto a ellas. Pepito entra atropelladamente, quitándose el abrigo que arroja sobre Vicente, el otro botones, con la confianza de quien pertenece a la casa.

—Hola, ¿qué hay? —saluda al ver a las dos mujeres.

—¡Vamos, Pepito, ya es hora! —exclama Marta.

—Madrid está imposible, chica; no hay quién encuentre un taxi a estas horas —se excusa Pepito.

—Ya puedes inventarle algo al jefe, porque está que bufa con tu desaparición —advierte Marta.

—No creo que yo tenga nada que hacer aquí esta tarde —opina Pepito—. Con dibujarme los modelos tengo bastante...

—Parece que hay una actriz argentina que quiere...

—No estoy para bobadas, ¿sabes? —corta Pepito, impaciente.

—¿Ocurre algo, Pepe? —pregunta Marta, llevándose al joven por un brazo hacia el pasillo que conduce al cuarto de modelos—. Hay aquí un ambiente muy raro hoy.

—¿Aquí? —se sorprende Pepito—. ¿Qué sucede?

—¡Oh!, no sé... —se evade Marta—. Tal vez lo sepas tú mejor que yo... —sigue, fijando en el joven figurinista una escrutadora mirada.

—¿Yo...? ¿Por qué?

—Ya ves... Me parece.

—Estás muy misteriosa, chica —se escurre ahora Pepito.

—Tona ha llegado también algo retrasada, después de empezar la colección, ¿sabes?

—Bueno... ¿Y que...?

—Parece que salió a dar una vuelta en coche después de comer con Ramón y que pincharon por ahí... en la carretera —continúa Marta,

observando fijamente a Pepito, que permanece impasible.

—Mala suerte.

—¿Entonces, tú...?

—¿Yo qué...? —corta seco el joven.

—Nada... Bueno; voy a cambiarme de traje, porque tengo que pasar mi último modelo —anuncia bruscamente Marta—. Hasta luego...

—Hasta luego —repite el joven, distraído.

Porque, mientras Marta se despide, ha visto a Tona, que desfila en el tercer salón. Pepito se vuelve hacia la joven y sigue sus movimientos con un gesto de honda emoción en su rostro de hombre frustrado, hasta que Tona acaba de pasar el modelo y sale al vestíbulo.

Entonces Pepito se dirige hacia ella, que se le acerca también, encontrándose los dos en el centro de la pieza, donde cruzan un diálogo precipitado y nervioso:

—Qué, ¿ya has aparecido? —dice Tona, deteniéndose un momento.

—Sí, Tona; ya estoy aquí —admite Pepito gravemente, mirándola con una conmovida intensidad.

—Creo que andas muy solicitado esta tarde —sigue Tona, algo azorada—. Pero... ¿por qué me miras así?

—Después, cuando todo esto termine, tenemos que hablar tú y yo —anuncia Pepito rápidamente.

—No sé... No sé si podré, ¿sabes? —elude Tona—. Va a venir Ramón.

—Aunque venga Ramón —insiste impaciente Pepito.

—Temo que resulte imposible; compréndelo.

—Antes de: marcharte, Tona; por favor.

—Lo procuraré. Pero...

—Se trata de algo... De algo en relación con... con lo de esta tarde —aclara Pepito, bajando mucho la voz.

—Con... ¿Con la colección? —se angustia Tona.

—No, no; con... lo otro.

—No te entiendo; te aseguro que no te entiendo...

—Con lo de allí... Lo de la residencia...

Tona sufre un brusco sobresalto y sus ojos fijan un momento la sólida figura del inspector de policía, que fuma resignado un pitillo aburrido junto a la cabina del teléfono, bastante próximo. Después vuelve a mirar a Pepito, que espera ávidamente su respuesta, y va ya a decir algo cuando el modisto se aproxima a los dos, precipitado y gruñón, cortando el diálogo.

—Vamos, hijo; ¿qué te ha pasado? Parece mentira que me hagas esta faena, Pepito —reprocha atropelladamente—. Y tú, nena, anda ya a lo tuyo —sigue, dirigiéndose a Tona—; que todavía no hemos acabado, ¡caramba!

—Lo siento, don Amaro. Pero no me creí tan necesario esta tarde. Después de dejarles a ustedes me fui a dar una vuelta y... —se excusa Pepito, mientras Tona se retira en silencio hacia el cuarto de modelos.

—Vueltas, vueltas... Parece mentira que no te guste recoger conmigo el éxito de nuestros trabajos —se duele el modisto—. Drama nos está salvando la colección, hijo. Ya me lo figuraba; ¿recuerdas lo que te dije?

—Sí, sí; recuerdo —admite Pepito, con un aspecto, de no recordar nada.

—Tenemos que contar con nuestras propias fuerzas —gruñe don Amaro—, porque los norteamericanos...

—¿No se interesan?

—Por ahora no manifiestan el menor entusiasmo... Oye: antes de que me olvide —indica el modisto con femenina volubilidad; estáte muy amable con Salomé, esa actriz argentina que, según dicen, viene llena de millones. Además, claro, es amiga mía... Fíjate en los brillantes que lleva en un dedo, hijo... ¡Qué maravilla! Al parecer consiguió casarse con un joyero brasileño, millonario, un día que estaba borracho, y éstos son los frutos del divorcio...

—Oiga usted, don Amaro —corta bruscamente Pepito—: ¿hay alguna novedad por aquí?

—¿Novedad? —se pasma el voluble modisto—. Claro que hay novedades, pero, vamos, una gran novedad, no; no la hay. ¿Por qué lo dices?

—Ya ve...

—¡Ah!, sí... Ni me acordaba —recuerda, agitado por una brusca transición, don Amaro—. Ocurre algo extraño... Pero oye —se alarma de pronto—; ¿tú cómo lo sabes?

—¿Qué...?

—Pues... eso.

—No le comprendo a usted.

—Entonces, ¿no te refieres a...?

—No me refiero a nada especialmente, don Amaro.

—Mira, hijo: voy a decírtelo —decide el modisto, poniéndose serio—. Al fin y al cabo, a pesar de tus locuras, eres el mejor de todos y prefiero que lo sepas. Sé que me quieres y quizá puedas darme un consejo —termina don Amaro con un trémulo enternecido en la voz.

—Pero ¿qué ocurre? Hable usted de una vez —se impacienta Pepito.

—¿Ves aquel tipo que está de pie junto a la cabina del teléfono...? Pero no mires, hombre, no mires así.

—Si no miro no sé cómo voy a verlo.

—Mira con disimulo, hijo, con disimulo... Es un policía, Un policía en mi casa; ¿te das cuenta qué horror? —aspaventa don Amaro.

—Y... ¿Y qué tiene que hacer aquí ese policía? —se estremece el figurinista.

—¡Tonterías! Alguna confusión, probablemente —se evade don Amaro.

—Entonces, ¿qué es lo que espera?

—Quiere hablar con... con una de las chicas. Preguntarle algo, por lo visto.

—¿A quién?

—Mira, no lo sé —trata de cortar, ya impaciente, el modisto—. Después hablaremos de ello; ahora vamos a ocuparnos de la colección.

—¿Con quién desea hablar? —repite autoritario Pepito—. Dígamelo usted ahora mismo.

—¡Ay! ¡Cómo eres, hijo! Siempre tienes que salirte con la tuya —se queja el modisto—. Después te lo contaré todo; pero, ahora, vamos al salón.

—No —rechaza con dureza Pepito, reteniendo firmemente a don Amaro, que iniciaba ya la marcha, por un brazo—. ¿No comprende usted que puede ser algo grave?

—Le he prometido a ese hombre no decírselo a nadie hasta que...

—Digamelo ya.

El modisto observa un momento a Pepito. No le gusta la cara del joven, no le gusta nada, no.

—Quiere hablar con... Tona —declara con un gesto impotente—; ya lo sabes.

—¿La ha avisado usted?

—¿Avisarla...? ¡Estás loco! Para que me eche a perder la tarde, ¿verdad? —se escandaliza el modisto—. Te olvidas que estamos pasando la colección.

—Pues hay que decírselo inmediatamente.

—¡Ni hablar! Te lo prohíbo —se enfada don Amaro, en un desesperado arranque—. He decidido que pase enseguida el traje de novia y...

—¡Ella! ¡Precisamente ella! —se conmueve Pepito.

—Sí; ella. Ha tenido un gran éxito con Drama.

—¡Drama! —se sobresalta el joven—. ¡Ah!, sí, sí; no me acordaba... El traje de glase negro. Resultaría estupenda esta tarde con él... —añade tristemente.

—No hay que alarmarla hasta que acabe la colección —sigue nervioso, el modisto—. Ya lo he convenido así con el policía, ¿comprendes?, y sólo quedan por pasar dos o tres modelos. De manera que no vayas ahora a meter la pata con tus cosas. Bastantes preocupaciones tengo —se duele don Amaro.

—Está bien. Esperaremos todos —promete sombríamente Pepito.

—Gracias, hijo. Y, ahora, vamos al salón. No olvides que Salomé, esta actriz argentina...

El modisto y Pepito entran ya en el gran salón, que Kiki cruza varias veces con su esbeltísima figura. Mercedes acerca a ellos su masa sofocada y anhelante.

—¡Buena la ha hecho usted, don Amaro! —exclama.

—¿Qué? ¿Qué caray ocurre ahora? —se encrespa el modisto.

—Todas las chicas están furiosas por lo del traje de novia.

—¡Ah! ¿Es eso...? —desprecia don Amaro—. Pues ya se les pasará. Y, si no, ahí tienen la puerta, que ya me estoy cansando de sus tonterías.

—Como nadie se lo esperaba, porque Tona es la más moderna en la casa... —excusa la vendedora.

—Pero esta tarde tiene ambiente, Mercedes —afirma el modisto—. Y el ambiente es lo más importante para que guste un modelo... ¡Caramba! ¿Es que también estas niñas quieren un escalafón? ¿Está ya vestida Tona?

—Casi, casi.

—Anda; vete a echarle un vistazo —ordena don Amaro a la vendedora—. Y que nos avisen cuando esté arreglada, antes de salir... Quiero que la vea Pepito.

Mercedes se retira, abandona el salón y atraviesa parte del vestíbulo, hasta que encuentra a Kiki, que va ya también hacia el cuarto de modelos.

—¡No hay derecho a estas injusticias! —se queja Kiki, furiosa—. ¡Mañana mismo me marchó de la casa...!

—Anda, calla, calla; que ya lo has dicho muchas veces —aconseja Mercedes entrando por el pasillo.

—Esto es el colmo —sigue Kiki—. Porque he avisado a mis amigos para que me vieran con el traje de novia, creyendo que lo pasaría yo, como otras veces. ¡Y están ahí, están ahí, Mercedes!

—Te está bien empleado; por precipitada. No hay que fiarse nunca de los hombres se duele la gorda vendedora, aliviando su redondo pecho con un suspiro.

—¡De los hombres...! —desprecia Kiki, con un gesto—. Dirás de los...

—Calla, calla...

Mercedes y Kiki se acercan ya al biombo que ampara la franca entrada del cuarto de modelos. El pasillo es ancho y largo, para que no estorbe los movimientos y a la vez embale un poco a las elegantes mujeres, a estas máscaras de la moda que lo cruzan tantas veces al día hacia los salones de la casa, para llevar la ilusión de sus esbeltas figuras a unas clientes que, casi siempre, pesan diez o quince kilos más que ellas. Pero todo suele ser engañosa esperanza, falsa imagen, en esta perra vida, y en lo que se refiere a ropas femeninas mucho más. Y también las pobres gordas tienen derecho a presumir, ¡qué caramba!

5. El traje de novia

Mercedes y Kiki entran en el cuarto de modelos, donde reina ahora una extraña calma rencorosa y agria. Sole, con un mal gesto en su cara marchita, abandona el cuarto en este instante, vestida para desfilarse en los salones, y, dentro, la jefa, las maquilladoras, la peluquera y las chicas en bata blanca, se mueven y giran como enloquecidos satélites en torno al sol inmaculado y blanco que es Tona, vestida con el traje de novia que da fin a la colección. Marta, ya preparada para pasar antes que ella su último modelo, y Pituca, ayudan también.

Pero Lina, en bata blanca, porque ha terminado su trabajo, está sentada en un rincón del cuarto, envenenada su rubia belleza por la envidia. Kiki, que sigue furiosa, se sienta a su lado, prendiendo un amargo pitillo, mientras Mercedes se une al grupo que rodea a Tona.

—¿Cómo va eso? —pregunta la vendedora principal.

—La está que ni pintado. Por algo se lo probó la otra tarde don Amaro — advierte la jefa—. Únicamente hubo que arreglarle un poco el cuerpo...

Tona, pálida y preocupada, comienza, sin embargo, a resultar estupenda con el traje de bodas entre aquella excitada actividad de mujeres que la rodea.

—¿Ha venido ya Ramón? —pregunta a Mercedes, mientras una de las ayudantas le calza los finos zapatos de raso blanco.

—No creo; no lo he visto.

—Son las siete y media nada más.

—Ahora vendrá —tranquiliza Marta, mientras le colocan a Tona en la cabeza el gracioso casquete que recoge el velo nupcial.

—A ver, a ver... Ese casquete queda un poco torcido — advierte Mercedes, arreglándoselo—. Don Amaro quiere verte antes de salir, ¿sabes? —dice mientras a Tona—. Va a venir con Pepito...

—¿Con Pepito...? —se estremece la modelo.

—Sí, mujer, sí; ¿qué te pasa?

—Nada.

—¿Le gusta a usted, *madame*, el peinado? —interviene la peluquera, con su acento francés.

—Sí, sí; le va muy bien —aprueba Mercedes.

—Yo haber hecho ahora maquillaje en tonos claros, delicados, para boda —explica la maquilladora parisiense.

—Dele algo más de color en las mejillas —pide Mercedes—. Va a resultar demasiado pálida en el salón.

La maquilladora retoca las mejillas de Tona, que permanece inmóvil, ajena a todos estos nerviosos preparativos.

—Tú sal ya, que ha vuelto Sole —indica Mercedes a Marta—. Pasa sin prisas y, cuando termines, dile a don Amaro que puede venir.

—Buena suerte. Tona —desea Marta, apretándole a su amiga un brazo con un gesto cariñoso, antes de separarse del grupo para ir al salón.

—Gracias... —murmura Tona débilmente.

—No vayas ahora a ponerte nerviosa, ¿eh? —advierte Mercedes a Tona—. A ver: ¿dónde está el ramo?

—Aquí, aquí lo tengo yo —dice Pituca, entregándole a Tona con un gesto tierno y algo melancólico un pequeño ramo de azahar que aprieta sus olorosas flores en un nido de finos encajes.

—Sepárate un poco, oye, para que te vea bien —pide después Mercedes a Tona.

La joven obedece, colocándose en el centro del cuarto de modelos, y, por un momento, todas las mujeres callan, impresionadas. Porque Tona está preciosa con su vestido de larga cola en falla blanca inmaculada, de forma princesa, y con el gran velo de tul ilusión.

La febril ansiedad que conmueve esta tarde el rostro moderno y atractivo de Tona es un encanto más que encaja muy bien con su traje de esponsales.

La joven, purificada por los finos blancos que la cubren, idealizada por el arte genial del modisto, es ya una bella virgen que quizá tiembla ante los oscuros misterios del matrimonio.

Quieta en el centro del cuarto, tan blanca y tan hermosa, produce un largo silencio en todas aquellas mujeres que la contemplan, un poco conmovidas por sus propias ilusiones y por sus propios fracasos.

—Preciosa... —alaba Mercedes con su ronca voz de varón.

—Está guapísima —confiesa Pituca, muy excitada.

—Rauissante —opina la maquilladora, mientras todas las demás, excepto Lina, Kiki y Sole, que observan rencorosas a la novia desde su rincón, hacen gestos admirativos.

El modisto entra en este momento en el cuarto, seguido por Pepito y por Alfonso, su secretario. Don Amaro se detiene un momento junto a la puerta y, haciendo un exagerado gesto de admiración, que alza sus cortos brazos y agita sus pequeñas manos, exclama:

—¡Maravillosa! ¡Divina...! ¿Te das cuenta de cómo queda el traje, hijo? —le pregunta a Pepito.

El joven asiente con un gesto.

Porque Pepito se muestra hondamente conmovido ante la belleza de Tona, inesperadamente inmaculada por el hermoso traje nupcial.

El modisto, sin añadir nada más, se aproxima a Tona, la mira y remira ante el respetuoso silencio de todos.

Después coloca con destreza, más graciosamente, el velo, y da una mejor elegancia al gesto de las manos de la joven, que tiemblan un poco al mantener el fino ramo de azahar.

—Ya sabes, hija —alecciona después a la modelo—. Nada de movimientos rápidos como con los otros vestidos...

Gravedad, lentitud, emoción... y los ojos bajos, como si fueras a casarte de veras... Estás maravillosa y espero en este momento mucho de ti.

—Trataré de hacerlo lo mejor que pueda, don Amaro —asegura Tona, recuperándose con una inesperada y firme decisión—. Cómo si fuera a casarme de veras... —repite, conmovida.

—Pues vamos ya al salón —decide el modisto.

Y con un gesto de viejo galante coge el brazo de Tona y saca a la joven del cuarto, hacia la curiosa expectación de los clientes, que aguardan ilusionados en los salones a que aparezca el modelo más sensacional de la tarde.

6. Carlos llama

El cuarto de modelos se está quedando muerto, vacío. El modisto y Tona acaban de abandonarlo; Pepito, Alfonso, Mercedes, la jefa y las maquilladoras, la peluquera y las ayudantas de la casa han salido también al pasillo. Lina, Sole y Kiki siguen murmurando en su rincón, pero Pituca está ya también en la puerta cuando comienza a sonar el timbre del teléfono. La chica entonces, antes de que acuda Kiki al aparato, sale corriendo y lo descuelga.

—Diga, diga... —pide con ansiedad—. ¡Ah! ¿Eres tú? ¿Cómo has tardado tanto?

...

—¡Qué tonto eres! Pero dime, dime; no me tengas así... —suplica, nerviosa, la joven.

...

—¿Entonces...? —espera Pituca, inundado su espontáneo y simpático rostro por la mejor emoción.

—¡Qué alegría, Carlos, mi vida! —exclama, bajando la voz, para que no la oigan sus compañeras—. Pero oye, oye... ¿Será completamente seguro, verdad?

...

—¡Cinco mil! ¿De veras? ¿No me engañas? ¡Qué ilusión, cariño!

...

—Anda, ven pronto a recogerme, Carlos, por favor —suplica con mimo Pituca—. Y sube al piso, ¿eh?, que quiero que te conozcan todos.

...

—Sí, sí; ya estamos acabando... Ahora mismo está pasando Tona en el salón el traje de novia. Está guapísima, ¿sabes?

...

—No digas locuras, mi vida. Es un modelo carísimo...

...

—¡Hombre!, claro que don Amaro me haría mucha rebaja. Pero así y todo... ¡Ni hablar, Carlos; ni hablar! No quiero que te gastes tus ahorros en esta locura —rechaza Pituca, halagada—. Con cualquier traje seré ese día feliz, amor mío...

...

—¿Que no es una locura? En nuestra situación no puede serlo más.

...

—Mira que te has emperrado, ¿eh? —ríe la joven satisfecha—. No; yo no le digo nada a don Amaro. Si ni siquiera sabe que me..., que nos vamos a casar.

...

—Anda, ven, Carlos; ven pronto, que tengo muchas muchas ganas de verte...

...

—No seas loco, mi vida. Y ven...

...

—Claro que sí... Más que nunca, mi cielo... Hasta ahora... Adiós, adiós...

Pituca cuelga el microteléfono y se queda un momento mirando al aparato, pasmada por su gran emoción. Pero Kiki rompe su trance feliz acercándose a ella con el pitillo en los labios y su más desgarrado aspecto.

—Miren, miren la mosquita muerta... Parece que hay conquista, ¿eh?

—Era Carlos, mi novio —aclara ingenuamente Pituca—. Resulta que está ya muy bien colocado y... y que nos vamos a casar.

—¿Eh...? —se sorprende Kiki—. ¿También tú? ¡Hay que ver cómo viene la primavera!

—Llevamos más de tres años de relaciones y...

—Y que tu Carlos no es como Ramón; ¡menudo machote! —pondera Kiki.

—¿Es muy guapo, verdad? —se embelesa Pituca.

—Es un buen hombre —afirma, descarada, Kiki—; te lo digo yo, que sé un poquito de eso. Mira, guapa —propone—; deja un momento tu novela rosa y vamos a husmear al vestíbulo, porque, lo confieso, estoy muerta por ver cómo pasa esa enchufista de Tona el traje... Si me lo hubieran dejado pasar a mí ya hubieran visto, ya... ¡De un garbeo caso a todos los solteros del salón! Y Kiki, tirando a un extremo del cuarto de modelos su pitillo con un gesto remangado y chulo, que contrasta con su figura estilizada y su pelo cortado a la última moda, empuja a Pituca hacia el pasillo, mientras dice:

—Qué, ¿no venís con nosotras?

—No hija, no; no nos interesa esa birria —contesta Lina.

—Pues mira, hija; yo no pienso quemarme la sangre por un traje de novia más o menos —decide Kiki, recuperando su sana alegría—. ¡He llevado tantos en mi vida que la verdad, no vale la pena...!

—Ar fin y ar cabo tié rasón, mi arma —dice Sole, levantándose y marchando hacia la puerta—. Pa cuatro cochino día que vive una no vamo a estropear no er cuti con esta cosa...

Y las cuatro modelos abandonan juntas el cuarto en el que, reconcomida y pálida, queda tan sólo Lina, pensando quizá en aquellos diez mil duros que, para satisfacer su herido amor propio, ha de ponerle en el Banco su cobarde amigo de la esquina.

7. Marta baja al portal

Marta termina de pasar su modelo, su último modelo de la tarde, y, al salir del tercer salón, vuelve a entretenerse en el vestíbulo, pues quiere ver la entrada de Tona que, vestida con el traje de novia, va a venir de un momento a otro por el pasillo.

Con un gesto frío y elegante, Marta espera un momento, casi junto al inspector de policía, que fuma cada vez más impaciente.

El timbre del teléfono de la coqueta cabina suena en este instante y el hombre, maquinalmente, da un paso hacia el aparato; pero se contiene y un botones acude a la llamada. Cuando sale de la cabina, el chico se dirige a Marta, que está muy próxima, vigilados sus movimientos por el policía.

—La llaman a usted, señorita Marta —avisa el botones.

—¿A mí? —se sorprende la modelo—. ¿Por este teléfono...? ¡Qué raro! Pregunta de parte de quién, por favor.

—Es el señorito Nico —aclara el botones, bajando prudentemente la voz.

—¿Nico? —se pregunta Marta, cada vez más extrañada.

La modelo entra rápidamente en la cabina, cierra la puerta y va a pegar a su pequeña oreja el auricular. Pero antes de hacerlo, en una intuición relampagueante y segura, sabe que algo grave le está ocurriendo a Nico, algo que va a ser preciso afrontar. Por eso, con una voz decidida, de mujer ya dispuesta para el peor combate, lanza por el hilo telefónico su frase, con un tono que tiene más de afirmación que de pregunta:

—¿Qué hay, Nico? ¿Qué te ocurre?

La voz de Nico le responde. Esta voz suya tan cascada y vieja, que suena ahora febrilmente, angustiadamente, en el frío auricular.

—¿Cómo? ¿Que estás abajo, aquí abajo, en la cafetería? —sigue Marta—. No; todavía no puedo bajar.

Pero Nico insiste. Tiene que ver ahora mismo a la modelo, aunque sea en el portal.

—Tona va a pasar el traje de novia ya; es cuestión de diez minutos, Nico; compréndelo —pide Marta.

No puede ser, no puede ser. Nico no puede esperar. Ni diez minutos, ni cinco minutos, ni un solo minuto.

Porque, de pronto, este tiempo que él no sabía cómo gastar durante sus jornadas, lentas y vacías, parece que se le ha convertido en algo ardiente, que le quema, que le devora. No; no puede esperar.

—Está bien —decide Marta—. Ahora mismo bajo al portal.

Y ante el asombro del inspector, de Adela y de los botones, la modelo abandona la cabina, abre la puerta del piso y sale a la escalera, mientras explica:

—Voy a tomarme un café abajo. Subo enseguida.

El policía parece vacilar un momento. Aquella llamada, aquella brusca salida se le antojan sospechosas. Y, por un momento, parece que va también a marcharse, a seguir a Marta escaleras abajo; pero su instinto profesional funciona perfectamente, tiene ya muchas horas de experiencia policíaca y el inspector se queda en el vestíbulo, porque él ha venido por María Antonia Castro, aquí llamada Tona, y por nadie más.

En el portal Marta se reúne con Nico, que la espera impaciente. Y la modelo, al verlo, sufre un brusco sobresalto, pues nunca lo ha visto así, tan descompuesto y nervioso como ahora.

—¡Qué catástrofe, Marta, qué catástrofe! —gime Nico, aproximándose rápidamente a la mujer.

—Pero ¡por Dios! ¿Qué ocurre? Vamos, habla —exige Marta llevándose al hombre hacia un rincón del portal.

—¡Me van a detener! Me van a detener esta misma noche...

El portal está vacío. Una luz triste, que cae desde un gran farol, da un tono funerario a los mármoles de este amplio panteón. Por la acera cruzan rápidamente, ante la puerta, las sombras inciertas de los transeúntes, y desde la calle llegan los ruidos de la impaciente circulación de coches, hechos ya una masa sonora, un desagradable sonido de un solo motor, cortado periódicamente por el autoritario timbre del próximo paso de peatones.

Hace frío, mucho frío, y Marta arropa sus hombros desnudos con una fina echarpe de tul lila, mientras exclama:

—¿Qué dices?

—Como lo oyes, Marta; me van a detener —repite Nico.

Nicolás María Corrales de la Cerda parece absolutamente trastornado. Su traje azul, su abrigo oscuro y los finos grises de la corbata italiana conservan todavía su elegancia.

Pero el cuerpo tembloroso que estas prendas cubren, el rostro convulso que se agita bajo el negro sombrero, están dominados por el más desamparado terror.

—No puedo perder ni un minuto, Marta; ¿no comprendes? —explica febrilmente—. Me van a detener esta noche; de veras que me van a detener... —repite obsesionado.

Marta deja caer una fría mirada sobre aquella temblorosa miseria. Una mirada difícil, que parece resumir muchas amargas experiencias de su vida.

—Tranquilízate, Nico —dice—. Es preciso que hablemos un momento y no me parece éste un sitio muy...

—No puedo entretenerme. Voy..., tenemos que huir —corrige Nico—. Porque tú no me dejarás, ¿verdad? No me dejarás solo en este momento...

—Cálmate, por favor —insiste la modelo—. Estás tan nervioso, que así no puedes hacer nada. Has debido abusar mucho hoy en tu dosis de la tarde, ¿no es cierto?

—¡Claro! ¿Qué quieres que haga? —confiesa Nico, impaciente—. Necesito pensar algo, hacer algo, salvarme, Marta. Tú me ayudarás, ¿verdad?

—Dime primero rápidamente lo que ha ocurrido para que yo pueda también pensar...

—Ya puedes figurártelo. ¡Por Dios!, no perdamos el tiempo.

—Dímelo —exige la modelo.

—Tenías razón; siempre tienes razón —reconoce Nico, cada momento más nervioso—. Me habló mi padre sobre... esas cosas; ¿comprendes?

—¿Qué te dijo?

—Lo sabe todo... Le ha avisado alguien, alguien muy importante, y le han dicho todo —aclara Nico, vacilante—; lo de Bayona, lo de Guevara y... y lo del piso.

—¿También lo del piso?

—También.

—¡Pobre hombre!

Un autobús mete en el portal el mugido de un motor fatigado que arranca trabajosamente cuesta arriba, mientras el timbre del paso de peatones suena tiránicamente otra vez. En el portal entra también la noche; una noche urbana, fría, pero con un frío ajado, maloliente, sin frescura. Un frío de gran ciudad.

—Pobre hombre, ¿quién? —pregunta Nico, engallándose inesperadamente.

—Tu padre; ¿quién va a ser?

—¡Ah! Con que mi padre, ¿eh? —se encrespa Nico, con un relámpago de rencor en sus ojitos consumidos—. Mi padre, que me ha enseñado tan sólo a no servir para nada, a vivir como un idiota toda mi vida —grita con un grito amordazado, poniendo una dramática sordina en su voz—. Mi padre, que no ha sido capaz de educarme de corregirme, de hacerme andar derecho por la vida. Mi padre, que no ha logrado hacer de mí un hombre, un hombre, sino esta basura. ¡Ah!, tú no sabes, Marta; las mujeres nunca sabéis de estas cosas —continúa Nico cada momento más excitado—. Tú no sabes lo que yo he sufrido, lo que yo he ido tirando por ahí en los cobardes días de mi vida. Y, encima, él, mi padre, me ha recordado hoy, esta tarde, lo que yo era antes; el niño alegre que yo era, el joven simpático y generoso que yo era... Sí, mi padre, Marta, mi propio padre me lo ha recordado todo. ¡Como si yo ignorara el terrible camino que me ha llevado a todo esto! ¡Como si yo no supiera que una derrota trae detrás otra derrota, que una cobardía trae detrás otra cobardía...! Y otra, y otra, y otra... Hasta llegar a esto. Hasta llegar al piso de Rosales, que es el fin. Porque esto, Marta, es el fin.

—A veces el fin puede ser el principio.

—No te entiendo.

—No quieres entenderme.

Alguien que sale de la casa cruza el portal. En realidad, la pareja no repara en este hombre que pasa junto a ellos, mirando, sorprendido, el elegante traje de noche de la modelo, absortos como están los dos en sus pensamientos. Pero callan un instante, en, un silencio cargado, tenso, hasta que el hombre sale a la calle, y se sube a un coche parado junto a la acera.

—No quieres entenderme, Nico —repite serenamente Marta—. No quieres entender que en la vida hay que pagar siempre las culpas y los errores.

—¡Mentira! ¡Eso no es cierto, eso no es cierto! —se retuerce Nico, rabioso—. Hay quien no los paga nunca, quien no los paga jamás.

—¿Tú qué sabes? Siempre se paga, de una manera o de otra —insiste la modelo—. Y a ti, pobre Nico, me parece que te ha llegado la hora de pagar.

—¡Ah! Conque sí, ¿eh? —se revuelve Nico con un rencor desesperado—. No necesitas tanta pedantería, ni tomar ese tono solemne para decirme que me abandonas, que no estás dispuesta a seguir mi suerte por ahí, por donde sea. Al fin y al cabo eres... lo que eres, y es natural que me dejes cuando se tuercen las cosas. Pero tienes que decírmelo claramente. Muy claramente, ¿comprendes? —ruge, con un rugido cascado y agrio, echándose encima de la modelo en un impulso amenazador—. Porque, si no, quizá te haya llegado a ti también la hora de pagar... ¿Te enteras?

—Me entero.

—¿Vas a venir conmigo?

—¿Adónde?

—Adónde sea.

—No.

—Debía matarte, ¿lo oyes? Debía matarte... Por...

—Anda. Mátame. Iba a ser un bonito crimen pasional, ¿eh? —ríe amargamente la modelo—. Tú matando a una mujer...

—¿Pero es posible que me dejes solo, Marta? —gime Nico cambiando de tono—. ¿Es posible que después de tantos años no...?

—No te dejaré solo.

—¿Entonces...?

—Vuelve a casa y espera —aconseja serenamente la modelo—. Y resígnate a pagar.

—Pero, vamos a ver, Marta —recoge un momento Nico—. ¿Es que tú... no sabes... bien lo del piso?

—Sí; lo sé.

—¿Y...? ¿Y no te dio asco de mí? ¡Claro, claro!, el dinero —se explica rápidamente Nico.

—Me dais asco los dos. Tú y el dinero —afirma Marta, orgullosa.

—Pues no vayas a creer que tú eres ninguna santa, ¿eh? —se revuelve Nico.

—Yo soy también una mujer vencida. Pero sé perder con más valor que tú.

—Bueno, bueno; dejémonos de palabras —corta Nico—. Pasan los minutos y yo tengo que irme, tengo que huir. ¿Vienes conmigo?; sí o no.

—Ya te he dicho que no.

—¡Marta, Marta, no me dejes! —suplica Nico con un brusco sollozo—. Yo no tengo valor ni para vivir ni para morir, porque si lo tuviera... Pero no puedo irme solo, tengo miedo, ¿comprendes?; miedo. Ven conmigo Marta, no me dejes; te lo pido por lo que más quieras. Te lo pido por... por Manuel.

La pálida serenidad de Marta parece encenderse, cruzada por un terrible relámpago que conmueve todo su ser.

—¡Cobarde! —insulta—. ¿Cómo te atreves a...?

—Ya sé que le sigues queriendo, ya lo sé... Por eso te lo pido por él —gime Nico ante la mujer.

—Pero ¿es que ya no te queda nada de hombre? —se espanta la modelo.

—Tú no puedes entenderme... Parece que nadie puede entenderme ya —solloza Nico—. Pero desde mi confusión, desde mi ruina, te quiero, Marta; te necesito, ya lo ves.

—¿Es cierto eso, Nico? —pregunta la modelo con una inesperada ansiedad.

—Sí. Y si me dejas solo...

—Calla, calla; no digas disparates.

—¿Entonces...?

—Ya te he dicho que no te dejaré. Pues vámonos ya; no perdamos ni un momento, por favor.

—Irse, irse. Huir, siempre huir. Yo no pienso huir más.

—Pero ¿no comprendes que van a detenerme esta misma noche?

—Escúchame bien, Nico; escúchame bien —ordena Marta, atenazándole al hombre un brazo con una mano decidida—. Eso de irse es una locura. Has hecho cosas demasiado... feas para que te dejen en paz. Te buscarán, te seguirán y tú no sabrás resistir una vida así...

—Si me quedo, ya te he dicho lo que me espera. La cárcel, el escándalo, toda esa basura...

—Tu basura, Nico.

—La mía y la de los demás.

—No te ocupes ahora de los demás.

—Sí ¡claro! Y mientras yo esté... donde tenga que estar, ellos seguirán luciendo su porquería por ahí.

—Ya pagarán.

—Tengo miedo, Marta —gime nuevamente Nico—. Y, al mismo tiempo, quizá deba evitar también a mi familia la vergüenza de este horrible escándalo.

—Allá ellos con sus vergüenzas —considera implacable la modelo.

—No sé, no sé —duda ya Nico.

—Yo sí lo sé. Por eso no te dejaré. Por eso te...

—¿Qué? Dímelo —pide Nico, cogiendo a la mujer por los hombros, con una brusca esperanza.

—Iba a proponerte algo que para ti quizá no tenga ningún valor —dice tristemente la modelo.

—Dímelo ya, dímelo —insiste Nico con ansiedad.

—Mientras estés pagando, dure lo que dure tu castigo y ocurra lo que ocurra, Nico, te seré fiel, absolutamente fiel —promete Marta con una voz exaltada y solemne que conmueve de nuevo su serena belleza.

—¿Tú serías capaz de...? ¿Por mí, por lo que yo soy? —se sorprende Nico.

—Creo aún en ti —afirma sordamente la modelo, como si su voz llegara ahora de muy lejos, de un hondo sacrificio.

—Pero ¿es posible, Marta? —se conmueve Nico—. Si en mí no cree nadie...

—Yo, sí.

Algo se mueve, se agita, quiere nacer en Nico. Algo impotente, amordazado por las drogas, por los vicios más vergonzosos, por una naturaleza debilitada por todas las derrotas.

Algo que termina en un hondo rumor de su débil pecho, en una larga mirada de sus ojos húmedos y febriles.

—Anda; vamos hacia el coche. Iré contigo a tu casa... hasta... Hasta que vengan —anuncia la modelo.

—Está bien... Siempre tienes razón —admite Nico, ya más tranquilo.

Salieron del portal cogidos del brazo y cruzaron lentamente la acera; Marta tan elegante, como si fuera a lucir su precioso traje de noche en alguna fiesta; Nico más sereno, delgado, distinguido. Y cuando subieron al coche, sentados ya dentro, el uno junto al otro en el cómodo asiento delantero, la mujer afirmó:

—La cárcel te salvará. Allí no tendrás drogas y tu cuerpo de vago se endurecerá.

—¿Y si no resisto?

—Resistirás.

—¿Tú qué sabes, Marta, tú qué sabes? —se rebela Nico todavía, con la mano posada sobre el cambio del volante—. Es muy fácil hablar de las cosas...

—Yo lo he resistido también.

—¿Tú?

Marta observa un momento a su amigo. Y, tras un breve silencio, advierte serenamente:

—Creí que estabas mejor enterado de lo que me ocurrió con Manuel...

Nico no responde y arranca el coche, que se los lleva a los dos, entre la ruidosa e impaciente circulación madrileña de la hora, hacia su difícil futuro, mientras en el hueco que deja el auto junto a la acera, frente al portal de Amaro López, para el largo coche de Ramón.

8. Ramón

Tona acaba de exhibir el traje de novia por los tres salones de Amaro López, entre murmullos de admiración que ahora no cortan las vendedoras, silenciosas ante el gran modelo final.

El gesto, el paso y la compostura de Tona han sabido adaptarse de tal manera a su traje, que la joven parece la más emocionada y bella novia que pueda imaginarse.

Al terminar su desfile y antes de que Tona pase al vestíbulo, como en otras ocasiones, el modisto se aproxima a ella, coge cariñosamente una de sus manos y la conduce de nuevo hacia el centro del gran salón, que es el centro también de la gran perspectiva que forman los hermosos locales de la casa, mostrando allí la modelo a sus clientes y saludando después con un gesto teatral. Suena, entonces, un cerrado y largo aplauso en los tres salones, y hasta en el vestíbulo. Y Tona, después de agradecerlo con una sonrisa que anima fugazmente su rostro, se retira ya, separándose de don Amaro, que permanece allí recibiendo las felicitaciones de sus clientes.

La modelo sale, pues, del salón central y, entrando en el vestíbulo, lo cruza lentamente hacia la puerta del piso. Pepito inicia, entonces, un movimiento hacia ella; parece que va a acercársele, a detenerla quizá; pero, al fin, permanece donde se encuentra, próximo al pasillo, en el que se agolpan, curiosas, Kiki, Sole, Pituca y las mujeres que han salido del cuarto de modelos a ver pasar el traje de novia.

Tona continúa avanzando lentamente, arrastrando su blanca cola hacia la puerta del piso, cruzando ya ante la mesita de Adela que, impresionada, se alza de su silla. La joven está muy hermosa. Todas las emociones del día, de esta tarde tan larga, tan llena de inesperados sucesos, han ido madurando una belleza plena de huellas interiores. Alta, esbelta, ondulante y cansada entre sus puros blancos, Tona parece marchar hacia un imperativo destino; hacia el amor o hacia la muerte.

Quizá por eso su voz suena quebrada, ronca, demasiado grave, cuando, deteniéndose ante un hombre, extiende lentamente su brazo derecho y,

ofreciendo la mano, saluda así:

—¡Hola, Ramón!

Y la fuerte mano de Ramón estrecha la pequeña diestra de Tona, en un largo y emocionado saludo. Ramón está en pie, próximo a la puerta del piso.

Es un hombre de unos cuarenta y tantos años, de aspecto varonil, buena facha y que va correctamente vestido de oscuro, conservando puesto su gabán. Fuerte, sanguíneo, Ramón parece un hombre sano y atendido, bien tratado hasta ahora por la vida. Pero en sus ojos oscuros, tal vez demasiado brillantes, hay una luz rara, algo huidizo y falso que evita en este momento la mirada decidida de Tona, quien, por el contrario, parece ahora en posesión de una calma sorprendente, quizá desesperada.

—¡Enhorabuena, Tona! Estás preciosa —alaba cortésmente Ramón.

—Gracias... Pero oye: quería pedirte un favor —anuncia la joven, decidida y triste—; si alguien te pregunta, di que me he retrasado esta tarde porque hemos pinchado en la carretera...

—¿En la carretera...? —se sorprende Ramón—. ¡Pero si precisamente me dijiste que no podías...!

—Después te lo explicaré todo.

—Todo, Ramón —advierte Tona, impaciente.

—Está bien; como tú quieras —admite el hombre, forzado—. Pero ya sabes que no me gustan estos líos...

—Tienes razón.

—Pero ¿qué te pasa? Te noto un poco rara... ¿No te encuentras bien?

—Pues... sí... No, no es que esté enferma —vacila Tona—. Tenemos que hablar un rato, ¿sabes? —declara, al fin, con un esfuerzo.

—¿Ocurre algo...? ¿Algo especial? —se interesa Ramón, con un relámpago en sus ojos oscuros.

Pues sí, Ramón... Muy especial —confiesa la joven—. Voy a cambiarme de ropa y enseguida vuelvo. Espérame aquí un momento, por favor.

—No tardes mucho, ¿eh? Date prisa —pide Ramón.

—Hasta ahora...

Cruzan ya el vestíbulo algunas clientes en retirada, con ese paso sin prisa de las mujeres ricas de cierta edad, aunque la mayor parte continúan charlando en los salones. Adela recoge la propaganda de la mesita, guardándola en un cajón, próximo a los novios. Lupe y Cata, las dos señoras recompuestas y cursilonas, se acercan a Tona y la contemplan embelesadas, sin decidirse a dejar aún el piso y en el momento en que Tona se despide de Ramón y va a dar la vuelta hacia el pasillo, el inspector de policía cruza

también el vestíbulo desde el otro lado y, aproximándose a la joven, pone su fuerte mano sobre el fino brazo de Tona, deteniéndola, mientras dice:

—Un momento, señorita.

Tona se estremece. El calor de aquella firme mano parece apoderarse de su cuerpo, arrastrarla hacia algo irremediable... Pero la joven logra reponerse, con un gesto fatalista, resignado. Ramón, por el contrario, al observar aquello, se encrespa y pregunta con violencia:

—¿Qué quiere usted? ¿Cómo se atreve...?

—Yo no me atrevo a nada, señor —responde, seco, el policía, sacando de nuevo su placa del bolsillo del gabán y mostrándosela rápidamente a los dos—. Inspector de policía, ¿comprenden? Quisiera hacer una pregunta a la señorita.

—No tienes obligación de contestarle aquí, Tona —advierde apresuradamente Ramón—. Podemos antes avisar a mi abogado.

—No, Ramón, no —niega Tona, ya otra vez decidida—. Prefiero contestar ahora mismo al señor...

—No me parece éste el lugar más oportuno —protesta Ramón.

—Es cierto —se excusa el inspector—; pero llevo esperando toda la tarde y quiero, tan sólo, hacer una pregunta, nada más que una pregunta, a la señorita; a la señorita María Antonia Castro...

—Dígame —admite Tona.

—¿Ha visitado usted esta tarde a su antiguo novio, a don Francisco Almuñécar, en su departamento de la Residencia Fortuny? —pregunta el inspector, observando a la joven.

Tona mira un largo momento a Ramón, que rehuye su mirada. Después, bruscamente, se vuelve hacia el policía y responde:

—Sí.

—¡Tona! —ruge sordamente Ramón.

—Entonces lamento decirle que debe usted acompañarme, señorita —indica el inspector.

—Me parece que se equivoca usted, amigo —interviene inesperadamente Pepito, aproximándose al grupo.

—¿Usted cree? —se pica el inspector—. ¿Quién es usted, vamos a ver?

—Soy el figurinista de la casa...

Pero eso es lo de menos —advierde Pepito, impaciente—. La cosa es que yo he estado allí esta tarde, en la residencia, antes que ella, y puedo aclararle algo muy importante que usted parece ignorar.

—Usted dirá.

—Después de comer fui a ver a Paco Almuñécar, ¿sabe? A ver si resolvía con él una..., una cuestión... fea —continúa Pepito, lanzando una larga mirada de reproche a Tona—. Pero, al acercarme a la puerta de su departamento, escuché dentro algunas voces; Paco y otro hombre parecían discutir violentamente y hasta me pareció que...

—¿Qué? —anima el inspector con una voz seca.

—Que se golpeaban... En fin, se hizo de nuevo el silencio. Mientras yo escuchaba alguien se acercó por dentro a la puerta y estoy casi seguro de que su manija comenzó a girar lentamente... Pero yo tosí en ese momento y la puerta no se abrió.

Pepito calla un instante, observando fijamente a Ramón. Tona contempla, sorprendida y nerviosa, al figurinista de la casa, sin comprender bien la intención de sus palabras.

—Siga, siga usted —insiste, impaciente, el inspector.

—No me gustaban las cosas de Paco y... y me marché —continúa el joven—. Pero me quedé en la calle, esperando dentro de un taxi, frente a la residencia, porque deseaba hablar a solas con Paco. Su ventana continuaba iluminada y...

—Continúe, por favor —pide el policía.

—Todo ocurrió muy de prisa y, sin embargo... —sigue Pepito, pensativo—. Primero llegó Tona —afirma, tras un pequeño silencio—. Estaba muy nerviosa. Entró en la residencia y volvió a salir enseguida, como huyendo de allí, calle arriba...

—Es verdad —murmura Tona.

—La luz del departamento de Paco se había apagado poco antes de salir Tona y la ancha ventana estaba ya oscura, iluminada tan sólo por los faros de un coche que subía la calle —continúa Pepito—. Yo estaba bajando del taxi, para entrar otra vez en la residencia y ver, al fin, a Paco, cuando... cuando... —vacila el joven.

—Termine ya —ordena, imperioso, el policía.

—Tona no lo mató; se lo juro, inspector —se conmueve el joven, descompuesto—. Pero yo no sirvo para... para ciertas cosas —añade en una honda queja.

—Es preciso que termine usted —exige ahora Ramón—. Es preciso, ¿comprende?

—¡Está bien! —decide Pepito—. Mientras bajaba del taxi vi que..., que este... señor... saltaba rápidamente a la calle por la ventana —declara con un violento esfuerzo, señalando con un gesto a Ramón.

—¡Miente usted! —niega, violento, Ramón—. Todos sabemos que anda como un perro faldero detrás de Tona...

—¡Por Dios, Ramón! —pide Tona, reprimiendo un sollozo.

—Lo vi a usted muy bien, porque, al saltar, le dio un momento en la cara la luz del farol —añade, ya más seguro, Pepito.

—¿Está usted dispuesto a firmar esta declaración? —pregunta el inspector al joven.

—Naturalmente.

Mientras hablan, una terrible borrasca oscurece el rostro de Ramón.

Toda una forma de vida, toda una manera de aparecer en la vida, se está derrumbando allí dentro, tras estos rasgos de hombre dominante, acostumbrado a no encontrar apenas obstáculos en su camino. Se adivina perfectamente en esta vertiginosa conmoción interior que agita a Ramón la huida de sus hábitos, el caos de todo un orden egoísta y caprichoso, la avasalladora aparición de unas violentas pasiones, de un rencor escondido y frustrado, que ahora van a mostrarse, quizá por primera vez, al exterior en carne viva.

Al fin, esta vertiginosa conmoción que descompone su rostro parece fijarse en una máscara orgullosa, que crispa todos sus rasgos en un gesto del más ardiente desprecio.

—No es preciso que le acompañe este individuo, inspector —dice secamente—. Soy yo quien debe ir a firmar una declaración...

—¿Qué dices? —se espanta Tona, creída hasta el momento que todas las palabras de Pepito eran falsas rutas abiertas para salvarla.

—Sí... Sabía que ibas algunas veces a ver a ese..., a ese hombre —aclara ahora con voz quebrada Ramón—, y fui a verlo yo también esta tarde... Todos fuimos a verlo esta tarde —ríe, de pronto, con una risa mala—. Hablamos y me dijo tales cosas de ti que tuve que pegarle y... Después... después he temido perderte; nada más.

—Prefería usted que la acusaran a ella de la muerte de Paco, ¿verdad? —pregunta duramente Pepito.

—Sí; de momento lo prefería —confiesa roncamente Ramón—. Pero usted es demasiado joven para saber de estas cosas —añade con sombría amargura—; de estas malas cosas de la pasión.

—¿Vamos? —corta el policía, cogiéndole por un brazo.

—¡Qué horror! —murmura Tona, pasmada por la sorpresa.

Pepito mantiene a la joven firmemente. Adela, Mercedes, Pituca, Kiki, Sole y el modisto se han ido uniéndose silenciosamente al grupo. Algunos

clientes miran con curiosidad y Lupe y Cata se han aproximado tanto que están como deslumbradas por este inesperado final de la colección.

El inspector empuja a Ramón hacia la puerta.

—Ande; cuanto antes mejor...

Parece que Ramón va ya a seguir al policía, cuando, inesperadamente, libera su brazo, se acerca a Tona y dice:

—¡Ah!, un momento. Se me olvidaba... Creo que has perdido esto... por ahí.

Y saca de un bolsillo de su gabán la pitillera de oro, dedicada con todo su cariño, que Tona abandonó bajo un sillón en el departamento de Paco Almuñécar, entregándosela a la joven con un gesto resentido y duro.

Después, volviéndose bruscamente, Ramón se dirige hacia la puerta del piso, saliendo con el inspector a la escalera incierta de su dramático futuro.

Tona permanece un momento inmovilizada por la emoción, rodeada por el tenso círculo de todos los demás. Y los puros blancos de su falso traje de esponsales parecen ultrajados por aquella sangre, por aquella sangre todavía fresca que manchaba el cínico rostro de Paco Almuñécar, caído tras el indiferente sillón de aquella fría estancia que ya parece tan ida, tan lejana.

Al fin, la joven pudo romper a llorar, gritando cuando ya ha salido Ramón:

—¡Perdóname! Por lo que más quieras, perdóname, Ramón.

Pero ya no es Ramón, sino Carlos, el novio de Pituca, el hombre que está en la puerta del piso. Un Carlos desorientado, vacilante, que no sabe bien qué hacer. Hasta que Pituca lo ve y se separa del grupo que atiende a Tona, abrazándose al joven en un impulso incontenible.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Qué ocurre? —pregunta Carlos, alarmado.

—Ya no me gusta el traje de Tona, Carlos; ya no —exclama Pituca, estremecida, apretándose contra el joven en un ansia de amparo y de cariño—. Quiero casarme con un vestido barato, muy barato, mi amor...

Carlos, sin comprender lo que sucede, abraza a su novia con ternura. Pero, ante la puerta de Amaro López, Alta Costura, acaba de arrancar el coche de Ramón.

El Chaparro. Monte de Torrelodones verano de 1953.



DARÍO FERNÁNDEZ-FLÓREZ (Valladolid, 1909 - Madrid, 1977). Narrador español. Perteneciente a la generación de posguerra, se convirtió en un autor de éxitos populares en los que retrató la sociedad madrileña contemporánea. Sus obras suelen centrarse en los conflictos cotidianos de la clase media, como en *Inquietud* (1931), *Maelstrom* (1932), *Boda y jaleo de Titín Aracena* (1952), *Memorias de un señorito* (1956) y *Yo estoy dentro* (1961). También publicó *Alta costura* (1969), considerada como una de sus mejores obras, que constituye un vivo retrato de la vida burguesa del Madrid de la época.